Juan Ramón Jiménez

Antología general

Selección
de
Francisco López Estrada
Catedrático de la UCM
y
María Teresa López García-Berdoy
Profesora del Instituto de Bachillerato
de Benifayó (Valencia)

Lectulandia

Durante mucho tiempo, una larga serie de prejuicios han entorpecido la lectura de la poesía de Juan Ramón Jiménez, sin tener en cuenta que esta poesía responde a una sola y misma búsqueda, que la raíz no cambia, pero sí evoluciona. La selección de poemas que reúne esta antología se ha hecho a partir de los libros editados en vida del poeta, quedando así representadas, todas las etapas, todos los estilos y todos los grandes temas de su poesía.

Juan Ramón Jiménez

Antología general

Selección

Francisco López Estrada

María Teresa López García-Berdoy

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2020

Título original: *Antología general*
Juan Ramón Jiménez, 1983
Selección: Francisco López Estrada & María Teresa López García-Berdoy

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

La selección de una Antología sobre la obra de Juan Ramón Jiménez entraña problemas de gran dificultad. El poeta moguereño fue un constante insatisfecho con su obra, sobre todo en relación con su poesía. Pulía, repulía, retocaba siempre en busca de una perfección final que consistía tanto en la realización de la obra acabada en la forma más completa que fuese posible, esto es, el logro de una realidad poética absoluta, como en la conformidad y adhesión que el poeta sentía en el momento de la última corrección. El capital esfuerzo de los últimos años de su vida, que era culminación de otros anteriores, fue preparar su Obra *(con mayúscula), titulada* Metamorfosis, *de la que sólo ha aparecido el primer volumen, titulado* Leyenda *con su poesía, que era el más avanzado a la hora de su muerte. Los otros libros serían* Historia (*con la prosa lírica*), Política (*de ensayo y crítica general*), Ideolojía (*de aforismos, frases sentenciosas*), Cartas (*con su numerosa correspondencia*), Traducción (*con sus versiones de poetas extranjeros*) y Complemento (*con los anejos adicionales de su obra*).

El curso de su vida fue azaroso, poco propicio a una labor de decantación de lo que había escrito y a una reflexión calmosa sobre lo que estaba escribiendo. Con estas líneas se resume el mejor índice de lo que fue el curso de la vida del poeta: las cito para que se vean las dificultades que el propio poeta tuvo para escribir el primero y luego conservar los textos de su obra:

> *«Mi vida fue salto, revolución, naufrajio permanente. Moguer, Puerto de Santa María, Moguer, Sevilla, Moguer, Madrid, Moguer, Francia, Madrid, Moguer, Madrid, América, Madrid, América… Y en América, New York, Puerto Rico, Cuba, La Florida, Washington, La Argentina, Puerto Rico, Maryland, Puerto Rico.*
>
> *Y en cada viaje, la casa a cuestas, mudanza de todo y pérdida de tanto: casas, cosas, libros, libros, libros, y, sobre todo, manuscritos, manuscritos, manuscritos. Con la guerra en España, pérdida violenta por robo de miserables, casi total, aunque recuperada, por devolución de buenos, luego y en partes.*

Y en cada sitio volver a empezar, volver a empezar, volver a empezar: y durante todo el tiempo, del comienzo al fin, enfermedades, enfermedades, enfermedades».

(Leyenda, *prólogo, pág. XIII-XIV*)

He aquí las dificultades de la Antología: es autor de una obra con versiones diferentes, cada una con su valor circunstancial y necesaria para apreciar el conjunto de su creación literaria; y produjo una variedad de géneros. Como poeta (esto siempre) lo fue en verso nuevo y viejo, tradicional y moderno, y en prosa. Fue periodista, intelectual, crítico literario, profesor universitario, incansable redactor de cartas, autor de memorias, etc.

Para ofrecer una imagen (aunque sea tan limitada como ésta) de su actividad literaria, hay que mostrar de todo un poco. Esta Antología se compone de dos órdenes selectivos de textos:

a) Uno de ellos [el que constituye los apartados 1) El testimonio biográfico, 2) La Poética de Juan Ramón y 3) Juan Ramón, crítico,] *tiene como objeto ilustrar con las propias palabras del poeta los aspectos fundamentales de su vida, conocer el criterio poético que sustentó para la creación de su obra y acercarse ligeramente a su labor de crítico y de profesor universitario de la literatura española.*

b) *El otro orden es el de una selección de los libros más importantes de Juan Ramón en la que hemos querido mostrar la diversidad de su obra* 4) La obra poética.

Ambas series antológicas están divididas en dos tiempos históricos: antes y después de 1936, en que Juan Ramón se fue de España. De esta manera el lector tiene dos vías de acercamiento al poeta: el curso de su vida reflejado en algún documento literario y la continuidad de la obra que en él siempre fue vivida a su aire.

El criterio de la presentación es el que sigue, aproximadamente y en líneas generales, la secuencia biográfica del escritor, desde el nacimiento hasta su muerte. Son nuestros, de los antologistas, los epígrafes iniciales que algunas veces enhebran las piezas para formar el conjunto. Hemos escogido los textos seleccionados de las siguientes obras en cuanto a la poesía: Obras *de Juan Ramón Jiménez, edición del Centenario, dirigida por Ricardo Gullón. (Madrid: Taurus ediciones, 1982) en 20 volúmenes, prologados por distintos críticos literarios.*

Juan Ramón Jiménez, Leyenda, *ed. de Antonio Sánchez Romeralo (Madrid: Cupsa Editorial, 1978), colección «La torre abierta»; hay otra*

edición con el mismo texto y prólogo distinto del mismo en la «Colección Goliárdica».

Libros de prosa, 1, *ed. de Francisco Garfias (Madrid: Aguilar, 1969)*.

Españoles de tres mundos (Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo), *ed. de Ricardo Gullón (Madrid: Aguado, 1960)*.

La corriente infinita. Crítica y evocación, *ed. de Francisco Garfias. (Madrid: Aguilar, 1961)*.

El trabajo gustoso. Conferencias, *ed. de Francisco Garfias (México, Aguilar, 1961)*.

El Modernismo. Notas de un curso (1953), *ed. de Ricardo Gullón y Eugenio Fernández Méndez (Aguilar, México, 1962)*.

Cartas literarias, *ed. de Francisco Garfias (Barcelona: Bruguera, 1977)*.

Platero y yo, *ed. de Michael P. Predmore (Madrid: Cátedra, 1981)*.

Un autor como Juan Ramón, de obra tan compleja y atenida a diversos criterios, consecuentes siempre con el curso de su vida, ofrece distintas perspectivas de apreciación. Esta Antología está escogida para un público plural como plural fue, contra su voluntad, la vida del escritor. Hemos elegido siguiendo a veces un criterio estético y otras guiados por el sabor de la anécdota humana. Por eso unas veces nos hemos atenido a las versiones «históricas» (o sea, a las de los primeros libros del poeta) y otras, a las que él fue actualizando, con la ayuda constante de Zenobia, acomodándolas a su último criterio poético, recogidos en Leyenda. *De esta manera el lector percibirá el ansia y el agobio del esfuerzo creador de este incansable insatisfecho que fue Juan Ramón: en él la cuestión de fijar en una forma determinada el texto poético representó el más difícil problema de su vida. Y por esto la labor de ofrecer una Antología de su obra es una de las más aventuradas que cabe; en realidad, el mismo poeta fue siempre un constante antologista de su obra*.

Sólo nos queda avisar al lector que Juan Ramón, que cuidaba extraordinariamente el aspecto editorial de sus publicaciones, se valió de una peculiar ortografía que modifica en muy poco la de la Real Academia Española: unifica la variedad ge, je *y* gi, ji *en las formas* je, ji; *y otras veces prefiere el uso de* s *en vez de* x *en palabras como* estasis, *escrito a su manera*.

Francisco López Estrada y
M.ª T.ª López García-Berdoy

Madrid y Valencia, diciembre de 1982.

Juan Ramón abre su gran poemario *Leyenda* con estas dos citas de su Obra y de su vida:

Como el astro sin precipitación y sin descanso…
Goethe

A mi madre pura
A Zenobia de mi alma.

I
EL POETA, PRESENTE EN ESPAÑA HASTA 1936

Clasicismo, perfección viva.
Todas las exactitudes, todas las
libertades, todas las
perfecciones.
Mi mejor obra es mi constante
arrepentimiento de mi Obra.

Aforismos n.os 70, 106 y 146 de
La Colina de los chopos.

1
EL TESTIMONIO BIOGRÁFICO

NACIMIENTO DEL POETA: 23 DE DICIEMBRE DE 1881
EL MOGUER DE LA INFANCIA

CUANDO YO ERA EL NIÑODIÓS

ıando yo era el niñodiós, era Moguer, este pueblo,
a blanca maravilla; la luz con el tiempo dentro.
ıda casa era palacio y catedral cada templo;
:aba todo en su sitio, lo de la tierra y el cielo;
)or esas viñas verdes saltaba yo con mi perro,
egres como las nubes, como los vientos, lijeros,
eyendo que el horizonte era la raya del término.

cuerdo luego que un día en que volví yo a mi pueblo
spués del primer faltar, me pareció un cementerio.
s casas no eran palacios ni catedrales los templos,
en todas partes reinaban la soledad y el silencio.
) me sentía muy chico, hormiguito de desierto,
n Concha la Mandadera, toda de negro con negro,
e, bajo el tórrido sol y por la calle de Enmedio,
ı tirando doblada del niñodiós y su perro:
niño todo metido en hondo ensimismamiento,
perro considerándolo con aprobación y esmero.

ué tiempo el tiempo! ¿Se fue con el niñodiós huyendo?
quién pudiera ser siempre lo que fue con lo primero!
uién pudiera no caer, no, no, no caer de viejo;
de nuevo el alba pura, vivir con el tiempo entero,
)rir siendo el niñodiós en mi Moguer, este pueblo!

Leyenda, «Nubes sobre Moguer» 1896-1902, 1, p. 7

* * *

NIÑO, Y YA POETA

EL TESORO

En mi infancia, cuando aún no sabía escribir, realizaba la belleza, la poesía. Había en el jardín de mi casa un pequeño bosque de plátanos y araucarias, y a la tarde, cuando volvía del colejio, toda mi delicia era ocultarme entre el verdor, ya trasparente del oro del sol de las cinco. Yo me hacía la ilusión de que aquel trozo de verdor era un bosque inmenso, una isla desierta y lejana, algo que entonces no me esplicaba bien, pero que sentía intensamente. Allí, echado bajo las hojas, dejaba deslizarse la hora. El cielo se solía aborregar de grandes rebaños rosas, y los aviones del estío volaban en el cenit lleno de sol, como lijeros esquifes negros de ilusión. Y el alma se me ponía hecha un tesoro, tesoro incomprendido, radiante y dulce que se me debía trasparentar en los ojos, en el jesto, en el silencio, porque todos me preguntaban qué tenía y por qué callaba, tesoro que yo no rompía nunca jugando, que llevaba dentro de mí con miedo, en un preludio inconsciente de ternura y de armonía.

Libros de prosa: 1, Por el cristal amarillo,
«Vida y época», 1910-1954 7, p. 1202

* * *

LA MADRE

SU MADRE

Su madre estaba allí a su lado bordando un cojín, pensativa, leñosa, acabada, con un resto de belleza que al menor cuidado brotaba como el rosal en primavera.

Josefito Figuraciones, en una sonrisa vergonzosa, la pasaba con sus ojos al calidoscopio, y allí dentro, dando vueltas despacito al tubo azul y oro, deteniéndolo donde más le gustaba, vivía una historia. Primero veía a su madre casi como era, pero como en su no conocida juventud, bordeaba toda

su graciosa edad de colores finos celestes, violetas, rosados. Luego, al jirar el májico tubo, las figuras se abrían súbitas y se componían otra vez en flores colgantes, pensiles ricos, preciosa estampa presente, pero aún sin relación, como el desconocimiento que él tenía de la otra edad de ella. Rosas después, lirios a un lado y otro de un camino verdeoro, por el que la caminante fuera al mismo tiempo su madre mayor, la nube y la vereda. Aquel camino bajaba a un río claro que era casi el río Tinto de Valdemaría, por una bellísima ladera oriental; y en el río había, bajo un álamo, una barca que iba llevando del sur al poniente y que era un cristal de color donde su madre estaba embarcada con su maleta, como una imajen dulce, aún joven, radiante en el centro, y alrededor cristalitos granas, rosas, un poco blancos pasados de una luz altísima…

—¿Qué haces, pillo?

—¡Nada!

Josefito dejaba el calidoscopio, iba al comedor por un pico de rosca y:

—Mamá, ¿no te vas a arreglar?

—Es verdad, que ya son las cinco. Voy, hijo.

… Sobre la concentrada, rápida, última alegría de la tarde de abril en los cristales grandes de la galería, tras la que las flores de las macetas añiles volvían, el calidoscopio, flauta de sus ojos, le seguía contando y cantando su cuento. Los cascabeles del coche de las cinco, que bajaba por el medio sol de la calle Nueva, él los oía finísimos, pequeñitos, proporcionados, dentro del calidoscopio, música graciosa que cercaba, como una cabellera también negra y oro, la felicidad abstracta de una renovada madre invisible. Él no veía ojos ni boca ni manos, sólo armonía actual, viva leyenda encantadora, una frente total a veces, una sien absoluta, lo que él consideraba más dolorido en la vida de su madre. Y él la convertía sucesivo, apoteosis ardiente, en agua primaveral, en sol y luna, en azucena del patio de mármol, en repique de campanas de vísperas, en racimo de uvas, en cruz de mayo, en espiga granada, en Virjen del Rocío, en lluvia enredadera de campanillas azules, carmines, moradas…

… Moradas, azules, malvas. La hora real volvía la historia un poco distinta, no sabía el cómo ni por qué. Pero el color no era del sentido de antes. Y, como huyendo de algo extraño, incomprensible, dejaba el calidoscopio escondido bajo un cojín de damasco amarillo y se iba corriendo a la puerta de la calle, a ver si veía a Lauro, su confidente único.

Ídem, Ídem, «El Calidoscopio prohibido»,
1908-1933, 1, pp. 1135-6

* * *

EL AMBIENTE MARINO DE LA FAMILIA

SU TÍO ABUELO

La abundancia de cristales, oscura pina, dramático rosetón cargado y como pegado que tenía el calidoscopio al cojerlo él aquel día; aquella morada negra dalia aceitunosa prieta feona, que aparecía tantas veces y a él le gustaba tan poco, quedó convertida, por no sabía él qué májico escamoteo súbito, en una leve, delgadísima, casi ausente flor de hilos amarillentos, blancotes, verdines, que la espléndida luz estrellada de oro chispa de la tarde, agua y sol de carnaval, trasparentaba musicalmente sobre el opaco cielo redondo del fondo.

Y Josefito vio el arroyo de Mariana, los arroyos de las Angustias, y al momento el río Odiel, y luego el mar, después Cádiz, y más allá, un poco desconocidos y huraños, el Peñón y el estrecho de Gibraltar, y unas islas Filipinas, al fin, de que él había oído tanto a don Luis Bayo y visto en el globo terráqueo del gabinete de física de don Joaquín de la Oliva. Y vio a su tío abuelo vestido de almirante, en un barco (que era al mismo tiempo el *San Cayetano, La Estrella*, el *Conde del Venadito*, el *Pelayo* de la ilustración española y americana), rodeado todo de anteojos, banderas, cañones, mariposas disecadas, lanzas largas de madera labrada, cajas de laca, cartas marítimas, sables de honor, la sala de su otra casa. Venía el barco suave por un canal encendido entre las orillas de los cristalinos verdientes y amarillosos, que eran islas estraordinarias llenas de loritos reales, piñas, de las negritas desnudas de las cajas de tabaco, de fuentes de Agua de Florida.

Su tío abuelo no tenía otra cosa que hacer que estar vestido de almirante en medio de su barco. Y su barco, su buque estaría aquella tarde de Carnaval en la solitaria y hermosa altamar de la fiesta terrestre, tan lejos y al lado, sin embargo, de Moguer, casi en Palos, casi en Punta Umbría, casi en la boca de La Barra; pero mucho más allá también, quizá en aquel sitio azul profundo, bandera roja y amarilla, nubes blancas en que él, desde el *Conde del Venadito*, vio desfilar, en mediodía universal de agosto, los buques de guerra, colores y músicas de todos los países, cuando el centenario de Colón.

Y su tío abuelo, patillas blancas, guantes blancos, muy estirado de vientre y pecho, miraba con un largo anteojo por las playas májicas y solas de

Castilla cercanas y lejanas. Miraba a Moguer, calle de la Ribera arriba, y miraba las máscaras en la plaza del Cabildo, miraba la ventana de su sala a la plaza de la iglesia, y lo miraba a él, a Josefito, anteojo con calidoscopio, en coincidente túnel largo, largo, interminable. Almirante de gala, almirante con fin en sí, almirante para nada y para todo. Es decir, para estar en la mar, como un pino en el monte; para no estar en el bombardeo del Callao, para no estar inválido en un sillón con las hinchadas piernas vendadas y unas hormigas alrededor de los pies con calcetines blancos, como él lo había visto un día fresco y sol de otoño en el tapiado jardín de su otra casa.

(1909)

Ídem, Ídem, 4, pp. 1141-2

* * *

LA INQUIETA ADOLESCENCIA

EXIJENTE, FEROZ, TERMINANTE

De muchacho, entre los trece y los dieciséis años, yo era violento, terrible, ¿malo? Las escopetas me fascinaban. Tuve varias, muchas, desde las de salón, de balines, hasta las de dos cañones, de bala, pasando por una variedad considerable de modelos. Cazador de todo lo cazable, mi escopeta hizo un daño largo en mis alrededores. Mataba por matar gorriones, mirlos, jilgueros, chamarices, palomos, cuervos, gallinas, gatos. Hasta la pobre tortuga griega, tan apacible y apartada, le di un tiro en la concha, que por fortuna no le saltó más que una capa de carey. Por imprevisión, estuve a punto de matar personas y de matarme a mí mismo. Recuerdo que mi primo Ignacio Ríos, menor que yo, tenía un águila y la llevaba consigo a todas partes. Vino a vernos a Montemayor con ella y yo decidí matársela. Él corría, loco, con ella cojida por los picos de las plumas de las alas, y yo, detrás, le di un tiro contra tierra. Al fin, mi pobre primo, no sabiendo qué hacer, la echó al agua de la alberca grande. Y allí se la maté. Mi prima María Teresa, niña, tenía un tic nervioso en la mano. De pronto, daba una vuelta en forma de tirabuzón, que a mí me descomponía. Comía con nosotros, y yo no podía comer con aquel tic, que en mi inconsciencia consideraba caprichoso. Le gritaba, le reñía, le amenazaba y,

claro, cada vez el tic era mayor, y yo me ponía más furioso. Tuvo que dejar de venir a comer en casa.

Todo tenía que estar, para mí, en punto y exacto. Si no me exaltaba, rabiaba, amenazaba. Tenía que hacerse lo que yo decía. Mi madre sufrió mucho, aquellos años, por mi culpa. En Andalucía, las pobres madres tienen que hacerlo todo. Los hijos creen, en jeneral, que no deben cuidarse más que de su propia vida, estudio o diversión, y que es obligación de la madre, no ya del padre, ser el hazlotodo de una casa y una familia. Mi madre se levantaba antes que nadie y se acostaba la última. Cuidaba, sola, o ayudada por la Macaria, de mi padre enfermo; nos tomaba las lecciones, dirijía a las costureras, nos preparaba para el colejio, etcétera. Jamás se me ocurrió ayudarla entonces. Se llegó a decir que yo le había cojido manía a mi madre. Sin embargo, no debía ser así, porque yo veía que mis amigos eran con sus madres lo mismo que yo. Con mis tíos, de cincuenta, sesenta años, discutía yo de todo, y tenían que quedar debajo de mí. Las discusiones sobre arte, literatura, viajes, eran interminables y estúpidas por mi parte. Todos los asuntos acababan llorando mi madre, lo cual me exasperaba más todavía. Y aunque después me conmovía y me iba a mi cuarto llorando, no me determinaba a reaccionar, me daba vergüenza de «desagradarme».

Cuando, enfermo de la muerte de mi padre, me llevaron a Francia, de lejos sentí un dolor inmenso por todas estas injusticias y crueldades mías y un delirante cariño por mi madre lejana. Sentía que yo había sido el centro de un inmenso hábito de maldad propia y dolor ajeno, y resolvía mi dolor solitario en triste poesía, que yo consideraba amorosa para nosotros y que en realidad era suplicante y egoísta.

Luego, ya a mis veinte años, no podía yo comprender todo esto. Me parecía imposible que hubiera sido así. Mal jenio, mejor, arranques de mal jenio, siempre los tuve, pero fui aprendiendo lentamente, por mí mismo, en mi soledad, a reaccionar, y poco a poco fui dejando de ser capaz de dejar a nadie injustamente, en lugar desfavorable, a menos que fuese un Bergamín y yo tuviese razón.

Ídem, «Vida y época», 1910-1954, 21, pp. 1220-2

* * *

PINTOR FRUSTRADO, SIGUE PARA SIEMPRE EL CAMINO DE LA POESÍA.

INICIOS EN SEVILLA

LOS QUE INFLUYERON EN MÍ

[…] Yo empecé a escribir a mis 15 años, en 1896. Mi primer poema fue en prosa y se titulaba «Andén»; el segundo, improvisado una noche febril en que estaba leyendo las «Rimas» de Bécquer, era una copia auditiva de alguna de ellas, alguna de las típicas rimas con agudos; y lo envié inmediatamente a *El Programa*, un diario de Sevilla, donde me lo publicaron al día siguiente. Viéndolo publicado, me volví loco de entusiasmo y seguí escribiendo poemas a todos los diarios de Sevilla y Huelva y a *Vida Nueva*, el famoso periódico que dirijía Dionisio Pérez en Madrid, y en el que escribían ya todos los escritores nuevos. Por vergüenza me firmaba J. R. en Sevilla y Huelva. Aunque yo estaba en Sevilla para *pintar* y para *estudiar Filosofía y Letras*, me pasaba el día y la noche escribiendo y leyendo en un pupitre del Ateneo sevillano, viendo desde él a Rodríguez Marín, Montoto y Raustentbrauch, Velilla, etc., que estaban siempre discutiendo, y con la ilusión de ser, algún día, como ellos. Mis lecturas de esa época eran Bécquer, Rosalía de Castro y Curros Enríquez, en gallego los dos, cuyos poemas traducía y publicaba yo frecuentemente; Mosén Jacinto Verdaguer, en catalán, y Vicente Medina, que acababa de revelarse, con pase crítico de Azorín, entonces todavía José Martínez Ruiz, en el semanario *Madrid cómico*, y cuya siempre maravillosa «Cansera» me sabía yo de memoria. También leía a un poeta granadino, Manuel Paso, hoy injustamente olvidado, y de donde yo saqué mis «lunas amarillas»:

… la luna amarilla
se refleja en los campos desiertos.

De los españoles antiguos, lo que más leía era el Romancero, que encontré en la biblioteca de mi casa, en diversas ediciones. De los de fuera leía a Víctor Hugo, Lamartine, Musset, Heine, Goethe, Schiller traducidos o sin traducir, ya que yo entonces estudiaba, además de francés, inglés y alemán. Yo había leído en la clase de francés del colejio de los jesuitas del Puerto de Santa María, un libro en el que había un fragmento del *Viaje por España* de Gautier: «La Alameda de Granada al oscurecer», que me había impresionado mucho. También leí entonces a Kalidasa, en una traducción de José Joaquín Herrero, autor de un buen poema, «Mar adentro», que cayó también en mis manos. De *Vida Nueva*, en donde me habían publicado un «Nocturno», me pidieron que

pusiera en verso unas traducciones españolas de Ibsen, que me enviaron en prosa. […] Y es claro, después del éxito de estas traducciones en verso «modernista», me puse a escribir a la manera de Ibsen y a la manera de los fusilamientos de Montjuich, siendo yo el héroe, el anarquista condenado a muerte. Entre los poemas de Ibsen, había uno que traduje así, poco más o menos, ya que no conservo, yo lo siento, esas traducciones:

A MI AMIGO EL ORADOR REVOLUCIONARIO

ces que soy conservador ahora.
› sigo siendo lo que fui y no cambio.
› soy de esos que se dan por hartos
ıdando los peones del tablero.
›lcad este de golpe, y soy «el hombre».

ıa revolución sólo conozco
e no haya sido obra de un farsante,
del diluvio universal, grandiosa
tre las otras mil revoluciones.
ro entonces no todo fue sublime.
ensa en la dictadura de Noé.

ıscame sólo el agua que la tierra
de inundar. Yo, entonces, sonriendo,
locaré una bomba bajo el arca. […]

El Modernismo, pp. 54-6

* * *

¿EXISTIÓ PLATERO?

[…] Muchas personas me han preguntado si Platero ha existido. Claro que ha existido. En Andalucía todo el mundo, si tiene campo, tiene burros, además de caballos, yeguas, mulos. El burro llena servicio distinto que el caballo o el mulo, y necesita menos cuidado. Se usa para llevar cargas menores en los paseos de campo, para montar a los niños cansados, para enfermos, por su paso. Platero es el nombre jeneral de una clase de burro,

burro color de plata, como los mohínos son oscuros y los canos, blancos. En realidad, mi «Platero» no es un solo burro sino varios, una síntesis de burros plateros. Yo tuve de muchacho y de joven varios. Todos eran plateros. La suma de todos mis recuerdos con ellos me dio el ente y el libro.

Adolescente, yo prefería mi caballo «Almirante», que me dio tanto goce, entusiasmo y alegría, con el que vi tantos amaneceres, tantas siestas y tantos crepúsculos, tormentas y aguaceros, campos familiares y montes estraños. Luego, cuando se compró para mí la finca de Fuentepiña, preferí el burro para andar por el campo. Yo no iba sobre el burro, el burro me acompañaba. Para ir así es más compañero el burro que el caballo, aunque sea más hermético y más huido. Pero es más paciente y más humilde. […]

Platero y yo, ed. M. P. Predmore,
Apéndice I, pp. 255-6

* * *

ESTAMPAS SEVILLANAS

LA GIRALDA

Por la mañana, al aire puro, sevillano, la Giralda ingrávida, trasparente —menos aún o más que de cristal— está todavía desnuda como en la noche. Una mujer desnuda que sintiera, de pronto, su desnudez. ¡Qué alegre y atropellada, cantando al sol primero, en su risueño despertar de primavera, sobre el panorama rubio de su visión!

Libros de Prosa, I, «Por el cristal amarillo», 1
«Sevilla» (1912-1918), 2, p. 1005

* * *

BÉCQUER

Hay por Sevilla un jirón de niebla que el sol más claro no acierta a disipar. Se va de un lado a otro, pero nunca se quita; algo así como esas estrellas que ven ante sí los ojos confusos. Es Bécquer. ¿Es Bécquer? ¡Es Bécquer!

Ídem, 6, pp. 1006-7

* * *

SEVILLANAS

Las sevillanas, este baile único, son como un vuelo. Se adelanta la pareja y se abre de alas y ensaya un poquito aquí y allá. Luego, el aleteo se fija, se enreda, se complica, hasta que le entra el goce de sí mismo, y entonces, copla a copla, se yergue, se ladea, roza el suelo con el ala, se tiende, se embriaga, enloquece su oleaje… ¡Ya está loca la pareja! El cuerpo humano femenino es, por la sevillana, eterno manantial de gracia diferente, resorte maravilloso del alma rítmica, flor depurada de siglos de baile volador.

¡Sevillanas! Fuera, la Giralda sueña vagos tonos malvas, vibrando en la luz completa de la tarde. No hay rincón, por leve que sea —comisura de labio, cáliz de flor— que no encante y trasparente la luz. Esta luz tan alta que es toda, y en todo, música. Por un recodo de carmín y verde se va un rumor de campanillas de coche. Sobre la plaza de toros arde en oro la alegría. Y en la azotea, entre macetas azules, ¡las sevillanas!

Cae la tarde. Las casas se ponen rojas. Todavía la pareja se viene al centro, abre las alas y vuela en la última luz divina de la hora exacta.

Ídem, 7. p. 1007

* * *

LA LLAMADA DE MADRID

LOS QUE INFLUYERON EN MÍ

[…] Estas traducciones [de Ibsen] eran cinco, «El minero», «Poder del recuerdo», «A mi amigo el orador», «Noche triste» y «Pájaro y pajarero». Me las alabó mucho Antonio Machado meses después, en Madrid, y la verdad es que no estaban tan mal. Inmediatamente después publiqué «La víspera del fusilado», «La guardilla» y «Las amantes del miserable», siempre en *Vida Nueva*, donde dieron mi retrato. Entonces fue cuando recibí la postal de Villaespesa, firmada también por Rubén Darío, que estaba ya en Madrid,

llamándome; y naturalmente, entré en la órbita de Rubén Darío, de quien había ya leído, meses antes, «Friso», en *El gato negro*, de Barcelona, «Salutación al Rey Óscar», en *La Ilustración española y americana*, y «Urna funeraria», en *Vida Nueva*. Y me puse también a escribir a la manera de Rubén Darío poemas como «El alma de la Luna», etc. Pero debo decir que ya antes había yo leído, en *Vida Nueva*, «La leyenda blanca», de Leopoldo Díaz. Me fui a Madrid porque ellos me llamaban, Darío y Villaespesa; y en Madrid escribí febrilmente los versos que luego habían de aparecer en *Ninfeas* y algunos de los que habían de ir, con los anteriores más sencillos pero también contaminados, en *Almas de violeta*, libros que imprimí uno en tinta verde y otro en morada. El título *Almas de violeta* me lo dictó Rubén Darío, con ojos entornados a lo mongol y voz insinuada; el título *Ninfeas* me lo cedió Valle Inclán, que lo tenía para él, impreso ya, con una aguafuerte de Ricardo Baroja, un jardín maeterlinkniano, y que luego publicó en la cubierta de *Jardín umbrío*, título que ocupó el lugar de *Ninfeas*. Pero las ninfeas estaban en el lago de la fuente. […]

El Modernismo, pp. 56-7

* * *

ESTAMPAS MADRILEÑAS

BRUMA Y ORO EN EL RETIRO

Un sol indolente y dudón traspasa fácilmente, aquí y allá, hojazas verdeamarillas, no secas aún en la disminución otoñal de la hojareda, con el jugo suficiente para tenerse —una estraña y virada casi incorporeidad paralela — planas como alas de mariposones embalsamados.

La neblinosa luz de iris trémulos de ganas de amar bajo, no vaya la pasión, en el íntimo ámbito familiar que hoy parece el paseo de mojado asfalto, a hacer caer las alas, digo, las hojas, al suelo bronceado, que mancha de luna el sol del encinar dramático de junto con no sé qué pálido trastorno de teatro natural, abiertamente solitario y triste.

A la orilla del agua parada del final, los cisnes duermen, aislados, sobre la yerba húmeda, vuelto el cuello sensual y posado sobre el ala, sin línea, como en intacta y dulce nieve.

Libros de prosa, I, *La colina de los chopos*,
«Madrid posible e imposible»,
1913-1928, 18, p. 811

* * *

EL RELÓ DE LA PLAZA DE LA VILLA

A Ramón Gómez de la Serna

¡Cómo sitúa a Madrid, en el crepúsculo nocturno, éste reló amarillo, sordirrojo, contra el profundo cielo morado del poniente, en cuyo día perdurable gotea, pura y libre, la estrella! ¡Aquí sí que pesa por abajo la ciudad; que tiene más cimiento que cuerpo; que se ha arraigado en los subterráneos siglos!

De donde quiera que se viene a la Plaza de la Villa, se entra bien, como en un baño, en ella. Y a estas horas de las siluetas, hora única en las ciudades mal mezcladas, como Madrid, ya, gracias a Apolo, los bellos criados negros de la noche han arrollado, pateándolas, las ridículas alfombras del jardinero mayor, ése… Mago ¡Manuel Machado, por Dios vivo!

Sólo quedan, a la escasa luz artificial de estos tiempos pobres de guerra, la Plaza —no estas casas, la plaza en sí misma—, el ocaso, la estrella y el reló; el eterno reló, superviviente sobre aquel Madrid ancho, de dos pisos, tendido, abierto al cielo grande, que pudo ser en una hora que pasó, que no sé —¡reló amarillo!— si sigue todavía semisiendo en tu hora presente, ni si, un día y del todo, será.

Ídem, Ídem, 4, p. 792

* * *

VIENTO DE MADRID

Golpes. Idas y venidas. El cielo se abre y se cierra, azul, blanco y plomo, con cegadores cuchillos destellantes de oro y plata, en una constante y trastornada fantasía de luz. Sobre la ciudad en sombra intermitente, en frío más bien, altos toques tristones de sol tembloroso en los pararrayos, en una

cara tapada que se asoma a una guardilla a cojer algo, en las chimeneas torcidas, en las ropas tendidas, que hacen buque la ciudad, en los cables, en alguna olvidada maceta humilde de débil verdor mártir.

—Parece que el viento ha tomado carne, para venirse a lo humano; un cuerpo borracho de espacio, que anda tropezando, alegre, ciego, triste, de las mil formas de su delirante vino, por la tierra. Sube en súbita carrera asustante, baja rodando, se tiende sin caber, mueve las casas, cerradas, aúlla, ríe, llora, canta a un tiempo y con tonos infinitos, se coje a las esquinas, le pega a las mujeres, se hunde en los empedrados, miserables callejones abismosos, maltratando, abusando de todo lo delicado de la vida.

Los lejanos horizontes, quietos, rasos entre los cubos de sombra y sol de las manzanas conmovidas, se ven puros, abiertos, ideales —sólidos mares olvidados, llovido a trechos su color mudable—, con fijas nubes largamente paralelas, tendidas, como grandes grullas que huyen volando, inmóviles por la distancia, inmensamente.

(1915-20-24)

Ídem, Ídem, 7, p. 877

* * *

EL POETA, ENFERMO

SIMARRO

Aunque era un sanatorio de cirujía, el doctor Simarro había conseguido que me dieran en él, como en un hotel, un dormitorio y una sala, porque yo no toleraba los ruidos del centro de Madrid.

Don Luis Simarro me trataba como a un hijo. Me llevaba a ver personas agradables y venerables: Giner, Sala, Sorolla, Cossío; me llevaba libros, me leía a Voltaire, a Nietzsche, a Kant, a Wundt, a Spinoza, a Carducci.

¡No sé las veces que alejó de mi alrededor, dándome voluntad y alegría, la muerte imajinaria!

Más tarde, muerta su mujer, la bella y buena Mercedes Roca, me invitó a pasar un año en su casa.

Muchas noches, cuando Simarro, con quien yo vivía, se iba a la cama, me decía, con voz de pereza, a mí, que trabajaba: «Déjelo usted; mañana dirá lo

mismo…». «No —le contestaba yo—, mañana no dirá lo mismo. Lo que esto dice esta noche no lo dirá ya nunca más».

Nunca olvidaré aquellas tardes de invierno —nieve, frío, lluvia, alrededores solitarios—, cuando inesperadamente, a última hora, veía yo llegar, desde mi ventana, hasta el jardín tristón, la lenta berlina de Simarro.

Libros de prosa, I, *La colina de los chopos*,
«Sanatorio del retraído»,
1920-1927, 9, p. 908

* * *

CONVALECENCIA

La biblioteca abre al jardín. Es domingo, y más allá de los grandes árboles verdes, con el sol y con la brisa azul, viene a mi dulce soledad el rumor de la ciudad. Un pájaro yerra por los árboles y pone a veces un reguero cristalino de notas frente al ocaso que va dorándose. Dentro, los cristales de los estantes reflejan el jardín, el cielo azul, entre los libros amarillos: Ovidio, Shakespeare, Cervantes, Góngora, Quevedo, Gracián, Poe, Verlaine, Maeterlinck, Moreas, Rodembach, D'Annunzio, Heine, Goethe, Bécquer, yo, ¡todos los grandes espíritus de siempre! Las rosas que están sobre la mesa, embriagan. Y la tarde, los libros, las rosas, el pájaro, el sol que se va, son para el corazón enfermo de una felicidad llorosa. ¡Oh, la salud, sonrisa amarga, ojos húmedos, la paz, la serenidad… y mi espíritu!

Ídem, Primeras prosas,
«Meditaciones líricas»,
1906-1912, 29, p. 430

* * *

LA REGENERACIÓN ESPIRITUAL RELACIONES CON LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA. EL MAESTRO GINER DE LOS RÍOS

EL PARDO

Entre los chopos amarillos, aún en el invierno, que bordea el río abierto, Guadarrama llega hasta el agua del final, negro y nieve. Por el Sur, horizontes suaves y redondos de verdor que recuerdan los de Andalucía. Y hacia el lado de Madrid, una calzada entre plátanos, para ir y venir a pie, o un ribazo, arriba, por el ladeado pinar.

Mucho olor a Pardo en las botas, en los zapatos de Francisco Giner, tierra guardada en una alforja sucesiva colgada de la percha, mucho roce, mucha amistad con el monte bajo y mucho ensueño largo de las encinas. Y mucho olvido de lo pequeño de la existencia bajo el rumoreo suave y eterno de los pinos, con toda la sierra enfrente.

Libros de prosa, I, *La colina de los chopos*,
«Un andaluz de fuego»,
1915-1928, 2, p. 920

* * *

LO BASTANTE PARA VIVIR

A Alberto Giménez Fraud

El agua es más sensual; quiere, guarda, acaricia, necesita más; también el aire insiste y respeta mucho, y la misma tierra es devoradora lenta y cómoda. Y las combinaciones de tierra, agua y aire son más exijentes, más plásticas, necesitan más presencia perdurable de lo ajeno. El agua, la tierra, el aire se entienden mejor, se necesitan más entre sí y celebran sus circunloquios sobre los seres humanos. Pero el fuego, el fuego es más él, está más solo, necesita menos. Lo que no necesita lo quema, lo destruye. Y aunque arda y sea punto de comparación de lo que arde sin arder, el fuego diría que es más sencillo, más finamente espartano.

Andalucía, sur de España y norte de África, que tiene en el fondo tan fogosa fusión del deleite oriental, aire y agua y tierra, vive en la dureza espartana, fuego y un poco de tierra llena de fuego, de lava, conjunto que predomina. Si se compara el lujo español, la comodidad andaluza con las de otros países, España se queda fuera, a la izquierda del camino. El lujo es para verlo no para vivirlo ella. Pero su virtud de fuerza y permanencia de lava está

en eso precisamente. Francisco Giner, que era piedra de llama, lo había visto como nadie.

Una mesa, cuatro sillas, una estera de esparto o cuerda, unos cacharros son cosas que suele respetar el fuego cuando vive con el hombre y el león. Pero no la modestia odiosa, negada, feísima, de tal ermita de Córdoba, farsa de sencillez. Todo bello, duramente bello, con esa belleza escueta de lo popular mejor, de lo artesano digno que ignora, al crear su belleza, la blandura ajena. Materia y línea sin adorno, sin más, con todo lo menos posible. Francisco Giner (él nombraba siempre a don Juan Facundo Riaño) fue de los primeros que vieron en España la gran belleza de lo popular acendrado, fogoso, no plebeyo. Nada más lejano de lo popular que el chabacanismo plebeyo, el brillo, ese aquí estoy yo de la abundancia desmedida. Y con la medida, el tacto que luego tantos legos continuadores, por incomprensiva imitación sin criterio, han perdido. En España hay que ser fuego sobre piedra, que no unen. Para su secreto el fuego necesita dureza y orden; si no aparece y destruye.

La ropa suficiente y corriente también, lo más cerca posible de lo popular atípico ciudadano, con la única escelencia de la limpieza, hasta el pulido bajo ella, hasta la trama en la ropa. También de esto el cursi afectado ha dicho cursi. Cursi es lo que quiere llamar la atención con lo provocativo, corbata de ajedrez, pañuelo de flores, calcetín, bastón, modo de afeitarse, etc. Si la barba y el bigote crecen hacia abajo, dejarlos que crezcan hacia abajo recortándolos lo bastante para que no moleste uno a los demás. En la comida lo español corriente, con cierta concesión cuando había invitados, condescendencia y reserva para los otros. Flores del huerto o del campo, mejor del campo, del monte, la sierra. Y traídas por él en la mano.

Y el orden sobre todo. Gran lujo de lo suficiente, el orden que es la libertad y la fuerza de la vida. El orden, aristocracia de la costumbre. La aristocracia auténtica, sin nombre, anterior al nombre, a su nombre, no la aristocracia par de la plebeyez, resplandecía en Francisco Giner por la escelencia conjunta del espíritu ardiente, su residencia real. Le horrorizaba lo elegante que está tan cerca de lo cursi. Cursi, elegante ¡qué palabras! Estaba a igual distancia de lo uno y de lo otro. Digo, tan lejos. Tan lejos de la imitación, la simulación, el parecido, la exajeración, toda esa poca calidad. Porque la norma de la vida consciente y fogosa es lo bastante. Lo bastante para uno y también lo bastante para todos los que vienen con uno.

Ídem, Ídem, 8, pp 927-9

* * *

LA ÚLTIMA VISITA A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

[…] Dos años después, 1915, el buen don Francisco se echó en su catre para no levantarse ya. Una mañana helada, Manuel Bartolomé Cossío, el crítico de el Greco, que era como un hijo de don Francisco, me llamó para que yo fuese a darle y a recibirle el último adiós a mi grande y jeneroso amigo que tanto me quería a pesar de la diferencia de 45 años que había entre nosotros. Entrando yo en su celdita encalada, que él amuebló con sencillos muebles populares españoles, su catre modesto de estudiante y el sillón de enea con respaldo alto de tablas de pino que fue de su madre, vi que tenía encima de su cómoda un montón de ejemplares de *Platero*. Al verme entrar, se sonrió triste, con aquella sonrisa de su boca grande y fina que le abría toda la cara azul ya de cianosis; y mirándome con sus ojillos grandes también y entornados de tanta luz propia, y mirando al montón de los sonrosados libros, me dijo: «Sí, ya he regalado muchos ejemplares desde Nochebuena. Este año mi regalo ha sido Platero». Nuestra entrevista no podía durar más que unos minutos, ya que él estaba tan débil, y otros aguardaban para entrar, uno a uno, en la biblioteca inmediata al dormitorio. Nunca olvidaré que antes de separarnos para siempre, cojidas nuestras cuatro manos, don Francisco separó su derecha suavemente para no prolongar la pena, aunque dejó quedada la izquierda un poco más entre las mías. Tomó un ejemplar que tenía cerca, lo abrió cuidadosamente con aquel tacto delicado con que él trataba los libros y todo lo tratable y lo intratable, y me lo dio abierto por la pajina de la muerte de Platero: «Es perfecto», me dijo lento. «Con esta sencillez debía usted escribir siempre». Volvió a tenderme de pronto su mano también morada como su cara, dejando el libro sobre la colcha; sonrió forzado y añadiendo: «Pero no se envanezca.» […]

Platero y yo, ed. M. P. Predmore, Apéndice III,
texto fechado en San Juan de Puerto Rico,
24 de diciembre, 1952, pp. 260-1

* * *

JUAN RAMÓN SE SINTIÓ DESLUMBRADO ANTE RUBÉN DARÍO: EN FORMA ESPONTÁNEA, DEJANDO QUE LA MEMORIA RECUERDE CON

VIVEZA AL MAESTRO NICARAGÜENSE, LO RECUERDA ASÍ:

La primera noticia que yo tuve de la existencia de Rubén Darío fue el año ¿1898?, cuando leí, en la *Ilustración Española y Americana*, el májico poema *Cosas del Cid*; y poco después, en *El Gato Negro*, de Barcelona, que yo recibía y al que mandaba versos y dibujos, el para mí entonces estravagante *Friso*; y en *Vida Nueva*, de Madrid, donde yo colaboraba frecuentemente, *Urna votiva*, esa joya de la palabra y el ritmo nuevos. Ya por entonces Rubén estaba en Madrid, enviado por *La Nación*, de Buenos Aires. Yo lo sabía porque *Vida Nueva* había publicado un saludo al gran nicaragüense diciendo que «sus brazos unían España con América», o algo parecido.

Yo tenía una gran correspondencia con Francisco Villaespesa y no hacía caso de los consejos de poetas retardados de Sevilla que me decían que tuviese cuidado con los mercuriales franceses y con los poetas de la joven América. Un día, de nuevo en Moguer, con motivo de la publicación en *Vida Nueva* —con retrato mío y todo— de unas traducciones de Ibsen y de otro poema mío, anárquico y americanista, recibí una tarjeta postal de Villaespesa en la que me llamaba hermano y me invitaba a ir a Madrid a luchar con él por el Modernismo. Y la tarjeta venía firmada también por Rubén Darío. ¡Rubén Darío! Mi casa moguereña, blanca y verde, se llenó toda, tan grande, de estraños espejismos y ecos májicos. El patio de mármol, el de las flores, los corrales, las escaleras, la azotea, el mirador, el largo balcón de quince metros, todo vibraba con el nombre de Rubén Darío. ¡Qué locura, qué frenesí, qué paraíso!

MI PRIMER RUBÉN DARÍO

Madrid. Rubén Darío, de copa alta y levita, en casa de Pidoux. Villaespesa, Valle Inclán, Ricardo Baroja, ¡yo!… Valle leía *Cosas del Cid*, que ya yo conocía. Alrededor de Rubén —licores selectos— se reunían, grupo tras grupo, estraños entes españoles, hispanoamericanos, franceses, despatriados. Benavente, príncipe entonces de aquel renacimiento, lo admiraba, franco. Ramón del Valle-Inclán lo leía, lo releía, lo citaba y lo copiaría luego. Los demás, con los pintores de la hora, lo rodeaban, lo mimaban, lo querían, lo trataban como a un niño grande y estraño. Los más jóvenes, lo buscaban. Villaespesa le servía de paje y yo lo adoraba desde lejos.

Calle del Marqués de Santa Ana. Piso bajo. Aldeana convertida en princesa, gruesa, blanca, elástica. El cartero entrega un paquete a Rubén —

¿un libro de Amado Nervo?— que coje y abre Villaespesa. Un día, telegrama de *La Nación*. El poeta tiene que marcharse a Francia.

Estación del Norte. Frío. Rubén, loco, deja todo aquel Madrid ya tan suyo: Paca, con niño dentro; libros que pasaron a poder de Villaespesa, Víctor Hugo entre otros, en la edición popular del centenario. Lo despedimos en la Estación, que yo recuerde, Ramiro de Maeztu, Francisco Grandmontagne, Valle-Inclán, Antonio Palomero, Villaespesa y yo. No olvidaré nunca la mirada de Rubén Darío a los álamos blancos del norte crepuscular y fresco de la primavera, por la boca de la estación. Ya el tren saliendo, cojida al furgón de cola, Paca con mantón de cuadro y niño secreto.

MI SEGUNDO RUBÉN DARÍO

Conde de Aranda, 1. Casa del doctor Simarro. Una mañana muy temprano la doncella me anunció a Rubén Darío.

Venía vestido de kaki, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. Me pareció más pequeño, más insignificante. Sorpresa:

—He venido a Madrid sólo a verle a usted.

Pasó entonces de prisa, camino de Málaga, a curarse una bronquitis alcohólica en el clima inocente. Desde allí me mandó para la revista *Helios* la soberbia *Oda a Roosevelt*. Francisco A. de Icaza lloró de emoción cuando yo, en un tranvía, le enseñé el manuscrito de la oda.

A la vuelta lo encontré disminuido, vacilante. Se tomaba constantemente el pulso. Le vi en la fonda «Los leones de oro». Junto a él, una mujer blanca, delgada que hablaba bien francés y que Rubén presenta:

—¡Mi compañera!

Aquélla era la princesa Paca. Increíble. Ahora le guarda los libros, le cierra las maletas. Traje blanco y azul, gorra de visera. Desconocida.

MI TERCER RUBÉN DARÍO

Un telegrama de París: «Llego mañana en el rápido». Las dos de la tarde. ¿Abril? Soledad hueca en la estación del Norte. De pronto, paseándose como un maniquí, un tipo gabán gris entallado, zapatos apuntados de charol, tacón alto, bigote borgoñés, violetas en la solapa, hongo claro, todo llevado en falso. Alguien, sin duda, que venía a esperar al poeta.

Para el tren. Seis, siete viajeros. Al fin, Rubén que parece otra vez más alto y más grueso, más Rubén Darío que la segunda vez.

Me presenta al tipo del gabán gris:

—El gran poeta Vargas Vila…

Voz asquerosa, de un gangueo enjuagado:

—Sí, señor; yo soy el sol de Colombia, como Rubén es el sol de Nicaragua. Nosotros somos los soles de América.

Rubén ríe, todo él, inclinándose. Viene otra vez de sombrero de copa, alto, ancho, y siempre con botas de pie chiquito, apretadas, incómodas.

Hotel Inglés. Cuarto oscuro, hastiante, como todos los de Rubén. De pie los tres, abre un saco de mano y saca un montón de borradores. Vargas Vila desaparece. Rubén me lee *Buey que vi*, *Lo fatal*, *Otoño en primavera…* Me dice que viene con carta abierta a tratar una cuestión de límites con Vargas Vila, que tiene dinero y quiere hacer una edición monumental de *Los Cisnes*.

Salimos. Carrera de San Jerónimo, Cibeles. Se toma el pulso.

—¿Y de… mujeres?

Le digo que yo no entiendo de prostitutas, que nunca he buscado el amor en esas casas. Comprendo que le fastidio. No le gustan el Retiro ni la Castellana. Quiere beber.

Se instala en un entresuelo agobiante, en donde parece inmenso. Dicta a un amanuense la *Salutación del Optimista*, a dos hexámetros por día. La muerte repentina de Valera, cuando le enseñaba versos latinos a su loro, le acongoja.

Siesta. Yo le suplico que no beba más whisky. Como me quiere mucho, para no disgustarme instala su bodega —whisky, soda, Martel, mariscos— en el dormitorio. Con la luz encendida lo veo beber por el cristal pintado y rayado; beber, comer, enjuagarse la boca, volver serio al despacho. Veinte jóvenes admiradores alrededor de él, sentados ¿dónde? Mal olor en casi todos.

Fiesta Iberoamericana en el Ateneo. Rubén Darío lee la *Salutación del Optimista*. Vargas Vila, unos salmos que provocan durante dos horas tormentas de chuflas. Lamentable hora. Se publica la *Salutación en El Heraldo*. Yo me la aprendo de memoria. La jente se burla. Empieza el tijereteo de aquí y de allá. Rubén me dedica *Los Cisnes*.

MI ÚLTIMO RUBÉN DARÍO

Moguer. Carta de París. Periódicos de Madrid. Un retrato de Rubén Darío no como yo lo conocía, sino como ahora es: viejo, gordo, feo y triste. Le

pienso altivo, joven, indio y mogol, con botas que le aprietan. No puedo pensar en Rubén Darío sin sentir malestar en los pies.

Mi vuelta a Madrid. Viaje a New York. Radio en el mar: Rubén Darío ha muerto. Aquella noche, en el camarote, escribí unos versos:

Se le ha entrado
América en el pecho
propio corazón…

corriente infinita,
Mis Rubén Darío», hacia
18-1920, pp. 47-52

* * *

FIGURAS LITERARIAS, TRAZADAS POR JUAN RAMÓN

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

(1932)

Bajaba de Ventura Rodríguez a Almagro, cemento central de los bulevares; 3 y $^1/_4$ de la tarde, otoño invernal; de riguroso luto, abrigo al brazo.

Su venir lo recortaba cúbicamente, mayor cada vez, más tostado y negro sobre el claro momento agudo en que la sombra y el sol de noviembre se dividen del todo, dos espirituales líquidos de densidad distinta o dos sólidos finísimos de una física estática. Al fondo de tal calle trasversal, Guadarrama, sobre cuya mole opimamente cristalizada, unas nubes montañosas elevaban las montañas verdaderas, con azul, blanco y malva nítidos, a veces su altura.

¿Venía el seco español de su casa nada más, iba solamente a su Centro? Hay siempre en don Ramón algo severo, como si siempre fuera a un presidir, viniera de un funeral; a un descubrimiento, de cualquier alto academicismo. Trabaja, no hay duda, de etiqueta, sin que para su ríjido trabajo le molesten duro cuello almidonado, levita, banda, cruz, todo lo puesto y superpuesto de él. Y sale intacto de su tráfago interno y esterno, como de una visita cortés. Aun en la calle, y de prisa, está don Ramón en el estrado, va en ceremonia; manifestación especial o entierro. ¿Habla? Fabla.

Fabla. Acaso contribuye a este orden litúrgico su voz de armonio y miel, con fallas gallegas de fuelle. Voz de dulce fablistán heroico, inflexible para la esencia, tierno para la historia. Y se le oye, aunque no hable con la boca, en el fondo de sus ojos de custodia, que él lleva reservadamente porque son sus joyas de archivo. Miradoras joyas tristes, cansadas, si se le ven de lado, libres de los lentes; y unas, de frente, con los viriles, más orientales en él que en otros, como todo él.

Don Ramón Menéndez Pidal parece el hombre que conserva más en España la corrección adusta, la egoísta limpidez, la distinción aparte de una época que está en el invisible instante de su pasar, fundidos sus límites temblorosamente, con el tránsfuga dentro, en tiempo, luz y espacio.

Españoles de tres mundos 1914-1940,
ed. R. Gullón, 18, pp. 152-3

* * *

MANUEL DE FALLA

(1926)

Se fue a Granada por silencio y tiempo, y Granada le sobredió armonía y eternidad. Tal paseante de la Antequeruela Alta ve acaso una menuda presencia neta y negra, bordes blancos, tecla negra de pie entre el lustroso hojear unánime de un alto jardín segundo; o enrojecido del sol polvo de ladrillo de un poniente áspero, rasgado, piado de aviones, un grupo de domingo en torno (manzanilla y galletas) del velador del jardín bajo: la romántica esbeltez granadina enlutada de encajes, la anciana siempre bonita de capota de otra moda, farsante bailarina estranjera, el niño Maceo cabeza de coco, algún poeta español.

Su hondo brío, no igualado luego en la música aquí, lo atesora Falla, recojido semanal, echándose en la cumulosa oleada de verdor profundo de los paseos en cuesta de la Alhambra, brazos de redonda lujuria seguida entre los duramente delicados amatistas, ópalos, rosas últimos de Sierra Nevada, verdad de Théophile Gautier; o enfrentándose desde San Nicolás, tal vez, con los cubos granas de la arquitectura cuadrada y maciza de las torres, quietas y solas bajo la imponderable ramificación sucesiva de los venosos ricos nublados vespertinos; o integrándose frente a la perennidad de tal ciprés no

fúnebre, cortado, completo contra el naciente de luna alegre de un duradero carmen blanco.

De noche, suben los rumores de Granada: gritos de niños, campanas, balidos como estrellas menudas (que estamos con las grandes), un cornetín, medias coplas, lamentos ondulados; y las luces incesantes de la Vega van y vienen. La soledad es absoluta en la Antequeruela, donde se exalta aquel balcón verde, con aquella persiana verde, con aquella farola verde (en el arroyo de la calle, la rata muerta). Y va tomando hora y sentido la esquina secreta de la tentación dramática, por la que, escondiéndose en la sombra de la luna, ronda el sueño del músico, sonriente y dichoso tras su rosario rezado, la rítmica fantasma con suspiros tentadores de la oculta, cobriza, perdida canción jitana.

Ídem, 19, pp. 154-5

* * *

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(1919)

Lo define bien la lejanía. Cuando la lejanía lo define, y José Ortega y Gasset pisa la raya eléctrica en que la realidad de cada uno salta hecha evidencia, no queda en él, con la primera mirada honda y las primeras palabras llenas, que ya nos alcanzan, sino su mitad, la hipertrofiada frente, o su sobretotalidad, la frente, los ojos y el mentón; todo en ceño, que acaba de ser duro para él y quiere ser amable para nosotros, revestido, envuelto en surcada tierra y plomo muy cuidado.

Llegó, tramando con la cargada cabeza, por el lujurioso bosque de verdura heroica, blanco de ninfas delicadas, su paseo diario. («Monstruo en su laberinto», me dijo, serpiente, Azorín en la Librería alemana, con un *Espectador* en la mano meneada. «Laberinto de laureles», le contesté). Pero al llegar, le traiciona el bulto del corazón, su contrabando noble, parejo del de su voluntad, que, como él lo incluye en el olvido deshumanizante, no se le nota a primera vista. A poco de estar a su lado, como junto a un árbol de carga grande madura, se siente el fuerte agridulce y el resplandor de colorado sano del pomo central de su sangre.

Buscaba con violencia o rudeza, tal vez, a quién llevarse a lo suyo. No viene para, viene por. Necesita amistad concaveadora de su estro, y enfoca a

éste, a aquél, quien, no queriendo caer dentro del círculo diario que Ortega, elipsándose como un aro elástico, le echa desde su sitio, le obliga, en salto atrás, para que lo coja dentro, a entrarse en el suyo. Y Ortega dilata el pecho de su armadura ataujada hablando, íntegro fraseador de su convencimiento. Pronto se entrega a su ansia total. Boca de fuego, imán de horizontes, atrae al público del otro lado del mar y le dispara cuatro jiros por elevación. Y las salvas de aplauso vencido le contestan en las gradas del fogateante ocaso.

«Antes», me dice en una loma verde, dejando con su éxito discutidor al crepúsculo, «yo también necesitaba, como usted, sentarme para pensar. Ahora pienso de camino». Hablando y pensando por el camino se ha hecho su cuadrado equilibrio. Y las palabras remontan su fantasía, globo mate esplorador de lo científico y lo poético, como gallardetes de alas renovadas, tanto como el gas, y la entran, tremolando su color español con el sol último, en las más cavernosas rejiones de lo trascendente, que anochece ya, más rico su desierto con estrellas.

Ídem, 20, p. 156

* * *

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(1928)

«Lleno» fue lo primero que pensé cuando lo vi (1912, después de un vivo y cálido cartearnos alrededor de *Prometeo* plomo y negro), «lleno y con saturada voz de lleno». Y luego, pronto: «Entre la carga sustanciosa que lo llena, no hay duda, bastante corazón». Corazón colectivo que hoy, desde la guerra grande, ha ido perdiendo valor científico y sentimental para dárselo al hígado. Pues bien, en todo caso, Ramón tiene mucho y buen hígado sucesor de corazón en resortes jenerales; víscera totalizada, colmadora de hipocondrios, como el grano en la granada, la cera en la bellota, el casco en la naranja; todos los frutos que están apretados por completo y, como Ramón, deseando estallar.

Estalla su incesante mortero de fiesta, no con pólvora sola de salva o traca, con bala de paz, semilla mayor a tranquilos campos cereales. Una estilográfica muy gorda, de carga roja, sangre, fuente continua, al brazo como un bastón, parientes de su corbata de damero. Si a veces Ramón no es preciso, a lo exacto, en su puntería, es porque lo descentra su propia colorada

embriaguez. Y va y viene, de libro a café, de teatro a periódico, de tren a circo, desperdiciando a derecha e izquierda, minero contento de las inagotables galerías de la imajen directa natural, la rica pirita de su dentro de maleta nebulosa, caótico panal cuadrado y redondo a un tiempo. Ramón, que ha resuelto de nacimiento tantas y tales cosas, ha resuelto con un bizcocho borracho o un sorbete el dudoso problema de la cuadratura del círculo español, o mejor, de la esferización española del cubo.

Por eso sus picos se redondean como senos y sus toros embolados se pueden aguantar. No es de los que apuntan con puñal sus odios para que no se le olviden. Sus malas pasadas ¿lo sé por mí? no tienen nada de esas jitanadas entrelargas, esas lagoteras correrías del cadadía madrileño, malas artes que él no necesita de sostén. Sanote de berrinchines, materniza al fin lo imperdonable. Así su sonrisa de jamono alegre de conciencia le cierra de gusto los ojos, ojos cejudos y entrecejudos de Ramón, parientes de los de Sancho, donde se ve a veces, rectangulada en el marco de sus patillas azules de pastoso rizo goyesco, la mejor espresión de jenerosa bondad penetrativa, el ansia típica de comprensión y correspondencia de hombre ancho, bajo, plato, saludable, escesivo, inventor, bueno de España.

Ídem, 38, pp. 205-7

* * *

FEDERICO GARCÍA LORCA

(1928)

De cinco razas: cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo, achaparrado en piña humana prieta, Federico García Lorca se vuelve una vez y otra de lo que corre. No quiere dejar el caño de sus musarañas. Por fin, muslos pegados y pantorrillas convexas, paso a cuadros, se va despacio por los alargados Melancólicos, pulverizándose las cuerdas vocales con el agua de la fuente opalina. O, en súbita carrera, choca, como un moscón contra un parabrisas, contra el poniente cerrado, de linterna májica, grana con negros listones paralelos, de la noche que viene a Granada.

(Las paredes de añil de los callejones de su barrio secreto las dejó todas pintorreadas con cisco: rosas y ascos. En el puente de las candilejas, encendidas ya en la tarde larga, les dijo un despectivo taco concreto a las tres brujas del agua mejor. Habló por tal oculto atajo vertical con el agüero de la

escalerilla de arriba. Se encaramó en otra tapia y le tiró un nardo a la monja blanca que cavaba su huerto entre dos luces. Con una gran risa cerrada, de pronto, saltó a la comba que encontró a su paso, o pidió candela por las cuatro esquinas, de niño a niña. Luego, bajó cabriteando por el camino viejo de las lagartijas de blanco bronce, de las campanillas azules salpicadas de cal, de los hormigueros incesantes).

… No se mató. ¿Se entró por la casa caída? ¡No sabemos ya dónde saldrá! Pero, ahora, ¿por qué pasadizo va acompañando con su farola de colores al Santísimo? ¿Por qué boca de pozo, alcantarilla, cañería ha salido, levantando la losa de mármol rojo, a la sacristía donde lo esperaba «sonriyendo» Falla? Se sacude fantasmas, aleluyas y caricias, y como un hospiciano que no ha visto nada en el mundo, llega a casa a la hora total y, compunjido de voz y ojos, ceño de lástima, una azucena de tela en la mano, canta con Isabelita romances y villancicos de Nochebuena.

Ídem, 48, pp. 232-3

* * *

PABLO RUIZ PICASSO

Las curvas agudas

Se destacó en mí, en un sueño. No sé qué me pasaba con él que, saboreando infinitamente su esquisita y áljida pintura —dibujo, sentimiento, color y humor—, fue necesario que un libre determinismo del espíritu suelto en el cuerpo caído, lo elevara al puesto primero.

Al alba, Picasso se había quedado en mí, en la cima de mi cabeza, por decirlo así, y en el vórtice —¿antípodas?— de mi corazón —hacia el otro cielo—, con su prestijio juvenil —actual y futuro—, como el que es antiguo y sobre el de todos los pintores que han sido y sean —y no le veo fin al y serán — tiene El Greco.

La calidad es la misma. En nadie, después de El Greco y antes de él —ni en Cézanne, ni en Van Gogh, ni en Gauguin, ni en ningún otro de los agudos y altos— llega a esta espiritualidad afilada y aguileña de ellos dos. Creo que todo el cubismo —El Greco fue el primer cubista— reside en una especie de cuadratura del círculo —desviando ciegamente la idea hacia el arte—; en un matarlo redondo, en un alterar el oleaje curvo ondulante, con sobresaltos, mezcla de interjecciones de los sentidos niños, con antiguas interrogaciones

plenas; en una armonía rítmica de rectas y curvas, articulando la vida en nuevas correspondencias secretas, más hondas e inesperadas que las anteriores.

¿Podría decirse que el cubismo ha pintado anatómicamente el alma? La redondez de la capa corporal se queda perfecta en el amaneramiento llamado lo clásico —Grecia, el Renacimiento—, y surje lo descarnado, una sensualidad de curvas agudas que solicitan nuestra alma nueva, despertada también con ello, en un secreto —¡alegría del cubismo, derroche suyo dinámico y fresco, garantía de exaltaciones sin fin, joya de nuestra época, hija del impresionismo francés, joya de la suya!— en un secreto que se encuentra a gusto y se levanta feliz bajo la aurora.

Ídem, Apéndice, pp 287-8

2
LA POÉTICA DE JUAN RAMÓN

PERSISTIR EN LA RE-FORMA DE LA OBRA: CONTINUAR HACIA LA PERFECCIÓN

GUSTO

(BELLEZA CONCIENTE)

Me dicen estos y aquéllos, movidas sombras de otros yoes, en mí mismo: «¿A qué ese afán, esa insistencia, ese dinámico estasis en tu Obra?».

«Desde los cuarenta años —tienes ya, en este mil novecientos veinticinco, cuarenta y tres y pico—, la vida jira deprisa, y, en su jiro vertijinoso, el maravilloso prisma coje aquí y allá, inesperadamente, en alguna faceta, la luz negra de la anchurosa nada. El verdor, la desnudez, el agua inconciente te esperan, no una hora, todo el día, toda la noche; y de ellos es de donde debieras ir cayendo blandamente, como de una suave ladera, al pozo oscuro de lo feo definitivo».

»Todo ese papel tan hermosamente escrito, impreso, se ha de manchar, borrar, deshacer, ir en el viento. ¿Qué te importa estar en la frente de los otros, en el pecho de las otras, otras y otros que harán de ti sin ti lo que quieran? ¡Valiente billetito falso ese de la gloria! No te importe que el platillo invisible de la balanza en cuyo platillo evidente hayas cojido la vida total, sea el platillo del olvido inmarcesible».

Les, me respondo con la deliciosa poesía del persa Abu-Said:

«Le pregunté a mi amada: ¿Para qué te embelleces tanto?».

Libros de prosa: 1, La colina de los chopos,
«Disciplina y oasis», 1915-1924, 1, p. 847

* * *

POLÍTICA POÉTICA, DADA A CONOCER POR VEZ PRIMERA EL 15 DE JUNIO DE 1936

Yo no sé cómo decidir si el estado normal del mundo, del mundo del hombre, de nuestro mundo, es la guerra o la paz. En mi infancia y mi primera juventud, creo recordar ahora que yo creía más o menos vagamente que era la paz y que todos los hechos de armas de que oía hablar a otros o de que leía en libros, revistas o diarios antiguos, modernos o de mi día, eran disparates, locuras, absurdos; y que las hazañas tenían que ser esfuerzos nobles en honor de la paz. Hace veinte años, en los locos momentos de la «guerra grande», que me sorprendió «en medio del camino de la vida», llegué, y sospecho que muchos llegaron, como yo, a creer que el estado normal del mundo y del hombre había de ser ya, por fatal desgracia y para siempre, la guerra: el empleo de la invención mala, del dinamismo bruto del odio, el empleo de la muerte en favor ¡qué paradoja! de tales libertades insignes. Pero si de niño yo creo que creía que era la paz, y en los tiempos de mi plenitud que tendría que ser la guerra, hoy, hombre mayor, en universal guerra civil, en pugna humana, en lucha completa de «clases», creo seguramente que es la paz y que es necesario que sea la paz: el empleo del estasis dinámico del hallazgo hermoso, el empleo del amor, el empleo de la vida en favor de la única libertad posible. Así, mis ilusiones de niño fueron el preludio inconciente, como en la poesía, de mis ideas de hombre mayor; el ansia de mi niñez, secreto y semilla de la voluntad de mi madurez; la primavera le brotó la razón al seguro otoño, el niño tenía fresca razón. Mi sueño infantil y mi conciencia madura, el hombre medio ya en la cárcel, me aseguran que la paz, y quiero advertir que no me estoy refiriendo sólo a la paz interior, metafísica, sensual, mística, sino la paz ambiente, objetiva y propicia a todos los seres, está y debemos buscarla, por la belleza y la verdad de la vida, en la poesía.

Al pensar en la poesía como paz corriente humana, no estoy pensando en esa literatura, torpe y feamente llamada «poesía social», que tiene no sé qué oficiosa actividad docente, sino como con la misma paz, en la poesía visible, diaria, libre, la poesía de nuestra vida entera, poesía directa, la verdadera poesía, sin otra aplicación que la de su propia esencia y existencia; que, por lo demás, esta poesía es también «la poesía» bajo un punto de vista estético o crítico; de modo que no hay, no habría oposición, por este lado, entre esta poesía jeneral espontánea y la poesía intelijente particular, entre la poesía de uno y esta poesía de todos, entre la poesía inmensamente popular y la elevada poesía sola. La poesía, que es, me parece a mí, el fin de la vida, de cualquier modo que la vida se considere, no puede convertirse, sería empequeñecerla y

empequeñecernos, en un medio para esto ni para lo otro, sino que, en calidad de fin, debe acompañarnos constantemente, con apariencia quizá de medio, a nuestro propio fin, como el ánjel en todas las mitolojías. Claro está que la poesía no sería nunca, por ejemplo, letra de música de tal odioso himno colectivo, antipática invitación al juego o al trabajo. Para todo ello y lo otro, viviendo todos en estado natural de poesía y siendo todo poético de verdad, no haría falta otro estímulo que el mismo fin. El resorte sería más de atracción que de empuje. La «poesía social» ¡qué gloria! lo sería orijinalmente, como la fuente es agua.

El hombre nace directamente a su poesía, vive, sabiéndolo o no en el reino bueno, en la república de su poesía. Cada hombre puede ser un presidente de su poesía y todos los hombres pueden ser, a un tiempo, presidentes de los otros y suyos. El hecho de nacer, de abrir nuestros sentidos en flor al mundo, es ya poesía, patrimonio unánime, comunismo lírico. Y lo primero que vemos, nuestro lugar en la vida y lo más cercano de lo que en ella nos está esperando, son poesías, y, entonces, sólo poesía. Desde su niñez el hombre debe ser guiado por los hombres a ir comprendiendo esa acomodación, ese encaje gustoso en su lugar que es la gracia de la existencia, y no hay gracia mayor. Que seamos para el mundo, desde nuestra aurora, como el río para su cauce y sus orillas, sin olvidar demasiado el necesario mar, poesía también, otra poesía. Cuando el hombre tiene que hacerse una casa, su casa en medio de la naturaleza, que lo da y lo recibe a la vez, puede hacerla sin amor ni idea o con idea y amor, con poesía. El que la hace sin idea ni amor, que es, por desgracia de todos, lo usual, deja la casa y él se queda fuera de la naturaleza; casa y él son un postizo del mundo. El que la hace con amor e idea consigue que la naturaleza asimile esa casa y a él con ella, asimilación que necesita del hombre su tierra y el hombre de su tierra como razón de ser, vivo, y de seguir viviendo en ella, hasta la otra fusión honda, gustosa también si ha sido alta. El hombre vivirá así contento en la casa que se ha hecho a su gusto en la tierra y que la naturaleza ha hecho, con él, suya. Casa, vida y obra, sean cuales fueren, no puede ser ni en ningún sentido ni aspecto agregados, pegotes. Que no pueda decirse de ellos, de nosotros, lo que con frases exactas dice «todo el mundo» para designar un fracaso de hechura o acomodación: «Eso es un pegote». No debemos estar pegados a nada, sino fundidos, y no debemos pegar nada con nada, sino fundirlo todo. […]

La vida y el trabajo no pueden tener otro ritmo que el suyo, no pueden ser hostigados ni desviados de su órbita. En este «en lo que le gustara» a cada uno, está el fuego alimentador de la calidad poética que debe acompañar

siempre al trabajo, que le da al trabajo utilidad y encanto. Trabajar a gusto es armonía física y moral, es poesía libre, es paz ambiente. Fusión, armonía, unidad, poesía: resumen de la paz. La vida debe ser común y lo común altificado por el trabajo poético. El gusto por el trabajo propio trae el respeto, gustoso también, por el gustoso trabajo ajeno. Si la armonía íntima, familiar, vecinal, existiera, no se llegaría nunca a la «antipatía», el peor veneno del hombre, bebida de la guerra. No estoy hablando por hablar; el orijen de la guerra está siempre en la antipatía, las diferencias de una familia, unos vecinos que no pueden trabajar, vivir a gusto, que no pueden pensar a gusto en el trabajo, la poesía, la paz de sus familiares o vecinos.

«La vida sin amor no se comprende», dice una ronda de niños que he oído mucho cantar. La vida social sin amor, sin comprensión mutua, no debía de comprenderse tampoco, porque es la guerra y la peor de todas las guerras, pequeñas y constantes. Pero ¡son tan raras las personas que saben vivir, trabajar socialmente con amor y dejar trabajar, que piensan en ello o que escuchan siquiera; que quieran escuchar cuando se habla de todo esto! El trabajador intelectual y material, es decir, el hombre verdadero, es una víctima inocente de la libertad de «aporreo» que decía la delicada diplomática. Casi nadie piensa, cosa tan sencilla, quería libertad absoluta sería ponernos todos en condiciones de hacer lo que quisiéramos sin molestar a otro en lo que él quisiera hacer. […]

Siempre he sido feliz trabajando y viendo trabajar a gusto y con respeto, y por dondequiera que ido he ayudado y exaltado este poético trabajar a gusto. Claro es que he tenido y han tenido los buenos trabajadores que pensaban como yo, que luchar contra la incomprensión o la barbarie más o menos concientes del esplotador enemigo de este trabajo gustoso, que, al fin y al cabo, habría de ser honor y éxito de su industria, y en tal conjunto, tal competencia, tal encuadernación, tal fábrica de papel, tal bodega, se postergaba por detrás de mí al obrero mejor que comprendía o quería comprender esta manera de trabajar que a él y a mí nos gustaba. Pero también he sido testigo de grandes bellezas del trabajo por el trabajo o por una relación, un enlace, una escapatoria entre el trabajo y otra circunstancia que lo acompañaba hermosamente:

* * *

EL JARDINERO SEVILLANO

En Sevilla, Triana, y en un bello huerto sobre el Guadalquivir, calle del Ruiseñor, además (y parece demasiado, pero estas coincidencias son el pueblo auténtico). Desde el patio se veía ponerse el sol contra la Catedral y la Giralda, términos rosafuego entre el verdeoscuro. El hortelano jardinero, hombrote fino, vendía plantas y flores que cuidaba en su mirador con esmero esquisito. Quería a cada planta y cada flor como si fuesen mujeres o niños delicados, y aquello era una familia de hojas y flores. Y ¡le costaba tanto venderlas, dejarlas ir, deshacerse de ellas! Este conflicto espiritual (los tenía a diario) fue por una maceta de hortensias.

Vinieron a comprársela, y él, después de pensarlo y dudarlo mucho, quedó comprometido en el trato. La vendía, pero a condición, impuesta por él, de vijilarla. Y se llevaron la hortensia. Durante unos días el jardinero estuvo yendo a verla a la casa de sus nuevos dueños. Le quitaba lo seco, la regaba, le ponía o le sacaba una poquita de tierra, le arreglaba las cañas. Y antes de irse se estaba un rato dando instrucciones para su cuido: «Que debe regarse así y no así; que el sol no tiene que darle sino de este modo; que mucho cuidado, señora, con el relente; que lo de más acá, más allá».

Los dueños se iban ya cansando de sus visitas. («Bueno, bueno, no sea usted pesado. Hasta el mes que viene, etcétera»), y ya el jardinero iba menos, es decir, iba lo mismo, pero no entraba. Pasaba por la calle y veía la hortensia por la cancela. O entraba rápidamente, pasando su vergüenza, con un pretesto: «Aquí traigo esta jeringuilla que me he encontrado, para que la rieguen ustedes mejor», o «que se me había olvidado este alambrito», o lo otro, y con estas disculpas se acercaba a «su» hortensia.

En fin, un día llegó nuevo y decidido: «Si ustedes no quieren que yo venga a “cuidarla”, me dicen ustedes lo que les doy por ella, porque yo me la llevo a mi casa ahora mismo». Y cojió entre sus brazos el macetón añil con la hortensia rosa y, como si hubiese sido una muchacha, se la llevó. […]

En esta comprensión, este amor por el coche, por la burra, por el agua, por la hortensia, del mecánico de Málaga, el carbonerillo de Palos, el regante de Granada, el jardinero de Sevilla, tenían ellos el empleo poético, la ganancia poética de su vida. Estoy seguro que todos comían y dormían alegres, que todos esperaban contentos el trabajo de su día siguiente. Subida su remuneración necesaria a lo que merecían de veras, ¿qué no hubieran hecho estos trabajadores gustosos en la vida, en su vida y nuestra vida? Éste es el secreto. Todos debemos ganar lo que merezcamos con la calidad de nuestro trabajo.

Se oye mucho que la poesía sensitiva, que es la poesía esencial, debilita, y que es propia de soñador; que no es un empleo poderoso de la vida. Pero los países más fuertes fueron siempre los más delicados en su espresión poética: China, Grecia, Roma, ayer. Hoy, Inglaterra, Japón, los Estados Unidos, por ejemplo, son países en que la delicadeza jeneral está muy estendida. Y en cuanto al pueblo, esos países supieron y saben que la poesía está en su mayor acercamiento a su pueblo; los sentimientos más firmes son los que llegan a estar más cerca de la naturaleza, de la naturaleza del pueblo. El que, como yo, ha vivido mucho en el campo, sabe que el hombre del campo, rudo en apariencia, suele estar lleno de finura para todo lo sutil que le rodea: nubes, flores, pájaros, aires, luces, agua. Tales hombres ciudadanos, comerciantes, escritores, oficinistas, casineros son quienes creen que es menos varonil espresar estos sentimientos. Cuando se ponen frente a frente este hombre de la ciudad y aquel del campo, el hombre del campo parece tímido, débil, infantil ante la jactancia vacía del hombre falso ciudadano. Es porque el hombre del campo pierde en la ciudad su contacto con lo leve que le da y le mantiene su fuerza. Enamorado de las estaciones: temples, sonidos, colores, olores, sabores, es así natural, así compone con las estaciones de la naturaleza su naturaleza y su vida. […]

No, la poesía delicada no debilita. No se es débil por ser fino, sino por ser esterior; no por sentimiento profundo, sino por postizo injenio. Hombre y mujer son igualmente fuertes, y si por «afeminado», esa palabra tan pobre, tan despectiva para la mujer, se quiere decir débil, «afeminados» pueden ser el hombre y la mujer. […]

Todos hemos nacido del pueblo, de la naturaleza, y todos llevamos dentro esa gran poesía orijinal, paradisíaca, que es natural unión, nuestro comunismo. Y deber de todos los que hemos dejado el paraíso por necesidad o por equivocación, es exaltarla en el pueblo para que el pueblo no crea que es débil por eso ni que es más fuerte por otras zarandajas. Levantando la poesía del pueblo se habrá diseminado la mejor semilla social política. Siempre he creído que a la política, administración espiritual y material de un pueblo, se debe ir por vocación estricta y tras una preparación jeneral equivalente a la de la más difícil carrera o profesión. Y entre las «materias» que esa carrera política exijiría para su complemento, la principal debiera ser la poesía, o mejor, la poesía debiera envolver a todas las demás. El político, que ha de administrar un país, un pueblo, debe ser impregnado de esa poesía profunda que sería la paz de su patria. Los más naturales poetas de todos los tiempos, y particularmente los poetas de su propio país, serían alimento

constante de su vida. Si el político sintiera y pensara en la mañana de cada día con Shelley, con San Juan de la Cruz, con Petrarca, con Fray Luis de León, con Keats, ¡qué día tan distinto para él y para su país sería el día! Y si antes de ir al parlamento preparara poéticamente su actividad, su pensamiento, su carácter, ¡qué jiro tan distinto tomarían sus intervenciones y cómo no oiríamos ni veríamos lo que vemos y oímos cada tarde, esas tardes tristes de los mercados parlamentarios! Porque la verdadera poesía lleva siempre en sí la justicia, y un político debe ser siempre un hombre justo, un poeta; y su política, justicia y poesía. […]

El trabajo gustoso. Conferencias, pp. 17-34

* * *

TAGORE, TRADUCIDO POR ZENOBIA, FUE UNA GRAN EXPERIENCIA LITERARIA PARA JUAN RAMÓN

CENIZA DE RABINDRANAZ TAGORE

Estando yo un día en la playa que yo sé, cojí con mi mano la espuma de una ola que me gustó, una como fresca ceniza de nácar, que se quedó en mi palma.

Sin saber por qué, una idea se me hizo en un instante palabra, palabra segura, natural; y yo dije alto: «Es ceniza de Tagore».

¿Por qué lo dije yo? Tú lo oíste. Y me viste en la palma de mi mano aquella ceniza de espuma que no se me iba, que centelleaba como si estuviera viva.

El Ganjes se llevó hacia el mar total la preciosa vida de Tagore, ya en cenizas de la quema de su cuerpo. Y el poeta se unió en ceniza al mundo por medio del mar.

En el mar del mundo están esas cenizas de Tagore. ¿Por qué no hubieron de venir hasta mi mano, que ayudó a dar forma nuestra española al ritmo de su inmenso corazón?

(1949)

Rabindranaz Tagore, *Obra escojida*, Madrid, Aguilar, 1966,
Colofón lírico de Juan Ramón Jiménez, página 1287.

3
JUAN RAMÓN, CRÍTICO LITERARIO

JUAN RAMÓN, CRÍTICO DE A. Y M. MACHADO

LAS «SOLEDADES» DE ANTONIO MACHADO

Un libro como este de Antonio Machado, necesitaba encontrar un ambiente algo más fragante y más puro que este sucio ambiente español, infectado por las rimas de caminos, canales y puertos de los señores premiados en el concurso de *El Liberal*. En las actuales circunstancias tendrá que contentarse con el cariño de unos cuantos corazones. La verdad es que tampoco necesita de más… Tranquilos, dichosos en nuestro retiro, en nuestra soledad de alma, abramos este libro de soledades, libro de Abril, amargo y azul, lleno de ráfagas y de ascensiones, de música de fuentes y de aroma de lirios. Y que nuestra alma se aleje hacia poniente, acariciada por esta lira que tiene la melancolía vieja y castellana de las coplas de don Jorge Manrique y el bello ritmo, rico y diamantino de los romances de Góngora.

En este jardín de gracia y de sueño, la quimera doliente de nuestra alma, que ha soñado tanto con las fuentes y las ventanas floridas a la luna, con el misterio de sombra de las largas galerías, con el sueño lejano y triste de los espejos encantados y las dulces campanas de las vísperas; pondrá violetas entre las pajinas y besará las estrellas puras que cristalizan en los labios y dejan en el aire azul su estela aromada y arjentina. Libro de Abril, triste y bello; gris y triste con sus mares remotos de cielo pardo y rojo bergantín; verde y triste con sus jardines, de lustrosos evónimos; triste y rosa con sus cancioncillas primaverales, donde manos no besadas hilan en la rueca el lino blanco de los sueños; rojo y triste y negro con su noria soñolienta, su cadalso de fresca madera, su juglar burlesco y la infinita pesadilla de sus laberintos de espejos. Y a pesar de toda su tristeza, este libro tiene no sé qué de oasis, una alegre visión de verdor y de sombra, efluvio de cosas nacientes, frescura y murmullo de agua entre yerba.

¡El agua! Todas las rimas de jardín tienen gárgolas; el misterio del agua determina una verdadera obsesión en el alma de nuestro gran poeta, y esta música interminable y fresca es, a través de todo el libro, un poema sollozante

con ritmo y rima propios, y con ensueño y queja y alma bañada de luz; un acompañamiento cadencioso y lírico, con cambiantes de risas y lágrimas. En *Tarde y La fuente*, primeros manantiales, sinfonías —sinfonías sabias— llenas de motivos, el enigma del agua es magnético, y la voz del poeta, trémula junto al mármol, pide para los ojos la quietud de lo eterno y para la cabeza el musgo de la piedra húmeda.

Las *Desolaciones y monotonías*, y aun las mismas *Salmodias de Abril*, tienen una fuerza florida y luminosa, una poesía que vibra como bronce y perfuma como nardo; algo de contraste, rosas de hierro, bruma de sol. El consonante adquiere una gracia de arpejio estraordinaria, es maravillosa la riqueza de orquestación y el verso y la frase y la palabra llevan, verdaderamente, color y son y luz:

sueño bajo el sol que aturde y ciega,
rido sueño en la hora de arrebol;
río luminoso el aire surca;
olende la montaña;
tarde es polvo y sol.

jos, enfrente de la tarde roja,
fulge el ventanal del torreón.

Hay en medio del libro un florilejio suave que muestra un título de romería: *Del camino*. Creo que no se ha escrito en mucho tiempo una poesía tan dulce y tan bella como la de estas cortas composiciones, misteriosa y hondamente dichas con el alma. El campo, yermo y duro, florece con lirios, se suavizan las tonalidades —entre el asonante—, pasan las novias místicas y las visiones que nunca han sido novias, las nostaljias del otro lado de la montaña ponen pálida la carne y lánguida el alma; y por los senderos floridos y ocultos, en la paz de la tarde, el corazón camina, camina por el mismo paisaje de su dicha, al son de la esquila del valle, mirando la barca sin remos que se mece dulcemente bajo un álamo en el remanso del río.

En estas romerías la vieja alma de don Jorge Manrique se ha encontrado en no sé qué encrucijada con el alma de Enrique Heine, que volvía con su violeta y su humorismo, de algún comentario abierto. Las callejas sombrías y estrechas que sonrosan sus paredes grises al crepúsculo y cortan sus muros sobre la gloria de oro de los ocasos lejanos, las plazuelas cerradas, con yerba entre las piedras y viejos conventos, todo lo solitario, lo umbrío, lo musgoso,

se anima, en su tristeza castellana, con almas de un país de bruma, y en las ventanas de esta España hay mejillas de rosa y cabellos de lino y pechitos nacientes bajo el corpiño claro; el tilo se adivina y la vidriera fileteada de plomo se sueña.

La pesadilla y el miedo tienen un gran evocador en el autor de este libro. Leed esta estrofa precisa y encantada, estrofa de alucinación y fatiga, en la que todos hemos tenido preso nuestro cuerpo en las noches de fiebre:

empre que sale el alma de la oscura
lería de un sueño de congoja,
bre un campo de luz tiende la vista
e un frío sol colora.

Esta estrofa parece que se vive; al decirla, surje el campo amarillento, como surje y se abre al final de los largos corredores por los que nuestro cuerpo de culebra se ha deslizado penosamente en la sombra y en el horror. También aparece dos o tres veces en el libro un fantasma que nos es muy conocido; es el amigo que, en los claros de luna, encontramos por los jardines solitarios, el hombre enlutado de las callejuelas sin salida, el compañero que se sentó en el lecho de Alfredo de Musset la noche en que el poeta lloraba la muerte de su padre, ese estraño personaje que se forma de la penumbra y nos mira desde el fondo de los espejos…

Soledades termina con cuatro composiciones sombrías. Las cuatro son admirables. La tercera sobre todo —*El cadalso*—, un capricho goyesco, es inmensa de tristeza y de tortura, macabra y trájica en su lienzo de oriente sangriento de trajedias. El reo va a llegar en la mula, y sus pupilas vidriosas y fijas van a reflejar en su frío y en su muerte el oro de la aurora naciente y el campo lleno de rocío y de dulzura matinal… ¿No has encontrado, poeta, a la novia del condenado, para cantarla en dos versos dulces, fina y blanca bajo sus rizos, allá en el valle lejano, entre la paz de la mañana luminosa y azul?

Libros de prosa, I, Crítica,
1907-1913, 2, pp. 513-16

* * *

ALMA Y CAPRICHO DE MANUEL MACHADO

Tiene Manuel Machado influencias bien aprovechadas de Verlaine y de Albert Samain; de este último en la dicción y en la construcción sobre todo. También algo del espíritu de «el desprecio a la muerte como una flor en los labios» de Verlaine. Pero es una influencia lójica —Verlaine es una nueva naturaleza—, no como esos calcos de Francis Jammes y de Rodenbach que circulan por ahí con tanto elojio de ignorantes y desprevenidos.

El talento de Manuel Machado es ponderado —él sabe lo que se hace— y tiene un gran fondo español. Como Espronceda en la *Canción del pirata* —esa canción romántica todavía fresca— ha dado la vida por perdida. Manuel Machado se ha terciado la capa y ha encontrado su jesto. Sus versos siempre están dichos a alguien. Su voluntad se ha muerto «una noche de luna en que era muy hermoso no soñar ni querer». De toda su poesía se desprende esta bella sentencia: olvidarlo todo por una mujer o por un vaso de vino. Como D'Annunzio, ama la diversidad: una risa y otra risa. Podría ser un Felipe IV o un tocador de guitarra. A mí me ha dicho muchas veces: ¿Por qué no se viene usted a los barrios bajos? Verá usted cómo se suceden la pompa de las estaciones: la de la rosa, la de las espigas, la de hojas cárdenas, la de la nieve… Y luego ha subrayado la frase con una sonrisa antigua de matador de toros retirado.

Plural e inesperado, seguramente le ha besado las piernas a la Fornarina, aunque sigue creyendo en el «De profundis». Como Benavente, tiene el sentimentalismo necesario. ¿Ha llorado alguna vez? Se parece un poco a Fuentes, el torero. Y estoy seguro de que tiene en casa un capote celeste y oro, de paseo. Es caprichoso; cree en Venus y la cree más de carne que de estrella. Si tuviéramos que dividir entre los dos a una mujer, ninguno de los dos reñiríamos por la parte que había de tocarnos; mía sería la cintura para arriba; él querría movimiento de salamandra partida. Es, gracias a Dios, un decadente. Ama el peligro y, como Rusiñol, haría un discurso contra el sentido común.

Todo poeta es bueno y grande. Si me dijerais ¿quién es el mejor de todos?, yo contestaría: el que hubiera hallado en un corazón como el de Heine una música como la de Verlaine; pero, claro está, sin parecerse a ninguno de los dos. Este nido caprichoso que es Manuel Machado, tiene su musiquita, pero es posible que no tenga mucho corazón. Ni falta que le hace. ¿Poeta femenino, débil, funambulesco, contradictorio? En su escudo podría ir bien este lema: «A mí, ¿qué?» o «¿qué importa?» o «¿qué más da?». Es sinuoso como un cuerpo de mujer. Y como a un cuerpo de mujer se le termina pronto el encanto y no se le termina nunca. Cuando una mujer está desnuda cree uno

que aún falta algo, y ya no falta nada, y por muy detenidamente que le observe —con lente, con microscopio— no falta nada. Y allí está todo; el encanto consiste en volver a empezar.

Admiro a Manuel Machado porque sería capaz de suicidarse de intensidad de amor súbito, de ahogarse con un pecho de mujer, de cortarse la garganta con un cabello rubio. Y es capaz, sobre todo, de olvidar después. ¿Ha ido al campo alguna vez? No me estrañaría nada que lo llevaran un día a la cárcel. Tiene todo el desdén suficiente para eso. Yo le dije una tarde que sería bonito ir por ahí rodeado de niñas de quince años; él las quería atadas con cadenas. Ningún amor humano le habrá puesto el corazón en carne viva. Le gustan los caballitos de madera, el cine, las figuras de cera, los teatritos de marionetas. Acabará por andar, como Enrique Heine, ocho años en su lecho, con los párpados caídos y las manos sin carne. Tendrá también que apuntalar su divinidad en cualquier establecimiento balneario. Creo que le vi un día vestido de nazareno, en una procesión sevillana de Semana Santa; tal vez en la Cofradía del Silencio o en la de la Virjen de la Esperanza. Él ha visto, como yo, nacer la luna sobre el Guadalquivir; ha oído las penas de Triana y se ha embarcado en la Puerta de la Barqueta; seguramente habrá oído decir al viejo que por allí iba todas las tardes, hasta San Jerónimo, el señorito de las melenas, el que vio los pájaros dormidos en el arpa. Ha paseado el barrio de Santa Cruz en las noches de Abril, ha olido los naranjos del Guadaira y ha soñado con el baño de doña María de Padilla y con doña María de Padilla en el baño.

Tiene quien le imite escandalosamente haciendo retratos. Pero el óleo de los otros se tuerce pronto, y el de él perdura. Tiene reflejos de su hermano, el de los caminos polvorientos. Ha estado en Puente Genil y ha bebido el vino rancio de don Manuel Reina. Y aquí está, en Madrid, trabajando poco, amando lo que pasa a su lado, muriéndose un poquito cada día, pero sin melena, sin jesto romántico, con la coleta desrizada debajo del sombrero y embozado en una capa andaluza que quizá tiene vueltas de seda de París.

El año 1902 apareció, tras los cristales de las librerías, un libro celeste y rosa con un alma negra. Era su primer libro.

Libros de prosa, 1, Primeras prosas.
«Crítica», 1907-1913, pp. 520-523

4
LA OBRA POÉTICA

Primero, hacia la obra perfecta.

RIMAS

(1902)

PRIMAVERA Y SENTIMIENTO

tos crepúsculos tibios
n tan azules, que el alma
iere perderse en las brisas
embriagarse con la vaga
ta inefable que el cielo
r los espacios derrama,
ndiéndola en las esencias
e todas las flores alzan
ra perfumar las frentes
las estrellas tempranas.

s pétalos melancólicos
la rosa de mi alma,
mblan, y su dulce aroma
cuerdos, amor, nostalgia),
eleva al azul tranquilo,
lesleírse en su mágica
avidad, cual se deslíe
un sonreír la lágrima
l que sufriendo acaricia
a remota esperanza.

tá desierto el jardín;
avenidas se alargan
tre la incierta penumbra
la arboleda lejana.
consumado el crepúsculo

holocausto de escarlata,
le las fuentes del cielo
ıentes de fresca fragancia),
brisas de los países
l sueño, a la tierra bajan
olor de flores nuevas
ın frescor de tenues ráfagas…
s árboles no se mueven,
es tan medrosa su calma,
e así parecen más vivos
e cuando agitan las ramas;
en la onda transparente
l cielo verdoso, vagan
sticismos de suspiros
perfumes de plegarias.

ué triste es amarlo todo
ı saber lo que se ama!
rece que las estrellas
mpadecidas me hablan,
ro como están tan lejos
comprendo sus palabras.
ué triste es tener sin flores
santo jardín del alma,
ñar con almas floridas,
ñar con sonrisas plácidas,
n ojos dulces, con tardes
primaveras fantásticas!…
ué triste es llorar, sin ojos
e contesten nuestras lágrimas!
ı entrado la noche; el aire
e un perfume de acacias
le rosas; el jardín
erme sus flores… Mañana,
ando la luna se esconda
a serena alborada
al mundo el beso tranquilo
sus lirios y sus auras,
inundarán de alegría
as sendas solitarias;

ndrán los novios por rosas
ra sus enamoradas;
os niños y los pájaros
garán dichosos… ¡Almas
oro que no ven la vida
s la nube de las lágrimas!

uién pudiera desleírse
esa tinta tan vaga
e inunda el espacio de ondas
ras, fragantes y pálidas!
h, si el mundo fuera siempre
a tarde perfumada,
lo elevaría al cielo
el cáliz de mi alma!

Rimas, ed. Centenario, pp. 61-64)

* * *

el balcón, un momento
s quedamos los dos solos;
sde la dulce mañana
aquel día, éramos novios.

paisaje soñoliento
rmía sus vagos tonos
jo el cielo gris y rosa
l crepúsculo de otoño.

dije que iba a besarla;
pobre bajó los ojos
ne ofreció sus mejillas
mo quien pierde un tesoro.

s hojas muertas caían
el jardín silencioso,

en el aire fresco erraba
perfume de heliotropos.

o se atrevía a mirarme;
dije que éramos novios,
as lágrimas rodaron
sus ojos melancólicos.

Ídem, p. 107

* * *

ARIAS TRISTES

(1903)

isaje dulce; está el campo
lo cubierto de niebla;
se han ido lentamente
s rebaños a la aldea.

un paisaje sin voces,
ste paisaje que sueña,
n sus álamos de humo
sus brumosas riberas.

oy por el camino antiguo
no de ramaje y yerba,
ı pisadas, con aroma
cosas vagas y viejas.

isaje velado y lánguido
bruma, nostalgia y pena:
elo gris, árboles secos,
ua parada, voz muerta.

bre los álamos blancos
la dormida ribera,

a luna rosa y triste
subiendo entre la niebla.

ias tristes, ed. Centenario,
rias otoñales», IV, p. 66

* * *

ueve, llueve; la aldeíta
ha dormido dulcemente;
s tejados tienen humo…
ué alegría! ¡cómo llueve!

Estrellita, ven a casa,
e mi hermana quiere verte,
e nos contará mi abuela
chos cuentos si tú vienes.

El señor cura me ha dicho
e es muy malo que me beses…
Estrellita, ven a casa,
e mi hermana quiere verte.

ueve, llueve; la aldeíta
ha dormido dulcemente…
trellita, ¡qué alegría!
ué alegría! ¡cómo llueve!

Ídem, XIII, p. 85

* * *

o me moriré, y la noche
ste, serena y callada,

rmirá el mundo a los rayos
su luna solitaria.

i cuerpo estará amarillo,
or la abierta ventana
trará una brisa fresca
eguntando por mi alma.

o sé si habrá quien solloce
rca de mi negra caja,
quien me dé un largo beso
tre caricias y lágrimas.

ro habrá estrellas y flores
suspiros y fragancias,
amor en las avenidas
a sombra de las ramas.

sonará ese piano
mo en esta noche plácida,
no tendrá quien lo escuche
llozando en la ventana.

Ídem, «Nocturnos», I, p. 121

* * *

os perros están aullando;
tengo miedo a los perros
ando lloran a la luna
estas noches de invierno.

o sé si verán fantasmas
r el jardín, y yo pienso
blancas apariciones
en lejanos cementerios.

gunas noches de luna,

rando hacia atrás, he abierto
poco el balcón; y he visto
e alguien se ha escondido. Y tiemblo

letrás de las maderas,
atreverme a abrir, veo
siniestro fantasma
e me hace ronda en silencio.

Ídem, IX, p. 132

* * *

dije que me gustaba
ella me estuvo escuchando—
e en primavera las jóvenes
varan vestidos blancos.

zó sus ojos azules
se me quedó mirando,
n una triste sonrisa
los virginales labios.

empre que crucé su calle
ponerse el sol de mayo,
pobre estaba en la puerta
n su vestidito blanco.

Ídem, «Recuerdos sentimentales», III, p. 173

* * *

JARDINES LEJANOS

(1904)

He visto en el agua honda
la fuente, una mujer
snuda… He visto en la fronda
a mujer… Quise ver

mo estaban los rosales
a lumbre de la luna,
ncontré rosas carnales.
ıise ver el lago, y una

ıjer huyó hacia la umbría.
do era aroma de senos
maverales; no había
nos santas ni ojos buenos.

lá en la fiesta reían
bellas de labios rojos;
sde la luz, me seguían
ıguidamente sus ojos…

llozaban los violines
jo la negra arboleda…
s soñolientos jardines
n plata, nieve y seda…

rdines lejanos, ed. Centenario,
ardines galantes» XII, p. 81

* * *

Su beldat mucho flòresce.
SUERO DE RIBERA.

ancina, en la primavera
enes la boca más roja?
La primavera me pone
mpre más roja la boca.

Es que besas más, o es
ue las rosas te arrebolan?
Yo no sé si es mal de besos
si es dolencia de rosas.

Y, ¿te gustan más los labios
as rosas? —¿Qué te importa…?
rosa me sabe a beso,
beso a beso y a rosa.

ıtonces le puse un beso
la rosa de su boca…
tarde de abril moría,
samente melancólica;

fuentes iban al cielo
n su plata temblorosa…
ancina deshojó a besos
boca sobre mi boca.

Ídem, XVII, p. 88

* * *

ene, en la noche de junio,
jo una voz que desgarra,
llanto de una guitarra
endada del plenilunio.

Es una loca alegría
ı alegre, que va rota
tre el llanto de una jota
ıerta de melancolía.

O una pasión sin fortuna
e se ha enredado en un pecho…
O un pobre idilio deshecho

e solloza con la luna…

Y se adivinan dos ojos
e miran tras la montaña;
os que miran a España
r causa de labios rojos.

anto de hombre, que desgarra
tre la noche de junio,
a luz del plenilunio
e hace hablar a la guitarra.

Ídem, XXII, p. 98

* * *

Quién anda por el camino
a noche, jardinero?
No hay nadie por el camino…
Será un pájaro agorero.

n mochuelo, una corneja,
s ojos de campanario…
Es el agua, que se aleja
r el campo solitario…

No es el agua, jardinero,
es el agua… —Por mi suerte,
e es el agua, caballero.
Será el agua de la muerte.

ardinero, no has oído
mo llaman al balcón?
Caballero, es el latido
e da vuestro corazón.

Cuándo abrirá la mañana
is rosadas alegrías!,

ando dirá la campana
uenos días, buenos días!

Es un arrastrar de hierros,
una voz hueca, es una…
Caballero, son los perros
e están ladrando a la luna…

Ídem, «Jardines místicos», VII, p. 135

* * *

i me mirarás llorando,
será el tiempo de las flores—
me mirarás llorando
yo te diré: no llores.

i corazón, lentamente,
irá durmiendo… tu mano
ariciará la frente
dorosa de tu hermano…

i me mirarás llorando,
sólo tendré una pena;
me mirarás llorando,
hermana, que eres tan buena.

tú me dirás: ¿qué tienes?
yo miraré hacia el suelo,
ú me dirás: ¿qué tienes?
yo miraré hacia el cielo.

yo me sonreiré
ú estarás asustada,
yo me sonreiré
ra decirte: no es nada.

Ídem, «Jardines dolientes», V. p. 198

* * *

Lentamente.

ıando el corazón nos duele
r causa de una mujer,
é dulce es poder tener
ı jardín que nos consuele!

veces, una violeta,
la más larga avenida,
buena para la herida
un corazón de poeta.

la fragancia, que envuelve
pena del corazón,
e hace cantar la canción
lo que ya nunca vuelve…

isa triste, brisa en calma
mi jardín florecido,
ónde encuentras ese olvido
e pones sobre mi alma?

, brisa, ¿en qué blanco cielo,
qué fuentes, en qué lumbres
:oges tus mansedumbres
us voces de consuelo?

Pues que tan triste frescor
nes, violeta, y tú, brisa,
qué quiero la sonrisa
sus dos labios en flor?

ıé dulce es poder tener
jardín que nos consuele,

ando el corazón nos duele
or causa de una mujer!

Ídem, XXIII, pp. 233-4

* * *

HISTORIAS DEL MONSURIO

(1907)

LA COJITA

. niña sonríe: «¡Espera,
y a cojer la muleta!»

l y rosas. La arboleda
ovida y fresca, dardea
npias luces verdes. Gresca
pájaros, brisas nuevas.
. niña sonríe: «¡Espera,
y a cojer la muleta!»

n cielo de ensueño y seda,
sta el corazón se entra.
s niños, de blanco, juegan,
illan, sudan, llegan: «¡… menaaa!»
. niña sonríe: «¡Espeeera,
y a coger la muleta!»

ltan sus ojos. Le cuelga,
ando, falsa, la pierna.
duele el hombro. Jadea
ntra los chopos. Se sienta.
e y llora y ríe: «¡Espera,
y a cojer la muleta!»

Ias los pájaros no esperan;
; niños no esperan! Yerra
primavera. Es la fiesta
l que corre y del que vuela…
. niña sonríe: «¡Espera,
y a cojer la muleta!»

yenda, Historias del Monsurio,
Iistorias para niños», 2, pp. 283-4

* * *

LA SOLEDAD SONORA

(1908)

jaro errante y lírico, que en esta floreciente
ledad de domingo, vagas por mis jardines,
l árbol a la hierba, de la hierba a la fuente
na de hojas de oro y caídos jazmines…

ué es lo que tu voz débil dice al sol de la tarde
e sueña dulcemente en la cristalería
es, como yo, triste, solitario y cobarde,
rmano del silencio y la melancolía?

'ienes una ilusión que cantar al olvido
a nostalgia eterna que mandar al ocaso
corazón sin nadie, tembloroso, vestido
hojas secas, de oro, de jazmín y de raso?

La soledad sonora, ed. Centenario, I. p. 65

* * *

i frente tiene luz de luna; por mis manos
y rosas y jazmines de algún jardín doliente;
. corazón da música lejana de pianos
ni llorar es de agua nostálgica de fuente…

ve una mujer dentro de mi carne de hombre;
te ríos de plata prestan ritmo a mi lira;
boca se me inunda de un encanto sin nombre
ando sonríe a la ilusión, cuando suspira…

Ídem, IX, p. 73

* * *

ene una esencia triste de jazmines con luna
l llanto de una música romántica y lejana…
las estrellas baja, dolientemente, una
isa con los colores nuevos de la mañana…

pectral, amarillo, doloroso y fragante,
r la niebla de la avenida voy perdido,
ıstio de la armonía, roto de lo distante,
ıerto entre los rosales pálidos del olvido…

aún la luna platea las frondas de tibieza
ando ya el día rosa viene por los jardines,
egando en sus lumbres esta vaga tristeza
n música, con llanto, con brisa y con jazmines…

Ídem, «Rosas de cada día», I, p. 163

* * *

e embriagan las mujeres de otoño. Tienen flores

ıstias bajo sus brazos, y son como la tarde…
rellas tristes abren sus ojos en amores,
al un fuego rosado que arde y que no arde…

s muslos son begonias tibias; en su regazo
y una indecisión de ensueños y de cosas…
ando adornan el cuerpo con su doliente abrazo
rece que en el alma se deshojan las rosas…

Ídem, XXVI, p. 188

* * *

ELEGÍAS

(1908-1910)

ı el cielo rosado están rojas las rosas,
sobre la verdura de mi jardín sonoro,
e el ánjelus triste, lleno de temerosas
ıs, de lirios blancos y de estrellas de oro.

es tan dulce el recuerdo de todo lo doliente,
a oscura humedad de los verdes profanos,
e mis ojos se ponen azules, y mi frente
hunde, llena de lágrimas, en la paz de mis manos.

egías, ed. Centenario,
legías puras», XII, pp. 54-5

* * *

Mourir sans espoir au soleil!
MAETERLINCK

ejadme en el jardín fragante, porque
iero ver el sol en el agua blanca de mariposas;
es si esta tarde de oro pasa el frío y me muero,
e llevaré mi alma toda llena de rosas…

ıora que están mis ojos llenos de luz florida,
r Dios, dejadme solo; mi carne es poco fuerte;
iero oír lo que dice la brisa de la vida
ıay tan poco jardín de la vida a la muerte…

Ídem. XVII, p. 57

* * *

Canta un ruiseñor.

ıiseñor de la noche, ¿qué lucero hecho trino,
é rosa hecha armonía en tu garganta canta
jaro de la luna, de qué prado divino
la fuente de oro que surte en tu garganta?

s el raso del cielo lo que envuelve la urna
tus joyas azules, temblorosas y bellas
ra en tu pecho un dios o a qué antigua y nocturna
ımavera has robado tus aguas con estrellas?

Ídem, XXIII, p. 60-1

* * *

vida ha puesto enfrente de mi desilusión
carnaval de sangre; en cada encrucijada
enlutado mudo me parte el corazón
n una espada o con una carcajada.

y! sangre de mis venas, ¿en dónde estás, qué tienes
e no te agotas nunca? ¿qué fuentes milagrosas
dan fragancia y música, sangre, que siempre vienes
ener vivo y rojo este ramo de rosas?

Ídem, «Elegías intermedias», I, p. 71

* * *

ensualidad, veneno azul, cómo embelleces
s sueños con estrellas cómo tu torpe mano
s lleva a los naufragios de lirios cuántas veces
rges, como el amor, de un libro, de un piano,

una rosa… Maldita tú, florida verdura
e te pones delante de las cosas eternas;
sirena, que ahogas la lira triste y pura
tre dos brazos blancos o entre dos locas piernas!

Ídem, XXIV, pp. 82-3

* * *

ujer, abismo en flor, maldita seas rosa
filo, espada tierna, fontana de letargo;
on qué nos muerde, lirio, tu seda cómo, diosa,
ces lo negro de oro y haces dulce lo amargo?

o iba cantando, un día, por la pradera de oro,
os azulaba el mundo y yo era alegre y fuerte;
estabas en la hierba, me abriste tu tesoro,
yo caí en tus rosas ¡y yo caí en la muerte!

y cómo das la sombra entre tus labios rojos,
ujer, mármol de tumba, lodo abierto en abrazos
que pones arriba el cielo de tus ojos,
entras nos enloquece la tierra de tus brazos!

em, «Elegías lamentables»,
XXII, pp. 114-5

* * *

ARTE MENOR

(1909)

DIOS DE AMOR

que queráis, señor, y sea lo que queráis.
queréis que entre las rosas ría hacia los matinales resplandores de la vida, que sea lo que queráis.
queréis que entre los cardos sangre hacia las insondables sombras de la noche eterna, que sea lo que queráis.
acias si queréis que mire, gracias si queréis cegarme; gracias por todo y por nada, y sea lo que queráis.
que queráis, señor, y sea lo que queráis.

yenda, Arte menor,
ancioncillas», 1 p. 219

* * *

LAS HOJAS VERDES

(1909)

te dolor me lo he buscado
;
ntre mis rosas, lo tendría?
ɔ!

.y! la costumbre lamentable

scar entre la sombra un por
ıé!

a bella, era fresca, pero
ıy
stinta, por sus soles, de
.

me llenó de sol y labios,
ı!
ni alma no puede olvidarla
ı!

te dolor me lo he buscado
;
ntre mis rosas, lo tendría?
ɔ!

Las hojas verdes, ed. Centenario, VII, p. 59

* * *

TARDE AZUL Y FRÍA

e abandona la luz, y estoy llorando…
)ué pondrá fin a esta melancolía
un día y otro día y otro día?
imavera, ¿vendrás y cómo y cuándo?

bre esta sombra azul, en la belleza
oro de la tarde dolorosa,

nta un vuelo de pájaros de rosa
ribillos de sueño y de tristeza…

ngo un retrato de mujer querida,
libro de Samain, y algunas flores
e envuelven en fragancias y en colores
e romanticismo de mi vida…

recuerdo nostálgico y eterno
una blancura en flor que ya no existe;
esplendor de primavera triste
tre las vaguedades del invierno…

i corazón camina, sollozando,
r un sendero pálido y divino…
oy un rosa o un malva vespertino?
me abandona la luz, y estoy llorando…

Ídem, XII. p. 67

* * *

BALADAS DE PRIMAVERA

(1910)

BALADA DE LA MAÑANA DE LA CRUZ

os está azul. La flauta y el tambor
uncian ya la cruz de primavera.
van las rosas, las rosas del amor
ıtre el verdor con el sol de la pradera!

ímonos, vámonos al campo por romero,
monos, vámonos
r romero y por amor…

yo le digo: ¿no quieres que te quiera?

sponderá radiante de pasión:
ando florezca la cruz de primavera
o te querré con todo el corazón!

imonos, vámonos al campo por romero,
monos, vámonos
r romero y por amor…

orecerá la cruz de primavera,
e diré: ya floreció la cruz.
sponderá:…¿tú quieres que te quiera?
la mañana se llenará de luz!

imonos, vámonos al campo por romero,
monos, vámonos
r romero y por amor.

auta y tambor sollozarán de amores,
mariposa vendrá con su ilusión…
a será la virjen de las flores
me querrá con todo el corazón!

Baladas de primavera, ed. Centenario, I, p. 91

* * *

BALADA DEL ALMORADUJ

o iba cantando… La luna blanca y triste
a poniendo medrosa la colina…
ntonces tú, molinera, apareciste
anca de luna, de flores y de harina.

moraduj del monte, tú
abas blanco de luna, almoraduj.

Blanca, ¿qué buscas? —Estoy cogiendo luna
tre las rosas de olor de la colina;

iero ponerme más blanca que ninguna,
ás que Rocío, que Estrella y que Francina.

moraduj del monte, tú
:abas blanco de luna, almoraduj.

Tú eres más blanca que el más blanco lucero,
ás que Rocío, que Estrella y que Francina,
s manos blancas alumbran el sendero
anco que va bajando la colina.

moraduj del monte, tú
:abas blanco de luna, almoraduj.

ıtonces tú, molinera, me prendiste
beso blanco de flores y de harina.
o iba cantando… La luna blanca y triste
a poniendo de aurora la colina…

moraduj del monte, tú
:abas blanco de luna, almoraduj.

Ídem, V, pp. 98-9

* * *

BALADA DE LA ESTRELLA

bre el pinar y la pradera,
a estrella de plata tiembla.

radera verde y soñolienta!
viene un olor a madreselvas.

esde su asno, mi alma eleva
a Romanza de la estrella.

h en la campiña moguereña
agner, a un cielo violeta!

bre el pinar y la pradera,
a estrella de plata tiembla.

ı corazón, ¿acaso, espera?
ı y este olor a madreselvas!

radera verde y soñolienta!
el cielo está malva y violeta…

ra el olor a luna nueva?
luna estaba… ¡y yo sin verla!

bre el pinar y la pradera,
a estrella de plata tiembla.

Ídem, XV I, p. 118

* * *

BALADA TRISTE DE LOS TRES BESOS

Hamlet: *The point! envenom'd too!*
Then, venom, to thy work.
SHAKESPEARE

Habla un muchacho.

uién ha besado tu boca? Mira
e no por eso te quiero menos…
La besó un novio que tuve, hace
mucho tiempo…

Tú, costurera, haz la mortaja—.
uién ha besado tus senos? Mira
e no por eso te quiero menos…
Los besó un novio que tuve, hace
mucho tiempo…

Tú, carpintero, tráeme la caja—.
)uién ha besado tu vientre? Mira
e no por eso te quiero menos…
Lo besó un novio que tuve, hace
mucho tiempo…

Tú, hierba de la muerte, ¡trabaja!—
hace
mucho tiempo…

Ídem, XXII, p. 129

* * *

PASTORALES

(1911)

jo los castaños, a la
mbra de la luna de oro
s elfos de barbas blancas
gaban entre nosotros…

caían en la hierba,
ndo; ganaban los troncos
lespertaban los nidos
n fantásticos asombros.

ué algarabía de plata
cían en el arroyo!
partían las estrellas
agua tibia… y del fondo

las urnas verdinegras
lían verdes, viscosos,
s barbas llenas de légamo,
egos los azules ojos.

as las mariposas negras
rrían como unos locos,
quitaban a las flores
s luciérnagas…

ı el oro
la mañana soñolienta era,
tre los pinos, rojo;
alba llegaba, dulce y
ılva sobre el mar brumoso…

ıjo los castaños, a la
mbra de la luna de oro,
s elfos de barbas rosas
gaban entre nosotros…

storales, ed. Centenario
a tristeza del campo», XIV, p. 104-5

* * *

niña estaba soñando
storias de primavera;
abuela le contestaba
n madrigales de ciega.

Se van a secar los lirios,
ra cómo está la tierra…
Si se han dormido mis ojos…
ómo quieres que la vea!

Se van a secar las rosas,
ra cómo está la tierra;
van a secar los lirios…
Deja que se sequen, deja…

El sol es el sol de junio;

s arroyos crían hierba;
van a morir las vacas
sed… —Deja que se mueran…

Que traigan la mula y saquen
las norias agua nueva;
están secando los huertos…
Deja que se sequen, deja…

Pero si el cielo está azul…
No volverás, primavera…
Si ya hay rosas por las noches
bajo de las estrellas.

Mi corazón está frío,
igo sueño y estoy ciega…
eja que se seque todo,
ja que crezca la hierba.

sí está el campo en silencio,
cantará el agua nueva,
cuando venga la muerte
izás mi sueño la sienta…

Ayer pasó por aquí
ulán el pastor, abuela,
ne dijo: No me olvides;
lveré a la primavera.

Ídem, «El valle», XIII, p. 155

* * *

MELANCOLÍA

(1912)

Tarde andaluza.

ariposas de luto, nevadas, amarillas,
van al cielo; el sol se oxida entre la sombra
l humo; un río que nunca se ha de volver
ver, huye a una música vespertina de frondas…

ondras de otros pueblos cantan en los trigales,
sangre transparente mecen las amapolas,
la hierba en los belfos, lentas vacas pintadas
elven hacia nosotros sus testas melancólicas…

ué regueros rosados, violetas, azulados,
flores, en las verdes praderas pantanosas
ronitas de humo celeste y blando velan
instante las flores… El tren silba… Una noria…

pronto, es una gritar fugaz y cristalino…
nujeres morenas —oh visión blanca, roja,
narilla!— nos dicen, con sus brazos desnudos,
liós! llenos de risa los ojos y las bocas…

elancolía, ed. Centenario,
n tren», XVII, p. 89

* * *

o me tienta la gloria. Sólo una vida en paz,
a de los tesoros del amor y la lira,
una estancia dulce, solitaria, serena,
na de libros bellos, con flores, ¡encendida!

tancia adonde, a veces, la amistad se llegara,
lamar a la puerta con mano noble y limpia,
iro adonde, a veces, se asomara el amor
n la mirada extraviada y conmovida…

ue el lujo y el rumor se queden para otros…
ní me basta con mi fe en las armonías,
una estancia plácida, alejada, callada,

na de libros bellos, con flores, ¡encendida!

Ídem, «La voz velada» V, pág. 122

* * *

ı un nido de sol rosa y oro los pájaros,
a tarde, ya fría, de otoño, están gorjeando…
da vez el sol es más brumoso y más pálido…
da vez van cantando los pájaros más bajo…

ué frío el de la muerte presentida qué amargo
o, contra el que es inútil todo el llanto!
el corazón se encoje, como un niño, temblando…
hojas secas caen… todo está solitario…

h los pétalos oro y rosa, que el sol májico
r los tejados con verdín va deshojando!
s pájaros palpitan… Mi corazón, un pájaro
e presiente la muerte, los mira, el triste…

ıando se apaga el sol, ¿en dónde se esconden?…
ın el árbol tiene uno… ¿Y el sol?…
pronto, ya no hay pájaros…
ónde mueren. Es que hacen un nido en el ocaso
que pueden huir de la muerte, cantando?

Ídem, XI, p. 130

* * *

ɔdo se pone malo…
enfermedad, la lluvia,
amanecer frío… ¡Qué difícil es todo!

Echado sobre el lecho, febril, veo, entre llamas,
triste aparición de un vago libro de oro…

e rodean los sueños más claros, más divinos,
dines inmortales maravillan mis ojos…
ro el telón absurdo de la indolencia, borra
ra siempre, de un golpe, los fondos deleitosos…

h, la obra concluida! Poder pensar… ¿en qué?
ıe la muerte, el invierno, el luto, el mal, el odio,
ndan la vida en un torbellino de sombra…
ro que tenga versos perfectos y gloriosos…

ue ya esté el mundo hecho. Que no nos falte nada!
ıe la fiebre consuma un vivir sin retorno,
un vivir que no sea más que un dulce vivir
esto al fin inefable de un vago libro de oro…

Ídem, «*Tenebrae*», *X*, p. 199

* * *

LABERINTO

(1913)

Crepúsculo en la estancia.

han unido la hora, el piano y tu cuerpo,
ra hacerme morir de nostalgias fragantes…
ué me importa la vida! por cogerte una estrella,
ɔdaría a un abismo de dolor y verdades!

has mustiado mi frente con la música triste
la nieve y del luto del piano y tu carne…
n tus armas de seda, de perfume y de llanto,
daría cien almas que pudieras quitarme!

La sonata se extingue… Por la abierta, ventana
tra un rosa encendido de caída de tarde,
us manos se abaten cual palomas heridas
l piano parece que se tiñe de sangre…

berinto, Edición del Centenario,
oz de seda», XV, p. 66

* * *

un fondo opalino de rocas esfumadas
r la bruma de un sol de primavera fresca,
erguías indolente, cabe las olas rosas,
stida de escarlata, calzada de madera.

egres, a la sombra fina del pinar blando,
taban tus amigas en sus ligeras yeguas…
flores de la tarde, soñando, se mecían
a caricia larga de la brisa de seda…

ra el amor! Yo, mudo, espiaba el encanto,
bien sabido aún, de tu clara belleza;
rdeaban tus ojos tras el velillo crudo,
pierna blanqueada por la media canela…

em, «Tesoro»,
laya del Sudoeste», VIII, V, p. 87)

* * *

arrayán está mojado de amarillo
r la luna caída; huele a arrayán mojado,
vagos terciopelos de la fronda se mecen

n un rumor de ensueño, desentendido y lánguido.

adivinan adelfas de sangre, en un carmín
orado entre lo verde y lo azul y lo áureo;
de los vivos no queda más que un sueño errabundo…
mar habla a lo lejos, como un monstruo sonámbulo…

ormes nubes negras avanzan por el sur
a luna se vela de agonía y de espanto;
el agua se escucha una voz de mujer
e tiene miedo, que huye, que suplica llorando…

Ídem, «Variaciones inefables», IX, p. 109

* * *

tre unas cartas de tinta descolorida,
las que se han borrado yo no sé qué palabras,
contré estos jazmines… ¿Dónde se fue el blancor
ndo y fragante de sus hojas plateadas?

Una noche me echaste por tu balcón ¿te acuerdas?
a biznaga fresca de jazmines… Estaba
cielo constelado, y la brisa era pura
mo un derrumbamiento de estrellas desgranadas…

h, qué olor penetrante le daban tus jazmines
a sombra profunda y ardiente de mi alma!
… tus ojos eran grandes, ¡más grandes que la noche!
bre la vaguedad de tus batistas pálidas…—

e diste en los jazmines todo: tus blandos brazos
n sus rincones negros, las lunas apretadas
tus pechos, tus muslos infinitos, la sangre
tu boca de fruta… ¡el alma! en tu mirada…

¿Las estrellas se ponen amarillas? ¿No son
estrellas lo mismo que las blancas biznagas?

¿por qué la eternidad está nueva, tranquila,
o demás —¡mi vida!— seco, mudo y sin alas?

Ídem, «Olas de jazmín» XV, pp. 190-1

* * *

ESTÍO

(1916)

CANCIÓN ALEGRE

l, es verdad; todo llega.
npaciencia,
paciencia roedora!
¿Verdad, rosas?

ı nacido la mañana.
i esperanza,
mo el sueño, se ha caído
abismo
lo inútil, que no vuelve…

ro, fuerte,
la dicha bella estoy:
esos, flores!

lores, besos! ¡Impaciencia,
lo llega,
paciencia que asesinas
os días!
¿Es verdad, sol de la aurora?
erdad, rosas?

tío, ed. Centenario,
erdor», VII, p. 56

* * *

MAYO

a, blanca, y tierna, entre
s brotes rubios y verdes…

londe daba su frente,
iente era. Lo fuerte,
u mudo pasar leve,
caía, vano y débil.
taba encima y ausente
todo, y todo, envolviéndole
corazón trasparente,
hacía una y perenne,
mo la vida a la muerte.

Como a la vida. Su nieve
a inmortal y celeste.
evada del suelo al cenit.—

só, sin irse. Indeleble
absorto, quedó el presente
rando su huida, siempre…

Ídem, XIII, p. 60

* * *

viento lo trueca todo
las alegrías, las penas—
tre el coro leve y triste
las nuevas hojas secas.
afila todo… ¿hacia dónde?
ara qué?

erran por fuera
sé qué cosas que deben
alizarse bajo tierra;
como en cuentos, las cosas
afuera, libres, se sueñan.
que ha de ser se diría
e no ha de ser. Se dijera
e lo que no va a ser aun
a ser ya…

una demencia
razón, confunde, loca,
alidades y apariencias,
un carnaval romántico
era de lugar y de época.

Ídem, XCVIII, p. 124

* * *

CONVALECENCIA

lo tú me acompañas, sol amigo.
mo un perro de luz lames mi lecho blanco;
yo pierdo mi mano por tu pelo de oro,
ída de cansancio.

ué de cosas que fueron
van… más lejos todavía!
llo
onrío, igual que un niño,
jándome lamer de ti, sol manso.

De pronto, sol, te yergues,
l guardián de mi fracaso,
en una algarabía ardiente y loca,
lras a los fantasmas vanos

e, mudas sombras, me amenazan
sde el desierto del ocaso.

Ídem, CIII, p. 127

* * *

SONETOS ESPIRITUALES

(1917)

AL SONETO CON MI ALMA

mo en el ala el infinito vuelo,
al en la flor está la esencia errante,
mismo que en la llama el caminante
gor, y en el azul el solo cielo;

mo en la melodía está el consuelo,
l frescor en el chorro, penetrante,
a riqueza noble en el diamante,
en mi carne está el total anhelo.

ti, soneto, forma, esta ansia pura
pia, como en un agua remansada,
las sus inmortales maravillas.

claridad sin fin de su hermosura
cual cielo de fuente, ilimitada
la limitación de tus orillas.

Sonetos espirituales, ed. Centenario, I, p. 65

* * *

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!—
ra como el pasaje de la brisa?
¿Cómo la huida de la primavera?

n leve, tan voluble, tan ligera
al estival vilano… ¡Sí! Imprecisa
mo sonrisa que se pierde en risa…
ana en el aire, igual que una bandera!

andera, sonreír, vilano, alada
mavera de junio, brisa pura…!
ué loco fue tu carnaval, qué triste!

do tu cambiar, trocóse en nada
¡memoria, ciega abeja de amargura!—
o sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

Ídem, «Amor», XV, p. 78

* * *

OCTUBRE

taba echado yo en la tierra,
frente del infinito campo de Castilla,
e el otoño envolvía en la amarilla
lzura de su claro sol poniente.

nto, el arado, paralelamente
ría el haza oscura, y la sencilla
ano abierta dejaba la semilla
su entraña partida honradamente.

nsé arrancarme el corazón, y echarlo,
eno de su sentir alto y profundo,
ancho surco del terruño tierno,

ver si con partirlo y con sembrarlo,
primavera le mostraba al mundo
árbol puro del amor eterno.

Ídem, XX, p. 83

* * *

TRASTORNO

nca creí que el albo lirio fuera
mero también. Yo no sabía
e el odio alimentara la alegría.
ıvierno, te llamaron primavera!

or qué la estrella altiva y pura era
seco nido de la noche umbría?
a paloma inmortal cómo encendía
rvo pico de ave carnicera?

es aquel manantial, con su negrura
lutecía el mar de la mañana.
ruiseñor pudo asustar al hombre.

ıblaba el niño con palabra impura,
corazón era una gruta insana,
a traición tenía un claro nombre.

Ídem, XXV, p. 91

* * *

AL MAR ANOCHECIDO

i su belleza en mí morir pudiera
mo en ti, mar, se borran los colores
e el sol divino te dejó, en las flores
luz de toda su gentil carrera!

as ¿qué es la muchedumbre, pasajera
erna, de este oleaje de dolores,
ra tal resplandor de resplandores,
ba sola de toda primavera?

Iar, toma tú, esta tarde sola y larga,
corazón, y da a su sufrimiento
anochecer sereno y extendido!

ue una vez sienta él cual tú, en la amarga
finitud de su latir sangriento,
color uniforme del olvido!

Ídem, XXXII, p. 98

* * *

ÁRBOLES ALTOS

biertas copas de oro deslumbrado,
bre la redondez de los verdores
jos, que os arrobáis en los colores
ágicos del poniente enarbolado;

vuestro agudo éxtasis dorado
rramáis vuestra alma en claras flores,
lesaparecéis en resplandores,
sueños del jardín abandonado!

ómo mi corazón os tiene, ramas
imas, que sois ecos, y sois gritos
un hastío inmortal de incertidumbres!

l, cual vosotras, se deshace en llamas,
ıbre a los horizontes infinitos
florecer espiritual de lumbres!

Ídem, «Recogimiento», I, página 107

* * *

VOZ DE NIÑO

o oí? ¡Sí!… De una voz que no habló aquí,
ɔte celeste, hijo de cristal,
ecido por la cuna virginal
la estrella que, en sueños, escogí.

el primer corazón que amó —¿lo vi?—
cero matinal, digo, triunfal
ito que, trastornado, matinal
cero creyó el sueño… ¿Lo oí? ¡Sí!
í!

Igual que una vez que oí, tornando
madrugada al valle, un raudal duro
ino, que la luna con su plata
ima libertaba aún del puro
mer sol; ya en la vida y aún soñando…—

oz de niño, más que el silencio grata!

Ídem, LIV, p. 122

* * *

OTOÑO

parce octubre, al blando movimiento
l sur, las hojas áureas y las rojas,
en la caída clara de sus hojas
lleva al infinito el pensamiento.

ué amena paz en este alejamiento
todo, oh prado bello, que deshojas
flores, oh agua, fría ya, que mojas
n tu cristal estremecido el viento!

ncantamiento de oro! ¡Cárcel pura,
que el cuerpo, hecho alma, se enternece,
hado en el verdor de una colina!

una decadencia de hermosura,
vida se desnuda, y resplandece
excelsitud de su verdad divina.

Ídem, LV, p. 123

* * *

DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO

El 2 de marzo de 1916 Juan Ramón casó en New York con Zenobia Camprubí Aymar, nombre de amor hasta la muerte.

(1917)

Sevilla,
27 de enero.

TÚ Y SEVILLA

Sevilla le echo los requiebros
e te echo a ti. Se ríen,
rándola, estos ojos que se ríen
ando te miran.

e parece
e, como tú, ella llena el mundo,
ı pequeño y tan mágico con ella, digo,
ntigo, ¡tan inmenso,
ı vacío sin ti, digo, sin ella!

evilla, ciudad tuya,
ıdad mía!

ario de un poeta recién casado, ed. Centenario,
Hacia el mar», XVIII, p. 80

* * *

A Cádiz, en tren,
28 de enero.

¡DOS HERMANAS!

elo azul y naranjas:
o Jermaaaana!

El tren no va hacia el mar, va hacia el verano
rde de oro y blanco.

ıa niña pregona: «¡*Violeceetaa*!»
ı niño: «¡*Agüiiiita frejca*!»

ɔ, en mi escalofrío sin salida,
nrío en mi tristeza y lloro de alegría.

Dos cables: «Madre, Novia: Moguer, Long-Island;
ıshing: Naufragué, en tierra, en mar de amor».

Ídem, XX, p. 81

* * *

1 de febrero.

MONOTONÍA

mar de olas de zinc y espumas
cal, nos sitia
n su inmensa desolación.

do está igual —al norte,
este, al oeste, cielo y agua—,
s y duro,
o y blanco.
unca un bostezo
ayor ha abierto de este modo el mundo!

s horas son de igual medida
e todo el mar y todo el cielo
s y blanco, seco y duro;
da una es un mar, y gris y seco,
n cielo, y duro y blanco.

o es posible salir de este castillo
atido del ánimo!
acia cualquiera parte —al oeste,
sur, al este, al norte—,
mar de zinc y yeso,
cielo, igual que el mar,
yeso y zinc,
ingastables tesoros de tristeza—,
naciente ni ocaso…

em, «El amor en el mar»,
XX, pp. 90-91

* * *

3 de febrero.

h mar sin olas conocidas,
ı «estaciones» de parada,
ua y luna, no más, noches y noches!

Me acuerdo de la tierra,
e, ajena, era de uno,
pasarla en la noche de los trenes,
r los lugares mismos y a las horas
otros años…

¡Madre lejana,
rra dormida,
brazos firmes y constantes,
igual regazo quieto,
tumba de vida eterna
n el mismo ornamento renovado—;
rra madre, que siempre
uardas en tu sola
rdad el mirar triste
los errantes ojos!—

Me acuerdo de la tierra
los olivares a la madrugada—
me frente a la luna
ınca, rosada o amarilla,
ɔerando retornos y retornos
los que, sin ser suyos ni sus dueños,
amaron y la amaron…

Ídem, XXXV, pp. 95-96

* * *

ıando, dormida tú, me echo en tu alma,
escucho, con mi oído

tu pecho desnudo,
corazón tranquilo, me parece
e, en su latir hondo, sorprendo
secreto del centro
l mundo.
e parece
e legiones de ángeles,
caballos celestes
como cuando, en la alta
che escuchamos, sin aliento
l oído en la tierra,
tes distantes que no llegan nunca—,
e legiones de ángeles
nen por ti, de lejos
como los Reyes Magos
nacimiento eterno
nuestro amor—,
nen por ti, de lejos,
raerme, en tu ensueño,
secreto del centro
l cielo.

Ídem, «América del Este», XCII, p. 147

* * *

New York,
10 de abril.

CEMENTERIO EN BROADWAY

A HANNAH CROOKE

Está tapiado este breve camposanto abierto de la ciudad comercial, por las cuatro rápidas y constantes concurrencias del elevado, el tranvía, el taxi y el subterráneo, que jamás le faltan a su silencio obstinado y pequeño. Un sin fin de rayos de fugaces cristales correspondidos, que anuncian con letras de oro y negro todos los *and C.º* de New York, hieren, en la movible alquimia del sol último, recogido interminable y variadamente en sus coincidencias, las

espaldas y los hombros de las tumbas viejas, cuya piedra renegrida y polvorienta se tiñe, aquí y allá, de color de corazón.

¡Pobre pozo de muertos, con tu iglesita de juguete, cuyas campanas sueñan al lado de las oficinas que sitian tu paz, entre los timbres, las bocinas, los silbatos y los martillos de remache!… Mas lo puro, por pequeño que sea y por guerreado que esté, es infinito; y sólo la escasa yerba agriverde que los muertos de otro tiempo brotan, y una única florecita roja que el sol, cayéndose, exalta sobre una losa, colman de poesía esta hora terrible de las cinco, y hacen del cementerio un único hermano gemelo del ocaso inmenso, trasparente y silencioso, de cuya hermosura sin fin queda la ciudad viva desterrada.

Ídem, XCIV, p. 148

* * *

ué débil el latido
tu corazón leve
ué hondo y qué fuerte su secreto!
ué breve el cuerpo delicado
e lo envuelve de rosas,
ué lejos, desde cualquiera parte tuya
y qué no hecho—
centro de tu alma!

Ídem, XCV, p. 149

* * *

¡VIVA LA PRIMAVERA!

New York, el marimacho de las uñas sucias, despierta. Cual de la luz las estrellas lúcidas, en el anochecer del cielo, van surgiendo, uno a uno, de la sombra, negros, los buques que la guardan, en cerco férreo, anclados en el

Hudson turbio. El día va poniéndose en su sitio y recobra su teléfono en su oficina de Broadway.

En un anhelo, doblado por la aurora, de ser pura, viene la primavera, nadando por el cielo y por el agua, a la ciudad. Toda la noche ha estado, desvelada, embelleciéndose, bañándose en la luna llena. Un punto, sus rosas, aún tibias solo, doblan la hermosura de la aurora, en lucha con el trust «Humo, sombra, barro, and C.º», que la recibe con su práctico. Pero ¡ay! se cae al agua, casi vencida. Ejércitos de oro vienen en el sol en su ayuda. La sacan desnuda y chorreante, y le hacen la respiración artificial en la estatua de la Libertad. ¡La pobre! ¡Qué encanto el suyo, tímida aún y ya vencedora!

El oro leve de las nueve le basta ya para ser reina. Sí. Los brotes sucios de los árboles de los muelles se sonríen, con una gracia rubia; cantan cosas de oro los gorriones, negros aún del recuerdo de la nieve, en las escaleras de incendio; los cementerios de las orillas estallan con leves ascuas el hollín; una banda rosa de oriente encanta los anuncios de las torres; repican, confundidas, las campanas de fuego, las campanas de todas las iglesias…

¡Vedla! Ya está aquí, desnuda y fuerte, en Washington Square, bajo el arco, dispuesta a desfilar, por la Quinta, hasta el parque. Sus piernas desnudas inician, sin marchar todavía, el paso marcial. Inclina la cabeza. ¡Ya!

—¡Viva la Primavera! ¡Viva la Primaveraaa! ¡Viva la Primaveraaaaa!

Ídem, CXVI, pp. 164-5

* * *

13 de junio.

¡EL MAR ACIERTA!

No sé si es más o menos. Pero sé que el mar, hoy, es el mar. Como un orador sin paz, que un día llega a su plena exaltación, y es él ya para siempre, porque la ola de su fervor rompió su vaso, así, hoy, el mar; como un pintor que acertase a dar en una sola pincelada la luz del color de la aurora primera; como un poeta que se hace en su alma una estrofa mayor que el mundo, así, hoy, el mar; como una primavera que abre su flor mayúscula…

Hoy el mar ha acertado, y nos ofrece una visión mayor de él que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy. Hoy le conozco y le sobreconozco. En un momento voy desde él a todo él, a siempre y en todas partes él.

Mar, hoy te llamas mar por vez primera. Te has inventado tú mismo y te has ganado tú solo tu nombre, mar.

Ídem, «El mar de retorno», CLXVI, p. 213

* * *

Cádiz,
21 de junio.

FRESQUITOS MATINALES

¡Verano andaluz! ¡Cómo olvida el cuerpo lo que deja, o lo que le deja! ¡El recuerdo del cuerpo; mujer!

Este fresquito de Cádiz es el fresquito más alegre, más abierto, más alto que ha sentido mi carne nunca en el verano. Se diría que el airecillo surte del mar, como de su centro, que él mismo es otro mar de aire que sube y anega y sepulta este montón de limpieza, de colores claros —este blanco con verde chillón, únicos—, de finura; que estamos en un aireario ideal, dentro del aire, que fuera como el alma del aire, cuya vestidura, desnuda ella, se le hubiera caído al suelo.

… Y digo alto, abriendo inmensamente el pecho al aire, por la calle estrecha —sucesión de claridades, encaje de matices suaves—: ¡Qué fresco tan rico! ¡Qué fresco tan rico!

Y un loro grita en un balcón: «¡Qué fresco tan rico!». «¡Qué fresco tan rico!».

Ídem, «España», CXCIX, p. 246

* * *

22 de junio.

DE CÁDIZ A SEVILLA

A J. MORENO VILLA

Entre los candeleros verdes de la pita, el sol poniente colma de dorados carmines los cuadros de las salinas blanquiazules. Alguna vaca negra pace, solitaria, en la quietud del anochecer de las marismas, de islote en islote de

camarinas. Un viento amplio, que infla el poniente como una gran vela y se lleva la tarde como un barco, entra hasta el alma misma un agudo olor de sal y pino.

(En Cádiz, que va dando la vuelta, el faro, sobre el amarillo de miel del poniente, comienza su vela, con una luz verde y violeta, que es aún como una joya cerrada, sin un solo resplandor hacia fuera).

Es cual una naturaleza enmendada por un pintor que le hubiese enseñado su hermosura y la pintara de nuevo con más jugo y más brío; como la verdadera entraña de la tierra, salida de lo más hondo a lo más claro; profusión de bienestares que dan a cada sentido su más aguda sensación, la cual, analizada, no se sabe de dónde viene hoy más que otro día, y que es poco suponer que mana del fondo sólo de la naturaleza.

Ídem, CCII, p. 249

* * *

PLATERO Y YO

(1914-1917)

PLATERO

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas… Lo llamo dulcemente: «¿Platero?», y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal…

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel…

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña…; pero fuerte y seco por dentro, como piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tien’asero…

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Platero, ed. Centenario, I. p. 49

* * *

EL LOCO

Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero.

Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal, con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos, las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente:

—¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!

… Delante está el campo, ya verde. Frente al cielo inmenso y puro, de un incendiado añil, mis ojos —¡tan lejos de mis oídos!— se abren noblemente, recibiendo en su calma esa placidez sin nombre, esa serenidad armoniosa y divina que vive en el sin fin del horizonte…

Y quedan, allá lejos, por las altas eras, unos agudos gritos, velados finamente, entrecortados, jadeantes, aburridos:

—¡El lo… co! ¡El lo… co!

Ídem, VII, p. 55

* * *

¡ÁNGELUS!

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes; rosas azules, rosas blancas, sin color… Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos… ¿Qué haré yo con tantas rosas?

¿Sabes tú, quizás, de dónde es esta blanda flora, que yo no sé de dónde es, que enternece cada día el paisaje y lo deja dulcemente rosado, blanco y celeste —más rosas, más rosas—, como un cuadro de Fra Angélico, el que pintaba la gloria de rodillas?

De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Cual en una nevada tibia y vagamente colorida, se quedan las rosas en la torre, en el tejado, en los árboles. Mira: todo lo fuerte se hace, con su adorno, delicado. Más rosas, más rosas, más rosas…

Parece, Platero, mientras suena el Ángelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas, que se encienden ya entre las rosas… Más rosas… Tus ojos, que tú no ves, Platero, y que alzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas.

Ídem, X, p. 59

* * *

PAISAJE GRANA

La cumbre. Ahí está el ocaso, todo empurpurado, herido por sus propios cristales, que le hacen sangre por doquiera. A su esplendor, el pinar verde se agria, vagamente enrojecido; y las hierbas y las florecillas, encendidas y transparentes, embalsaman el instante sereno de una esencia mojada, penetrante y luminosa.

Yo me quedo extasiado en el crepúsculo. Platero, granas de ocaso sus ojos negros, se va, manso, a un charquero de aguas de carmín, de rosa, de violeta; hunde suavemente su boca en los espejos, que parece que se hacen líquidos al tocarlos él; y hay por su enorme garganta como un pasar profuso de umbrías aguas de sangre.

El paraje es conocido, pero el momento lo trastorna y lo hace extraño, ruinoso y monumental. Se dijera, a cada instante, que vamos a descubrir un palacio abandonado… La tarde se prolonga más allá de sí misma, y la hora, contagiada de eternidad, es infinita, pacífica, insondable…

—Anda, Platero…

Ídem, XIX, p. 70

* * *

LA NOVIA

El claro viento del mar sube por la cuesta roja, llega al prado del cabezo, ríe entre las tiernas florecillas blancas; después se enreda por los pinetes sin limpiar y mece, hinchándolas como velas sutiles, las encendidas telarañas celestes, rosas, de oro… Toda la tarde es ya viento marino. Y el sol y el viento ¡dan un blando bienestar al corazón!

Platero me lleva contento, ágil, dispuesto. Se dijera que no le peso. Subimos, como si fuésemos cuesta abajo, a la colina. A lo lejos, una cinta de mar, brillante, incolora, vibra entre los últimos pinos, en un aspecto de paisaje isleño. En los prados verdes, allá abajo, saltan los asnos trabados de mata en mata.

Un estremecimiento sensual vaga por las cañadas. De pronto, Platero yergue las orejas, dilata las levantadas narices, replegándolas hasta los ojos y dejando ver las grandes habichuelas de sus dientes amarillos. Está respirando largamente, de los cuatro vientos, no sé qué honda esencia que debe transirle el corazón. Sí. Ahí tiene ya, en otra colina, fina y gris sobre el cielo, a la amada. Y dobles rebuznos, sonoros y largos, desbaratan con su trompetería la hora luminosa y caen luego en gemelas cataratas.

He tenido que contrariar los instintos amables de mi pobre Platero. La bella novia del campo lo ve pasar, triste como él, con sus ojazos de azabache cargados de estampas… ¡Inútil pregón misterioso, que ruedas brutalmente, como un instinto hecho carne libre, por las margaritas!

Ídem, XXXIV, p. 89

* * *

EL NIÑO Y EL AGUA

En la sequedad estéril y abrasada de sol del gran corralón polvoriento que, por despacio que se pise, lo llena a uno hasta los ojos de su blanco polvo cernido, el niño está con la fuente, en grupo franco y risueño, cada uno con su alma. Aunque no hay un solo árbol, el corazón se llena, llegando, de un nombre, que los ojos repiten escrito en el cielo azul Prusia con grandes letras de luz: Oasis.

Ya la mañana tiene calor de siesta y la chicharra sierra su olivo, en el corral de San Francisco. El sol le da al niño en la cabeza; pero él, absorto en el agua, no lo siente. Echado en el suelo, tiene la mano bajo el chorro vivo, y

el agua le pone en la palma un tembloroso palacio de frescura y de gracia que sus ojos negros contemplan arrobados. Habla solo, sorbe su nariz, se rasca aquí y allá entre sus harapos, con la otra mano. El palacio, igual siempre y renovado a cada instante, vacila a veces. Y el niño se recoge entonces, se aprieta, se sume en sí, para que ni ese latido de la sangre que cambia, como un cristal movido solo, la imagen tan sensible de un calidoscopio, le robe al agua la sorprendida forma primera.

Platero, no sé si entenderás o no lo que te digo: pero ese niño tiene en su mano mi alma.

Ídem, XLII, p. 98

* * *

EL POZO

¡El pozo!… Platero, ¡qué palabra tan honda, tan verdinegra, tan fresca, tan sonora! Parece que es la palabra la que taladra, girando, la tierra oscura, hasta llegar al agua fría.

Mira; la higuera adorna y desbarata el brocal. Dentro, al alcance de la mano, ha abierto, entre los ladrillos con verdín, una flor azul de olor penetrante. Una golondrina tiene, más abajo, el nido. Luego, tras un pórtico de sombra yerta, hay un palacio de esmeralda y un lago que, al arrojarle una piedra a su quietud, se enfada y gruñe. Y el cielo, al fin.

(La noche entra, y la luna se inflama allá en el fondo, adornada de volubles estrellas. ¡Silencio! Por los caminos se ha ido la vida a lo lejos. Por el pozo se escapa el alma a lo hondo. Se ve por él como el otro lado del crepúsculo. Y parece que va a salir de su boca el gigante de la noche, dueño de todos los secretos del mundo. ¡Oh laberinto quieto y mágico, parque umbrío y fragante, magnético salón encantado!).

—Platero, si algún día me echo a este pozo, no será por matarme, créelo, sino por cojer más pronto las estrellas.

Platero rebuzna, sediento y anhelante. Del pozo sale, asustada, revuelta y silenciosa, una golondrina.

Ídem, LII, p. 110

* * *

CORPUS

Entrando por la calle de la Fuente, de vuelta del huerto, las campanas, que ya habíamos oído tres veces desde los Arroyos, conmueven con su pregonera coronación de bronce, el blanco pueblo. Su repique voltea y voltea entre el chispeante y estruendoso subir de los cohetes, negros en el día, y la chillona metalería de la música.

La calle, recién encalada y ribeteada de almagra, verdea toda, vestida de chopos y juncias. Lucen las ventanas colchas de damasco granate, de percal amarillo, de celeste raso y, donde hay luto, de lana cándida, con cintas negras. Por las últimas casas, en la vuelta del Porche, aparece, tarda, la Cruz de los espejos, que, entre los destellos del poniente, recoge ya la luz de los cirios rojos que lo gotean todo de rosa. Lentamente, pasa la procesión. La bandera carmín, y San Roque, Patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, Patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda, y San Isidro, Patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes, y más banderas de colores, y más Santos, y luego, Santa Ana, dando lección a la Virjen niña, y San José, pardo, y la Inmaculada, azul… Al fin, entre la guardia civil, la Custodia, ornada de espigas granadas y de esmeraldinas uvas agraces su calada platería, despaciosa en su nube celeste de incienso.

En la tarde que cae, se alza, limpio, el latín andaluz de los salmos. El sol, ya rosa, quiebra su rayo bajo, que viene por la calle del Río, en la cargazón de oro viejo de las dalmáticas y las capas pluviales. Arriba, en derredor de la torre escarlata, sobre el ópalo terso de la hora serena de junio, las palomas tejen sus altas guirnaldas de nieve encendida…

Platero, en aquel hueco de silencio, rebuzna. Y su mansedumbre se asocia con la campana, con el cohete, con el latín y con la música de Modesto, que tornan al punto, al claro misterio del día; y el rebuzno se le endulza, altivo, y, rastrero, se le diviniza…

Ídem, LVI, pp. 116-7

* * *

GORRIONES

La mañana de Santiago está nublada de blanco y gris, como guardada en algodón. Todos se han ido a misa. Nos hemos quedado en el jardín los gorriones, Platero y yo.

¡Los gorriones! Bajo las redondas nubes, que, a veces, llueven unas gotas finas, ¡cómo entran y salen en la enredadera, cómo chillan, cómo se cogen de los picos! Éste cae sobre una rama, se va y la deja temblando; el otro se bebe un poquito de cielo en un charquito del brocal del pozo; aquél ha saltado al tejadillo del alpende, lleno de flores casi secas, que el día pardo aviva.

¡Benditos pájaros, sin fiesta fija! Con la libre monotonía de lo nativo, de lo verdadero, nada, a no ser una dicha vaga, les dicen a ellos las campanas. Contentos, sin fatales obligaciones, sin esos olimpos ni esos avernos que extasían o que amedrentan a los pobres hombres esclavos, sin más moral que la suya, ni más Dios que lo azul, son mis hermanos, mis dulces hermanos.

Viajan sin dinero y sin maletas; mudan de casa cuando se les antoja; presumen un arroyo, presienten una fonda, y sólo tiene que abrir sus alas para conseguir la felicidad; no saben de lunes ni de sábados; se bañan en todas partes, a cada momento; aman el amor sin nombre, la amada universal.

Y cuando las gentes, ¡las pobres gentes!, se van a misa los domingos, cerrando las puertas, ellos, en un alegre ejemplo de amor sin rito, se vienen de pronto, con su algarabía fresca y jovial, al jardín de las casas cerradas, en las que algún poeta, que ya conocen bien, y algún burrillo tierno —¿te juntas conmigo?— los contemplan fraternales.

Ídem, LXIII, pp. 126-127

* * *

EL VERANO

Platero va chorreando sangre, una sangre espesa y morada, de las picaduras de los tábanos. La chicharra sierra un pino, que nunca llega… Al abrir los ojos, después de un inmenso sueño instantáneo, el paisaje de arena se me torna blanco, frío en su ardor, espectral.

Están los jarales bajos constelados de sus grandes flores vagas, rosas de humo, de gasa, de papel de seda, con las cuatro lágrimas de carmín; y una calina que asfixia, enyesa los pinos chatos. Un pájaro nunca visto, amarillo con lunares negros, se eterniza, mudo, en una rama.

Los guardas de los huertos suenan el latón para asustar a los rabúos, que vienen, en grandes bandos celestes, por naranjas… Cuando llegamos a la sombra del nogal grande, rajo dos sandías, que abren su escarcha grana y rosa en un largo crujido fresco. Yo me como la mía lentamente, oyendo, a lo lejos, las vísperas del pueblo. Platero se bebe la carne de azúcar de la suya, como si fuese agua.

Ídem, LXV, p. 129

* * *

LA COLINA

¿No me has visto nunca, Platero, echado en la colina, romántico y clásico a un tiempo?

… Pasan los toros, los perros, los cuervos, y no me muevo, ni siquiera miro. Llega la noche y sólo me voy cuando la sombra me quita. No sé cuándo me vi allí por vez primera y aún dudo si estuve nunca. Ya sabes qué colina digo; la colina roja aquella que se levanta, como un torso de hombre y de mujer, sobre la viña vieja de Cobano.

En ella he leído cuanto he leído y he pensado todos mis pensamientos. En todos los museos vi este cuadro mío, pintado por mí mismo; yo, de negro, echado en la arena, de espaldas a mí, digo a ti, o a quien mirara, con mi idea libre entre mis ojos y el poniente.

Me llaman, a ver si voy ya a comer o a dormir, desde la casa de la Piña. Creo que voy, pero no sé si me quedo allí. Y yo estoy cierto, Platero, de que ahora no estoy aquí contigo, ni nunca en donde esté, ni en la tumba, ya muerto; sino en la colina roja, clásica a un tiempo y romántica, mirando, con un libro en la mano, ponerse el sol sobre el río…

Ídem, LXXXIV, p. 154

* * *

LA GRANADA

¡Qué hermosa esta granada, Platero! Me la ha mandado Aguedilla, escogida de lo mejor de su arroyo de las Monjas. Ninguna fruta me hace

pensar, como ésta, en la frescura del agua que la nutre. Estalla de salud fresca y fuerte. ¿Vamos a comérnosla?

¡Platero, qué grato gusto amargo y seco el de la difícil piel, dura y agarrada como una raíz a la tierra! Ahora, el primer dulzor, aurora hecha breve rubí, de los granos que se vienen pegados a la piel. Ahora, Platero, el núcleo apretado, sano, completo, con sus velos finos, el exquisito tesoro de amatistas comestibles, jugosas y fuertes, como el corazón de no sé qué reina joven. ¡Qué llena está, Platero! Ten, come. ¡Qué rica! ¡Con qué fruición se pierden los dientes en la abundante sazón alegre y roja! Espera, que no puedo hablar. Da al gusto una sensación como la del ojo perdido en el laberinto de colores inquietos de un calidoscopio. ¡Se acabó!

Ya yo no tengo granados, Platero. Tú no viste los del corralón de la bodega de la calle de las Flores. Íbamos por las tardes… Por las tapias caídas se veían los corrales de las casas de la calle del Coral, cada una con su encanto, y el campo, y el río. Se oía el toque de las cornetas de los carabineros y la fragua de Sierra… Era el descubrimiento de una parte nueva del pueblo que no era la mía, en su plena poesía diaria. Caía el sol y los granados se incendiaban como ricos tesoros, junto al pozo en sombra que desbarataba la higuera llena de salamanquesas…

¡Granada, fruta de Moguer, gala de su escudo! ¡Granadas abiertas al sol grana del ocaso! ¡Granadas del huerto de las Monjas, de la cañada del Peral, de Sabariego, en los reposados valles hondos con arroyos donde se queda el cielo rosa, como en mi pensamiento, hasta bien entrada la noche!

Ídem, XCVI, pp. 170-1

* * *

LA CALLE DE LA RIBERA

Aquí, en esta casa grande, hoy cuartel de la guardia civil, nací yo, Platero. ¡Cómo me gustaba de niño y qué rico me parecía este pobre balcón, mudéjar a lo maestro Garfia, con sus estrellas de cristales de colores! Mira por la cancela, Platero; todavía las lilas, blancas y lilas, y las campanillas azules engalanan, colgando la verja de madera, negra por el tiempo, del fondo del patio, delicia de mi edad primera.

Platero, en esta esquina de la calle de las Flores se ponían por la tarde los marineros, con sus trajes de paño de varios azules, en hazas, como el campo

de octubre. Me acuerdo que me parecían inmensos; que, entre sus piernas, abiertas por la costumbre del mar, veía yo, allá abajo, el río, con sus listas paralelas de agua y de marisma, brillantes aquéllas, secas éstas y amarillas; con un lento bote en el encanto del otro brazo del río; con las violentas manchas coloradas en el cielo del poniente… Después mi padre se fue a la calle Nueva, porque los marineros andaban siempre navaja en mano, porque los chiquillos rompían todas las noches la farola del zaguán y la campanilla y porque en la esquina hacía siempre mucho viento…

Desde el mirador se ve el mar. Y jamás se borrará de mi memoria aquella noche en que nos subieron a los niños todos, temblorosos y ansiosos, a ver el barco inglés aquel que estaba ardiendo en la Barra…

Ídem, CXVII, p. 194

* * *

EL INVIERNO

Dios está en su palacio de cristal. Quiero decir que llueve, Platero. Llueve. Y las últimas flores que el otoño dejó obstinadamente prendidas a sus ramas exangües, se cargan de diamantes. En cada diamante, un cielo, un palacio de cristal, un Dios. Mira esta rosa; tiene dentro otra rosa de agua, y al sacudirla ¿ves?, se le cae la nueva flor brillante, como su alma, y se queda mustia y triste, igual que la mía.

El agua debe ser tan alegre como el sol. Mira, si no, cuál corren felices, los niños, bajo ella, recios y colorados, al aire las piernas. Ve cómo los gorriones se entran todos, en bullanguero bando súbito, en la yedra, en la escuela, Platero, como dice Darbón, tu médico.

Llueve. Hoy no vamos al campo. Es día de contemplaciones. Mira cómo corren las canales del tejado. Mira cómo se limpian las acacias, negras ya y un poco doradas todavía; cómo torna a navegar por la cuneta el barquito de los niños, parado ayer entre la yerba. Mira ahora, en este sol instantáneo y débil, cuán bello el arco iris que sale de la iglesia y muere, en una vaga irisación, a nuestro lado.

Ídem, CXVIII, p. 195

* * *

MELANCOLÍA

Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero, que está en el huerto de la Piña, al pie del pino redondo y paternal. En torno, abril había adornado la tierra húmeda de grandes lirios amarillos.

Cantaban los chamarices allá arriba, en la cúpula verde, toda pintada de cenit azul, y su trino menudo, florido y reidor, se iba en el aire de oro de la tarde tibia, como un claro sueño de amor nuevo.

Los niños, así que iban llegando, dejaban de gritar. Quietos y serios, sus ojos brillantes en mis ojos, me llenaban de preguntas ansiosas.

—¡Platero, amigo! —le dije yo a la tierra—; si, como pienso, estás ahora en un prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes, ¿me habrás, quizás, olvidado? Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?

Y, cual contestando a mi pregunta, una leve mariposa blanca, que antes no había visto, revolaba insistentemente, igual que un alma, de lirio en lirio…

Ídem, CXXXV, p. 217

* * *

POESÍA EN VERSO

(1917-1923)

oncentrarme, concentrarme,
sta oírme el centro último
centro que va a mi yo más lejano,
que me sume en el todo!

Poesía en verso, ed. Centenario, 1, p. 47

* * *

MAR IDEAL

ıs dos vamos nadando
agua de flores o de hierro—
r nuestras dobles vidas.

Yo, por la mía y por la tuya;
por la tuya y por la mía—.

pronto, tú te ahogas en tu ola,
en la mía; y, sumisas,
ola, sensitiva, me levanta,
levanta la mía, pensativa.

Ídem, 15, p. 48

* * *

LA MÚSICA

o la hagas nacer,
e tiene cuerpo y alma,
ıal que una mujer; no seas
eador de la muerte con crearla; deja
desnudez en la serenidad
no existente— del piano!

o, no; que no levante
cuerpo hermoso en el crepúsculo,
ra luego caer, bajo la inmensa
grura de su abierta cabellera!

Ídem, 28, p. 55

* * *

CREPÚSCULO

ı cable del telégrafo
corta al cielo, exactamente en dos,
¡oh nube!— el pecho rosa.
¡Qué dolor!—

ɔ el cielo las estrellas,
ɜe le sale el corazón
¡oh luna!—, rojo y grande.
¡Qué dolor!—

Ídem, 62, p. 77

* * *

sta es mi vida, la de arriba,
de la pura brisa,
del pájaro último,
de las cimas de oro de lo oscuro!

sta es mi libertad, oler la rosa,
rtar el agua fría con mi mano loca,
snudar la arboleda,
jerle al sol su luz eterna!

Ídem, 66, p. 79

* * *

TRANVÍA DEL CAMPO

niño mira fijo al sol poniente;
, fijo, al niño; la mujer
ní, fija. ¡Silencio!
nguno —¡amor, dolor!—

s comprendemos.

Y el sol se muere.
nuestra triple ignorancia
queda en sombra. ¡Silencio!

Ídem, 121, pp. 114-5

* * *

ETERNIDADES

(1918)

[Un ejemplo de la continua elaboración poética a la que Juan Ramón sometía su poesía]

VERSIÓN 1

ıtelijencia, dame
nombre exacto de las cosas!
Que mi palabra sea
cosa misma,
eada por mi alma nuevamente.
ıe por mí vayan todos
s que no las conocen, a las cosas;
e por mí vayan todos
s que ya las olvidan, a las cosas;
e por mí vayan todos
s mismos que las aman, a las cosas…
ıtelijencia, dame
nombre exacto, y tuyo,
suyo, y mío, de las cosas!

ernidades, ed. Centenario,
gún el texto de 1918, III, pp. 61-62

* * *

VERSIÓN 2

EL INSTINTO A SU INTELIJENCIA

[Variantes]

:elijencia
ame] tú, segunda, [*prueba*]
i] nombre exacto de las cosas. [*el*]
ıe por ti mi palabra, también, sea
cosa misma
eada por mi alma nuevamente.
ıe por mí vayan, bien seguros así, todos
s que no las conocen, a las cosas;
e por mí, [*arrepentidos*] así, vayan todos [*avergonzados*]
s que ya las olvidan, a las cosas;
e por mí vayan, más [*felices*] así, todos [*contentos*]
s mismos que las aman, a las cosas…
ıtelijencia, [*certifica*] [*ratifica*]
nombre exacto
or tuyo, suyo y mío) de las cosas!

xto según V. García de la Concha,
a forja poética de J. R. J.»,
peles de son Armadans, 262,
ero 1978, pp. 16-17, procedente
l Archivo de Puerto Rico

* * *

VERSIÓN 3

EL NOMBRE EXACTO

¡Intelijencia, dame el nombre exacto de las cosas!…

Que mi palabra sea la cosa misma, creada por mi alma nuevamente. Que por mí vayan todos los que no las conocen, a las cosas; que por mí vayan todos los que ya las olvidan, a las cosas; que por mí vayan todos los mismos que las aman, a las cosas…; ¡Inteligencia, dame el nombre exacto, y tuyo, y suyo, y mío, de las cosas!

Según el texto de *Leyenda*,
poema 668, p. 422)

* * *

no, primero, pura,
stida de inocencia.
la amé como un niño.

ego se fue vistiendo
no sé qué ropajes.
la fui odiando, sin saberlo.

egó a ser una reina,
tuosa de tesoros…
ué iracundia de yel y sin sentido!

Mas se fue desnudando.
yo le sonreía.

quedó con la túnica
su inocencia antigua.
eí de nuevo en ella.

se quitó la túnica,
pareció desnuda toda…
h pasión de mi vida, poesía
snuda, mía para siempre!

Ídem, V, pp. 62-63

* * *

es tan bella
como el prado tierno tras el arcoiris,
la siesta callada de agua y sol;
mo el rizado de la primavera,
ntra el sol de la aurora;
mo la avena fina del vallado,
ntra el sol del poniente del estío;
mo tus ojos verdes con mi risa grana,
mo mi hondo corazón con tu amor vivo.

Ídem, XXIII, p. 70

* * *

REMANSO

amor es, entre tú y yo,
ı impalpable, tan sereno, tan en sí,
mo el aire invisible,
mo el agua invisible, entre la luna
l cielo
a luna del río.

Ídem, LVIII, p. 86

* * *

ıda abril, se me va
nuevo en el recuerdo.
ga de fuga

fuga.
cuerdo de recuerdo
recuerdo…

uir interminable,
ás suave cada vez,
ás pequeño —y más triste,
rque te ibas y porque tu ida
ya a dejar de irse!—
roma del aroma
l aroma!
ostumbre dulce y triste de su ida,
é triste cuando tú te pierdas;
é triste ahora, y no por ella que se fue,
ıo por ti, que vas a irte,
ga!

Ídem, XXXIII, p. 75

* * *

› dejes ir un día,
ı cojerle un secreto, grande o breve.
a tu vida alerta
scubrimiento cotidiano.
r cada miga de pan duro
e te dé Dios, tú dale
diamante más fresco de tu alma.

Ídem, XCIX, p. 106

* * *

oras, ruinas doradas

mi ayer!
engo, dulce,
entarme en vosotras,
nte al mar, sobre el valle, bajo el cielo
mis memorias.

yerba, parecida
a otra, porque el sol la trasparenta,
e hace llorar. Y el llanto
e inunda el porvenir
ne ahoga en las penas que murieron.

es un ahogarme suave,
e me atrae hacia sí, con la ternura
n que atraen las cosas
e dejamos pasar sin ir con ellas,
jo el cielo, en el valle, por los mares…

Ídem, CXVII, pp. 114-5

* * *

alabra mía eterna!
h, qué vivir supremo
ya en la nada la lengua de mi boca—,
, qué vivir divino
flor sin tallo y sin raíz,
trida, por la luz, con mi memoria,
la y fresca en el aire de la vida!

Ídem, CXXXVII, p. 125

* * *

PIEDRA Y CIELO

(1919)

EL POEMA

1

o le toques ya más,
e así es la rosa!

edra y cielo, ed. Centenario, I,
iedra y cielo», 1, p. 77

* * *

ué inmensa desgarradura
de mi vida en el todo,
ra estar, con todo yo,
cada cosa;
ra no dejar de estar,
n todo yo, en cada cosa!

Ídem, VII, p. 80

* * *

LA OBRA

I

sta prisa permanente,
ntenida
n mi freno, cada instante!

bra pujante y de picos
raídos, ajitadamente lenta,
londeada como el mundo;
tro en mayo, por el verde
mpo de la primavera eterna,
re esclavo de su dueño!

Ídem, XV, p. 87

* * *

uién, quién, naturaleza,
antando tu gran cuerpo desnudo,
mo las piedras, cuando niños,
encontrara debajo
secreto pequeño e infinito!

Ídem, XIX, p. 89

* * *

CRISTALES

I

fán triste de niño, aquel
ín de poseerlo
lo, de recrearme en todo, inmensamente,
zando, en falso, mundos que creía de otros!
… ¡Y qué desidia mía,
el mundo de otros!—

II

co a poco, mi vida
e adueñándose
l mundo que creía de los otros.
s estampas aquellas de los libros,
eron mar, tierra, cielo,
vegado, pisada, penetrado
r mí. El domingo lento —¡calle sola!—
l nostáljico pueblo, fue domingo
iversal y alegre.

y III

oy, alma, ¿qué no es mío?, ¿qué no es tuyo?
Qué verjas no se abren, qué muros no se rinden,
é bocas no se llenan de palabras,
ra ti?
' estás triste,
ıecesitas persuadirte de este
minio tuyo, retornando
ıquellos días, ¡ay!,
que sólo tenías
ventana, el afán loco y el libro?

Ídem, XXXIII, pp. 97-8

* * *

ROSAS

II

ı amor —¡qué alegre!—
ca, cantando, con sus brazos frescos,
ua del pozo de mi corazón.

cubo da contra mi pecho,
se derrama, fría, el agua gorda

¡qué alegría!— en mi alma.
Se ríe la cadena en el carrillo,
n un gorrión volando sobre ti…—

ı está tu cubo lleno
¡qué alegre!—
mi boca, el brocal
Tu amor —¡qué alegre!—
ga sus rosas con mi corazón.

Ídem, XLVII, p. 105

* * *

CANCIÓN

ɔdo el otoño, rosa,
esa sola hoja tuya
e cae.

ña, todo el dolor
esa sola gota tuya
sangre.

Ídem, III, XII, pp. 133-4

* * *

NOSTALJIA

ojita verde con sol,
sintetizas mi afán;
ín de gozarlo todo,
hacerme en todo inmortal!

Ídem, XLI, p. 150

* * *

o estás en ti, belleza innúmera,
e con tu fin me tientas, infinita,
ın sinfín de deleites!

stás en mí, que te penetro
sta el fondo, anhelando, cada instante,
spasar los nadires más ocultos!

stás en mí, que tengo
mi pecho la aurora
en mi espalda el poniente
quemándome, transparentándome
una sola llama—; estás en mí, que te entro
tu cuerpo mi alma
saciable y eterna!

Ídem, XLIII, pp. 150-1

* * *

BELLEZA

(1923)

DENTRO

erponiéndose entre el mar y ello,
opuso, con sus quietos ojos terminantes,
u decisión fuerte,
infinito que incluía

¡qué pequeños!—
mar, el cielo, el universo todo,
todo el otro infinito—.

ello cayó, cayendo en ella,
la enhiesta joya contenida—,
ás que en el mar, más que en el cielo,
ás que en el universo todo, continente;
n ella, la desnuda en pie,
surtidor amante, que enfriando
s ojos limpios, cuajaría
los los infinitos!

lleza, ed. Centenario,
6, pp. 50-1

* * *

rearme, recrearme, vaciarme, hasta
e el que se vaya muerto, de mí, un día,
a tierra, no sea yo; burlar honradamente,
enamente, con voluntad abierta,
crimen, y dejarle este pelele negro
mi cuerpo, por mí!
yo, esconderme
nriendo, inmortal, en las orillas puras
l río eterno, árbol
en un poniente inmarcesible—
la divina y májica imajinación!

Ídem, 1, 17, p. 57

* * *

EPITAFIO IDEAL

(¿Quién?)

bril!, ¿solo, desnudo,
ballo blanco mío de mi dicha?

Llegó rompiendo, llenos de rocío,
s rosales; metiéndose, despedregando
s pesados torrentes; levantando,
lón de luz, los pájaros alegres.—

ı jadeo, tu espuma, tu sudor,
e parece que vienen de otra vida…
en aquí, ven aquí, caballo mío;
ril, abril que vuelves,
ballo blanco
mi amor perdido!

Mis ojos le acarician, apretándole,
frente blanca cual la luna,
n su diamante negro de carbón.—

ril, abril; ¿y tu jinete bello?,
ı pobre amor, mi pobre amor, abril!

Ídem, 1, 25, pp. 62-63

* * *

BALCÓN DE OTOÑO

ı el alambre del teléfono
mbla, verde neuróbata, una estrella.
ciudad, en el trueque del otoño,
otra ciudad. Frescas
sas dibujan los tejados,

los postes del telégrafo, los pararrayos, las cuerdas y las astas—,

bre el ocaso de honda transparencia.
Una mujer y un gato, en la
randa de una ¿jaula, puente de buque?, no, azotea,
rtan sus breves
uetas iguales y negras.—

ué bien! —Las manos
los bolsillos ya—. ¡Qué gusto! Eternas
riedades se ofrecen, repetidas,
alma trasplantada a nueva escena.

ciudad vira, flota, se desancla.
l mundo va por mar? ¿Dios es marino?

momento me lleva,
n barco, en coche, en tren, en aeroplano?,
todo corre, retiembla, jira, vuela—,
nil puertos, a mil parques, a mil montañas
nil ciudades nuevas.

esde el balcón de par en par,
ué perspectivas oh!
e eternidad alterna!

Ídem, 2, 28, pp. 92-3

II
EL AUSENTE DE ESPAÑA

ALERTA

Iluminada, mi cabeza, alta en el mundo oscuro,
¿es la semilla iluminada de otro y más bello mundo?

Canciones de Queensbury
Una colina meridiana, *en* Leyenda, *12, p. 642*.

1
EL TESTIMONIO BIOGRÁFICO

LA ANGUSTIA DEL POETA ALEJADO DE LA FUENTE VIVA

PATRIA Y MATRIA ESPAÑA, ¿DÓNDE TE OIGO?

SIN RUMOR ESPAÑOL

No oír el español al pueblo de España; al hombre, a la mujer, al niño; ese español que es el rumor de mi sangre, ¡la razón de mi vida!

¿Qué es mi vida sin rumor español eterno e interno?

TUS MARÍAS

España, Andalucía, ¡cómo estará sonando ahora la voz de tus Marías! María de Montemayor, María del Carmen, María del Pilar, María de los Dolores, María del Rocío, María de la Esperanza, junto al agua corriente por el campo propio.

La corriente infinita, Sino de vida y muerte
1896-1954, p. 302

* * *

EL ESPAÑOL PERDIDO

¿Un español ultramarino? ¿Como de las tiendas de ultramarinos en mi España de niño?

¡Y lo que me gustaban a mí las tiendas de ultramarinos de Andalucía, ultramarinos de un ultramar español, como una respuesta de productos! ¿Soy un ultramarino aquí, allí una respuesta? ¡Qué estraño, pero qué estraño!

Ídem, p. 295

* * *

EL MILAGRO DE LA LENGUA ARGENTINA

EL MILAGRO ESPAÑOL

El milagro de mi español lo obró la República Argentina: el Río Juramento, barco que me llevó, Buenos Aires, La Plata, Rosario, Santa Fe, Panamá, Córdoba, Buenos Aires. Cuando llegamos al puerto de Buenos Aires y oí gritar mi nombre, ¡Juan Ramón, Juan Ramón!, a un grupo de muchachas y muchachos, me sentí respañol, español renacido, revivido, salido de la tierra del desterrado, desenterrado, con mi piedra de mi Fuentepiña en el bolsillo del pecho.

—¡El grito, la lengua española; el grito en lengua española, el grito! Y tan andaluz, lo más español para mí de España, ocho siglos de cultivo oriental, Andalucía.

Comprendí. Todo aquello era por mi lengua, por la lengua en la que había escrito lo que ellos habían leído. Nunca soñé cosa semejante. En mi España de piel de toro, isla mayor con alto río sólido, nieve de Pirineos, España, «que faz los homes y los desfaz», no hubiera sido posible esperar aquella realidad que otro país de lengua española me aseguraba. Sí, mucho afecto en Puerto Rico, en Santo Domingo y en Cuba; ¡pero aquel besar, aquel llorar, aquella vida en la Argentina, no!

Cuando llegué al cuarto del hotel Alvear, los empleados, hombres y mujeres gallegos, andaluces, vascos, asturianos, todos sonreían, hablando en un español limpio y resonante por los pasillos de mármol que me estremeció. Oír a un argentino fuera de Buenos Aires siempre me había sonado un poco raro; pero oír a Buenos Aires me enamoró: un hablar rápido con todas las letras pronunciadas y en su sitio, con un acento fino y agradable, lleno de ondeajes de sorpresa. Hasta la y griega enellada, aquel «Mayea», aquel cabayo o cabacho, me parecían tan naturales. Sin duda aquello estaba en el sol. Aquella misma noche yo hablaba español por todo mi cuerpo con mi alma, el mismo español de mi madre, muchas de cuyas palabras, que ya no decían en España en el año 36, eran allí corrientes y vivían del todo. ¡Español que yo querría fijar para siempre con todas sus combinaciones imajinadas en andaluz, en mi escritura!

Y por esta lengua de mi madre, la sonrisa mutua, el abrazo, la efusión. Allí se mecía como en Andalucía. Era la seguridad de un convencimiento, un reconocimiento que se prolongará ya en esta existencia americana mía mientras yo viva.

No soy ahora un deslenguado ni un desterrado, sino un conterrado, y por ese volver a lenguarse, he encontrado a Dios en la conciencia de lo bello, lo que hubiera sido imposible no oyendo hablar en mi español. En la casa de Dios estoy ahora hablando y España está, en Dios, conmigo. Ahora soy feliz, madre mía, España, madre España, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho.

La corriente infinita, Sino de vida y muerte,
Epílogo de 1948, pp. 306-8

* * *

IMPRESIÓN DE BUENOS AIRES

MUY DILIJENTE Y MUY SENSITIVO

¡Qué hermosas las rectas calles tan largas y tantas de Buenos Aires, abiertas siempre a un fondo luminoso, destellador a veces. No importa qué fondo: luz, luz oro o blanca, rosa o cobre!

Y entre tales fondos de no importa qué luz, ¡cuánta vida, cuánto vivir, qué sensación de estar uno vivo entre vivos; qué palpitar entrañable entre cuál cristalear florero, librero; qué galerías de toda esa otra vida de que todos, más o menos, necesitamos; y cuánto también para los que necesitan más de lo superfluo que no todos necesitamos!

Comer, esta necesidad tan variable en el animal, humano o no, se come bien, demasiado bien en Buenos Aires, no sé si en toda la Argentina. Los campos, esas pampas de verdor húmedo o empolvado en que la aurora, el cenit o el poniente son casi el cuerpo, ya que el suelo es casi alma desnuda agobiada del peso de tanto alto, se ven llenos de ganado de todas clases. Pero ese comer prolijo, y esto es lo curioso, no da, en jeneral, a las jentes argentinas, ese aspecto grosero, lustroso y sudado que en otros países de buen comer. El tipo fino humano abunda, sobre todo el femenino, en la Argentina, como en pocos otros países tropicales o subtropicales. Entonces…

Entonces debe ser que el ganado argentino que da el «bife» es muy sensitivo, y los pastos que lo alimentan, muy dilijentes. Por algo la zamba es tan esquisita, gustosa y memorable.

La corriente infinita,
«Vivienda y morienda», p. 324

* * *

CARTA A JORGE LUIS BORGES

A JORGE LUIS BORGES

Buenos Aires

Hace mucho tiempo que estoy queriendo decirle, mi querido Jorge Luis Borges (y sólo por gusto mío), lo que me maravilla la cantidad de calidad poética y literaria que viene usted acumulando, hace tantos años y con tanta selección, en su escritura jeneral.

Primero, su verso penetrante; ese vocabulario suyo exacto a lo entrevisto mejor, que le da tal plasticidad armoniosa a los hechos o a los entes más difícilmente inevocables; ese encanto de su resolución, de lo preciso en las representaciones que más le corresponden a su existir y a su ser; tal poder clarividente de encuentro y de coincidencia. Luego, la divagación crítica, de tan inequívoca solidez; que si a veces ofusca, siempre tiene cuantía y peso de seguro tesoro. Después, el cuento imajinativo, intelectual y místico, que nos traslada sobrecojidos al mismo centro de su imajinación calculadora.

Usted ha llegado a su estilo, digo al estilo a que usted quiso llegar, y no a otro mejor ni peor. Su esfuerzo lo lleva a uno en volandas, que es lo más que se puede conseguir en poesía y literatura. La rueda, el ala, la flecha que usted se ha construido con semejante calma, nos resbala por nuestra diafanidad, la de nuestros ojos, de nuestros oídos, sin obstáculo.

¡Cómo me alegra poder decirle todo esto a aquel Jorge Luis Borges a quien un día fui a ver a su pensión de Madrid, cuando ya había huido con su hermana Nora para su Buenos Aires de los jarrones, las barandas, los patios y las verjas; aquel muchacho que me dejó un libro de versos (hoy robado, ojalá

por un deseoso) lleno de felicidades hacia un punto lejanísimo al que, yo, en mi punto de entonces, quería también llegar cada día!

Para mí es muy bello pensar que todo esto ha sucedido, Jorge Luis Borges, que no tiene vuelta de hoja y que estoy pudiendo escribírselo.

Gracias, pues, por su *Aleph*, una joya de un americano-español.

Con saludos muy cariñosos a su madre y a todos los suyos, quedo de usted el amigo de siempre.

J. R.

12 nov. 49
4310 Queensbury Road
Riverdale, Maryland

Cartas literarias, 70, páginas 180-1

* * *

CONFIDENCIAS EPISTOLARES: LOS AJETREOS DE LA VIDA AMERICANA. AFLORAN LAS INQUIETUDES RELIGIOSAS

A RICARDO GULLÓN

1

Río Piedras, P. R., 16 nov. 52
Apartado 1933
Universidad

Mi querido Ricardo Gullón:

[…]

Yo le debo a usted hace mucho tiempo esta carta, que hoy le dicto a mi mujer, porque todavía me cuesta bastante escribir a mano, y que le he escrito muchas veces con mi pensamiento. Cuando caí enfermo, con una descompensación de mi bloqueo cardíaco conjénito, el año 1950, tuve que pasar temporadas en hospitales de Washington o sus cercanías, de los cuales salía mucho peor que entraba. En Johns Hopkins, Baltimore, tuve la fortuna de encontrarme con Luis Ortega, médico español y buen amigo, que me invitó a venir a Puerto Rico en donde él y otros médicos españoles amigos me

atenderían. Aquí fui recobrando parte de las fuerzas perdidas con las medicaciones exajeradas y las comidas colectivas de los hospitales norteamericanos; estoy mejor, aunque no como antes del año 50. En realidad mi mejoría empezó en el pasado agosto, y sin duda influyó mucho en ella el ver a mi mujer reponerse de prisa de la grave operación quirúrgica a que tuvo que someterse en Boston en diciembre pasado. En estos dos años terribles para nosotros dos, hemos ido y venido a Washington, por necesidades ineludibles; y usted puede suponer el trastorno y las pérdidas que habrá sufrido nuestro correo con tres direcciones simultáneas, Washington, Riverdale y Puerto Rico, y con tres cambios en esta isla. Ahora empiezo a recibir cosas atrasadas, cartas, periódicos, libros, etc., que han estado danzando, yendo y viniendo, persiguiéndonos de un lado a otro. Los dos jenerosísimos artículos que usted escribió sobre mí, en estos años últimos, me llenaron de agradecimiento conmovido. Todos los amigos españoles de este costado, quiero decir de estas Américas, y los que vienen y van, saben lo que yo pienso de su crítica clarividente, serena, profunda y digna, con su estilo de tanta nobleza. […]

Yo supongo, mi querido Ricardo Gullón, que no me cuenta usted entre esos sacerdotes ni esos figurones de la «Intelijencia pura», de que hablaba usted recientemente en un artículo de «ínsula». De todos modos, sigo creyendo, como siempre, que si lo que diferencia al hombre sucesivo del animal detenido es la intelijencia o el fenómeno de conciencia llamado espíritu, a mayor intelijencia y más espíritu, más *hombría* tendremos. También creí siempre que la animalidad detenida se manifiesta particularmente en las comilonas y las francachelas de determinadas cofradías, y muchas personas se me han venido abajo viéndolas comer. También sigo creyendo, como siempre, con un Platón librado del homosexualismo, y con otros pocos, que la poesía es fatalmente sagrada, alada y graciosa y que su reino está en el encanto y el misterio. ¡Qué error el de tantos poetas de hoy, cuando cantan, por querer ser *actuales*, lo fácilmente realizable! Por fortuna para mí, veo que ya empieza a pasar el error en España, error que comenzó después de mi jeneración y que llegó a una vía muerta cargado de realismo insuficiente. ¿A qué cazar el pájaro, qué hacer con el pájaro cazado, comérnoslo? Porque si se le deja ir, ya va muerto. ¡Ni quiero nada con los momificadores de pájaros muertos! Y si vivimos en un universo y somos parte microscópica de él, ¿por qué limitarnos a la superficie de lo microscópico de un puntito de este gran universo? Que, aunque no podamos salir de él y encontremos en él nuestra conciencia, nuestro Dios

individual, mi Dios individual; mi conciencia ¿no es parte de la conciencia absoluta? […]

Cartas literarias, 88, pp. 233-6

* * *

RESIDENCIA EN PUERTO RICO

RESPUESTAS SIN CUESTIÓN

Y ahora, preguntón amigo, algo de mi propia cosecha.

Estoy muy contento de haber vuelto a Puerto Rico, después de dieciséis años. Llegué muy enfermo, pero hoy me encuentro mucho mejor y puedo trabajar todo el día y, a veces, toda la noche, como en mis tiempos mejores. Mi mujer, que también sufrió una seria enfermedad, aquí se ha beneficiado mucho con este ambiente puertorriqueño, esta savia atmosférica que ella lleva también en su sangre por herencia materna. Puerto Rico me ofrece además una humanidad prodijiosa, y con ella y su hermosura natural, nuevos temas de poesía y de crítica. Lo primero para mí en la vida es la humanidad circundante. En Puerto Rico encontré desde mi primera visita mucho que había querido revivir y que ahora estoy reviviendo.

Todo cambio renueva, y sobre todo si es con mar en torno. Mis épocas mejores (*Diario de un poeta* y *Animal de fondo*) salieron del mar. Mi mujer y yo nos sentimos aquí a gusto, y creo que pasaremos mucho tiempo en «mi islita verde», como la llamaba siempre la madre de ella, que era tan elemental y tan contajiosa como su misma tierra, su Guayanilla. Ella descansa hoy con su marido en tierra de Madrid. Y como la muerte va dentro de nosotros y no sabe de lugares, pensamos elejir un pedazo de tierra que entre en el mar de esta isla de la simpatía, mirando a España, donde podamos quedar incorporados juntos los dos a la eterna armonía, una vez que no circulemos de pie por nuestra órbita, sino tendidos. Yo me imajino que el descanso definitivo será bueno en esta tierra jemela de mi Andalucía, que de Andalucía trajo el «bendito», el «por eso» y el «bueno», cuyo carácter incluye el encanto, el misterio y la intensidad, los tres sustantivos que yo le pido siempre a la poesía.

La corriente infinita,
«Respuesta a una entrevista»,
Adenda del poeta, enero de 1953, pp. 250-1

2
LA POÉTICA DE JUAN RAMÓN

EN 1953, A LOS SETENTA Y DOS AÑOS, EN LA RESPUESTA A UNA PREGUNTA DEL PERIODISTA PUERTORRIQUEÑO QUE DECÍA: «¿ESCRIBE USTED CON "DOLOR"? ALGUNOS POETAS FAMOSOS HAN DIVULGADO LAS CIRCUNSTANCIAS Y POSTURAS ESPECIALES QUE ADOPTARON PARA ESCRIBIR SUS OBRAS». ÉSTA FUE LA RESPUESTA:

Cuando yo escribo, desaparezco por completo; no me siento siquiera, soy todo idea o todo sentimiento, todo palabra, nombre.

La vida de cada uno de nosotros no es más que una costumbre adquirida: «el hábito hace al monje». A veces yo, y me pongo de ejemplo, pierdo mi costumbre por una enfermedad, un viaje, un disgusto, cualquier motivo inesperado, y entonces todo me parece estraño hasta que puedo volver a ella, esa tirana. Desacostumbrado, yo siento y pienso mucho, pero escribo y decido poco.

Yo nací enfermo, con un bloqueo cardíaco, y toda mi vida ha sido un altibajo de dinamismo y caimiento, de ilusión y desilusión, de ansia y quémásda. Ese «dolor» de que usted habla, ha sido en mí siempre dolor de no poder trabajar, de modo que mi trabajo era siempre una alegría sobre un dolor, una elevación sobre un descenso, que nunca dejaba el nivel exacto. Cuando yo creo, lo hago lleno de gozo, cantando, aunque la escritura sea triste. Se sabe que Degas, por ejemplo, cuando tuvo que mudarse, ya viejo, de su estudio de toda la vida, y, por falta de fuerzas suyas, se lo tuvieron que mudar todo entre otros, quedó deshecho para siempre su orden anterior, el de su estudio y el suyo propio, y no pudo pintar más. Se pasaba el día de su tiempo último mirando y remirando el desorden sin poder hacer nada. Yo comprendo perfectamente el caso de Degas. Sin duda, el pobre y gran impresionista no tuvo ya tiempo para empezar a ordenar otra vez, a acostumbrarse. Esa recostumbre, ese reorden empieza casi siempre por un rinconcito que ordena el azar. No es posible ordenar desde fuera ni desde arriba; sin embargo, yo me ordeno fácilmente; nunca he tenido mesa de

trabajo, y si la he tenido, no la he usado más que como depósito. Escribo en cualquier rincón, con un cartón duro o una madera para tener el papel, y con un lápiz cualquiera. Lo que a mí me hace desordenarme siempre ha sido, más bien que un hecho esterno, una fase interna y alternativa que se repite en mi vida cada diez años, poco más o menos, y eso ya tiene algo de costumbre.

Durante la fase de alta, escribo todo el día, duermo tres o cuatro horas y todo me es motivo de inspiración. En esto soy primitivo, ya que mi hombre primitivo debió dormir, como el lagarto, todo el invierno y vijilar desde la primavera al otoño; yo soy bastante lagarto.

Y EL PERIODISTA PREGUNTA ESTA VEZ, BUSCANDO LA POLÉMICA: «¿CONDENA USTED A LOS POETAS POR "MALOS" O LES PERDONA SUS CULPAS POR EL MERO HECHO DE SER POETAS?». Y JUAN RAMÓN RESPONDE CON SU CONFIANZA EN LA JUVENTUD:

Yo no soy quién para condenar por mal poeta a nadie. He escrito mal, mejor y bien; poco bueno. Prueba de que lo pienso así es que me corrijo constantemente. Nunca publico un poema sin algún cambio. Mallarmé, el torturado corrector, dijo que no había libro malo sin algo bueno, y yo añado que ese algo bueno que yo he encontrado tantas veces en libros mediocres, podía ser mejor que lo mejor de otros mejores, valer por un buen libro. Lo malo puede ser interesante en muchos casos y por diferentes motivos.

Si yo he respondido duramente a algunos poetas, ha sido a poetas maduros o a calumniadores de historia y leyenda; nunca por diferencias poéticas, sino por diferencias de conducta. Desde mi madurez acojí a los jóvenes con entusiasmo y cariño invariables. En España publiqué diversas revistas y colecciones de libros para ellos principalmente. Todos los más jóvenes que yo, desde José Moreno Villa, Pedro Salinas y Jorge Guillen, hasta Federico García Lorca, Rafael Alberti y cualquier otro que usted quiera, fueron visitadores constantes de mi casa. He correjido, organizado y acompañado a veces de prólogos míos muchos primeros libros. En Cuba, en Washington, en la Argentina, en el Uruguay me interesé también, y ante todo, en los poetas jóvenes, hice libros de ellos y di lecturas públicas de sus versos. Nada me levanta más la juventud. Aquí ahora, en este Puerto Rico encantador, acabo de encontrar una muchacha poeta de quien la revista *Asomante*, esa prueba larga

de heroicidad editorial, dará los tres primeros poemas que ha escrito, lijeramente tocados por mí en lo que exijían.

Ser poeta es difícil; querer serlo, más difícil todavía; saber serlo, dificilísimo. Todos debemos rodear a los jóvenes mejores o peores, poetas o lo que quiera que sean. Hace tiempo escribí este aforismo que se ha citado mucho: «Alentar a los jóvenes, castigar a los maduros, tolerar a los viejos».

La corriente infinita. Respuesta a una entrevista,
páginas 243-6

* * *

LA REVISTA MALAGUEÑA DE POESÍA CARACOLA *PUBLICÓ (ABRIL DE 1954) LA SIGUIENTE RESPUESTA A UNAS PREGUNTAS QUE SE REFERÍAN A LA POÉTICA DE FONDO DEL ESCRITOR.*

INVITACIÓN A UN JUICIO SOBRE LA POESÍA ACTUAL

1

¿HAY UNA ESENCIA POÉTICA INMUTABLE? ¿HAY UNA DEFINICIÓN DE LA POESÍA QUE VALGA PARA TODOS LOS TIEMPOS Y EDADES?

La esencia de lo absoluto (Dios, la Verdad, la Belleza, el Amor, la Poesía) es invariable. ¿Cómo no ha de serlo? Lo que puede cambiar, en poesía, por ejemplo, es la sustancia, la forma comunicante, en cuanto a calidad espresiva.

Calidad espresiva, espresión. ¡Qué tema tan peliagudo! ¿La analojía, la sintaxis, la prosodia, la ortografía poéticas, libres, limpias, no señaladas en libros anteriores, y anterior a toda la filolojía? La esencia de la poesía y su sustancia son una misma cosa, y yo he dicho, en otra ocasión, que la poesía «es una sustancia que alimenta como esencia», ya que de la esencia podemos alcanzar bien poco; un «alimento» (un aroma, un roce, un sabor, un eco), un destello que toque, que sepa, que suene, que huela, que alumbre, que sienta, en suma, pero que no se pueda dijerir con el estómago.

Si alguien supiera definir la poesía plenamente, se acabarían el secreto y el misterio propios de ella; y, además, se acabaría la poesía misma como sujeto y objeto; igual que se terminaría una actriz que hubiere descubierto que lo que estaba dándonos de la vida era una farsa, es decir, que ella sólo era una actriz, una farsante comunicadora de la farsa total de la vida, pero sin darse cuenta de que era parte auténtica de ese vivir que nos espresaba. Por fortuna, nada de esto ha ocurrido, ni ocurrirá mientras haya verdaderos poetas. Y hoy, como siempre, los hay, aunque lo duden algunos críticos que no saben alimentarse del misterio ni del secreto espresados.

Mientras no llegue un milagroso insospechado que nos diga algo mejor, me quedo con la definición antigua de Platón. Sí, para mí la poesía es algo divino, alado, gracioso, espresión del encanto y el misterio del mundo. (Divino quiere decir aquí orijinal, principal, ya que Dios en su nombre no es sino principio y orijen). Sustituir el espíritu por la forma, en poesía, es decir, dar literatura por poesía, entender lo absoluto como relativo, es lo mismo que suponer, a lo Jorge Guillen o a lo Góngora, a lo Lorca o a lo Garcilaso, que el cuerpo vale sin alma. Nadie sabe tampoco definir el alma, el espíritu, la conciencia. Pero si yo estoy hablándome y escribiéndome ahora de ellos, y tienen también nombre, es porque existen. (Para mí todo esto que digo es indudable, es mi fe).

2

¿HAY UNA POESÍA QUE SE HA ESTINGUIDO?

Ya la poesía ha sido, es y seguirá siendo siempre la misma y lo mismo. Sí, la poesía, como el tiempo y el espacio, es siempre igual y distinta por su sucesión. Un río es su imajen mejor. Recuerdo ahora unos versos de un poema mío:

´ esta alegría sola
haber dejado en lo invisible
realidad completa del anhelo,
mo un río que pasa hacia la mar
perenne escultura?

Escultura perenal es la poesía, pero escultura carnal, como de carne humana o de fruta, nunca mineral que, en cada tiempo, y por el estilo espresivo de cada tiempo, parezca diferente y estraña. Seguramente hoy no son nuestros jestos como los de nuestros antepasados; y los vestidos del siglo XV no parecerían a los que se los pusieron lo estrados que nos parecen a nosotros. Todo esto quiere decir que lo que cambia no es más que lo accidental.

Pero hay aquí un problema: ¿qué es lo artificial? Siempre se habrá dicho de una persona que tiene un jesto natural o artificial; pero si el jesto cambia, ¿qué es lo artificial y qué es lo natural? Yo respondería que esto es un problema de armonía. Y esta armonía depende de los accidentes. No se puede andar lo mismo con un miriñaque que con una falda ajustada; con un sombrero de copa, que destocado.

El misterio y el encanto, que en este caso son lo oculto, lo secreto, el cuerpo humano, lo natural sucesivo, no cambian. Y el poeta que es de su tiempo (y un poeta auténtico lo es siempre, porque la autenticidad es esencia) puede estar tranquilo del perpetuo porvenir en el que permanece lo esencial y se olvida lo accidental de la poesía y de todo.

Una poesía desnuda en su espresión, es eterna; digo «es», no «será». Juan de Yepes y Teresa de Cepeda, de ayer en existencia, durarán más que cualquier poeta forzado de hoy, de los que piensan que terminar es recargar. La poesía cargada, y hoy cargamos más que nunca la poesía, se nos puede venir encima y aplastarnos. No hay que intentar acabar la poesía; que, entonces, el acabar nos acaba. La poesía no empieza ni acaba nunca, y un poeta es un poetizador, es decir, un revividor; un sucesivo de sí mismo y de lo mismo. […]

3

¿HAY UNA ESPRESIÓN ESCLUSIVA DE LA POESÍA CON INDEPENDENCIA DE LA LÓJICA Y EL CARÁCTER Y LAS LEYES DEL IDIOMA (O IDIOMAS) DE LA HUMANIDAD?

La poesía es la antorcha que se recoje de una mano y se pasa a otra. Desgraciado del que se quede con la antorcha y del que no la reciba. La antorcha es la inspiración presente, que une la del pasado a la del futuro.

Como su espresión, la poesía es anterior a todo; es la Acción de Goethe, anterior al Verbo mismo; ya que creación no puede ser sino contemplación y recreación. No es necesario añadir que la lójica tiene poco que ver con la

poesía, o, mejor dicho, que hay una lójica poética de otra familia que la filosófica.

Si no hubiera lengua, la poesía sería espresada con jestos, sonrisas, miradas, como en realidad hace el poeta mejor, que convierte las palabras en sentir o pensar libres y que rompe su vaso constantemente; algo así como una sien sensitiva que late, y que, sin sentido movible, no sería más que una superficie helada, cuajada muerte. Óiganlo los poetas cuajados. Esta poesía sería la mejor, la siempre mejor; porque cumpliría con el carácter misterioso y encantador de Platón humano y divino. No hay que asustarse de la palabra divino. Divina es toda la vida, porque divino quiere decir orijinal; alada es toda la vida, porque el mundo vuela por el espacio; y graciosa es toda la vida, porque todo es puro milagro en la vida. Y un niño chico, un mudo, un perro miran con poesía tanto como no hablan.

4

¿TIENE LA POESÍA UN PUESTO EN LA CULTURA, O POSEE UNA ÓRBITA PROPIA INDEPENDIENTE DE ÉSTA?

Todo, mundo y hombre, jira en una órbita, y no hay más que una órbita para todo y para todos, la órbita del tiempo en el espacio. Y la órbita de la poesía es la vida misma, hombre y mundo.

Jirar en la órbita es poetizar, porque es metamorfosear en sucesión infinita. Si un poeta auténtico viviera siempre, su poesía sería siempre la misma y distinta siempre, en cada época; y eso es lo que es la poesía de los poetas mejores de cada época, poesía de todas las épocas; pues un poeta debe significar todo el pasado y todo el porvenir. Esta diferencia se ve muy clara en dos grandes poetas contemporáneos: Miguel de Unamuno y Antonio Machado. Antonio Machado es un gran poeta representativo, en ideolojía y sentimiento, de la segunda mitad del siglo XIX, pero no está abierto al futuro, aunque lo dicen muchos que, aunque lo dicen, no lo continúan, sino que continúan a otros sin decirlo. Miguel de Unamuno no tiene siglo, es poeta de permanencia futura. Esto lo ha visto bien el clarividente crítico inglés Bowra en su ensayo sobre la poesía de los cincuenta primeros años de este siglo, publicado en la revista trilingüe *Diógenes*.

5

¿QUÉ RELACIÓN EXISTE ENTRE EL POETA Y LA POESÍA?

Hace ya muchos años, dije yo, en una antolojía, que la relación entre poesía y poeta es la de los apasionados. Por eso, para un hombre la poesía parece una mujer (aunque para algunos desgraciados, y más hoy que nunca, sea infortunadamente un, una hermafrodita) y para la mujer yo me imajino que parecerá un hombre. Hombre y mujer, siempre bajo el árbol manzanero del Paraíso y bajo el árbol estrellero del espacio infinito; que, desde debajo del árbol, se ve que mezcla las manzanas y las estrellas. Lo que salva a la poesía es el amor.

¿Qué es más que la poesía en el mundo, esa poesía que salva? La poesía es como la amante ideal y real que no se deja cojer del todo y así permanece eterna. Es, también, lo dije otra vez, la décima musa, que se convirtió en ruiseñor huyendo del consabido poeta talentoso, virtuosista, testarudo y empedrador, que está siempre bajo un árbol de piedra fósil, cuyas manzanas son de piedra. Uno de esos que confunden hígado con corazón y que quieren cojer a la ruiseñorsita para matarla o disecarla y momificarla, como una especie rara de museo. O, tal vez, y es la última solución, para comérsela como si fuera una gallina.

Hato Rey (P. R.)

Prosas críticas, ed. Centenario, pp. 238-253

* * *

REFLEXIONES SOBRE SU CONCIENCIA RELIGIOSA (PARA MEJOR ENTENDER SU POESÍA ESPIRITUAL)

LAS DOS ETERNIDADES DE CADA HOMBRE

Yo no creo necesario (insisto) que nuestro Dios esté fuera de nuestro mundo ni, sobre todo, de nosotros hombres. ¿Para qué? Cada mundo y cada hombre pueden tener su dios, su concepción y su uso de Dios. ¿Por qué no, si

todos los mundos no son lo mismo, ni todos los hombres de este mundo nuestro fuimos, somos, seremos iguales?

Nuestro Dios, esto es, el dios mío hombre, hombre de este planeta tierra con esta atmósfera de aire, quiere decir, me parece a mí, la conciencia superior que un hombre igual o parecido a mí crea con su sensibilidad y su intelijencia más o menos claripensante, clarisintiente. Dios, para mí, quiere decir conciencia universal presente e íntima; como un gran diamante de innumerables facetas en las que todos podemos espejarnos lo nuestro diferente o igual, con semejante luz; entendernos por encima de todo lo demás; digo por encima, porque todo lo demás no puede ser sino el fundamento de este Dios.

Si el fin del hombre no es crear una conciencia única superior, el Dios de cada hombre, un Dios de cada hombre con el nombre supuesto de Dios, yo no sé lo que es.

Pero sí, yo sé lo que es. Que nuestro Dios no es sino nuestra conciencia. Por ella, por él, podemos ser desgraciados o felices en nuestra vida; tener Dios o no tenerlo; tenerlo de modo más o menos conciente; junto o separado, solo o dividido.

Y esta conciencia nuestra puede darnos la eternidad figurada primero; luego, la real, con nuestra alegría de poder permanecer, por Dios, en nuestra acción y nuestra obra a través de lo posible venidero.

La corriente infinita, «Sino de vida y muerte»,
«Vivienda y morienda» (1937-1954), pp. 325-6)

* * *

DECLARACIÓN SOBRE EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA POESÍA DE JUAN RAMÓN

Para mí la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia y no ha sido poesía objetiva casi nunca. Y ¿cómo no había de estarlo en lo místico panteísta la forma suprema de lo bello para mí? No que yo haga poesía relijiosa usual; al revés, lo poético lo considero como profundamente relijioso, esa relijión inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado. Es curioso que, al dividir yo ahora toda mi escritura de

verso y prosa en seis volúmenes cronolójicos, por tiempos o épocas mías, y que publicaré con el título jeneral de «Destino», el final de cada época o tiempo, el final de cada volumen sea de poemas con sentido relijioso.

Es decir, que la evolución, la sucesión, el devenir de lo poético mío ha sido y es una sucesión de encuentro con una idea de dios. Al final de mi primera época, hacia mis 28 años, dios se me apareció como en mutua entrega sensitiva; al final de la segunda, cuando yo tenía unos 40 años, pasó dios por mí como un fenómeno intelectual, con acento de conquista mutua; ahora que entro en lo penúltimo de mi destinada época tercera, que supone las otras dos, se me ha atesorado dios como un hallazgo, como una realidad de lo verdadero, suficiente y justo. Si en la primera época fue estasis de amor, y en la segunda avidez de eternidad, en esta tercera es necesidad de conciencia interior y ambiente en lo limitado de nuestro moderado nombre. Hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo. Porque nos une, nos unifica a todos, la conciencia del hombre cultivado único sería una forma de deísmo bastante. Y esta conciencia tercera integra el amor contemplativo y el heroísmo eterno y los supera en totalidad.

Los poemas místicos finales de mi primera y mi segunda época están publicados, en síntesis, en mis libros particulares y en mi «Segunda antolojía poética». Y estoy tan lejos ahora de ellos como de mis presentes vitales de esos tiempos, aunque los acepto como recuerdos de días que de cualquier manera son de mi vida.

La escritura poética relijiosa (como la política, la militar, la agrícola, etc.) está para mí en el encuentro después del hallazgo. No se puede escribir esa poesía llamada comunista, por ejemplo, de la que tanto se escribe hoy, sin haber vivido mucho el comunismo, ni desde fuera de un país comunista. Una poesía de programa y propaganda de algo que aún no se ha asimilado, por estraordinaria que sea, me parecerá siempre falsa.

Estos poemas los escribí yo mientras pensaba, ya en estas penúltimas de mi vida, repito, en lo que había yo hecho en este mundo para encontrar un dios posible por la poesía. Y pensé entonces que el camino hacia un dios era el mismo que cualquier camino vocativo, el mío de escritor poético, en este caso; que todo mi avance poético en la poesía era avance hacia dios, porque estaba creando un mundo del cual había de ser el fin un dios. Y comprendí que el fin de mi vocación y de mi vida era esta aludida conciencia mejor bella, es decir jeneral, puesto que para mí todo es o puede ser belleza y poesía, espresión de la belleza.

Mis tres normas vocativas de toda mi vida: la mujer, la obra, la muerte se me resolvían en conciencia, en comprensión del «hasta qué» punto divino podía llegar lo humano de la gracia del hombre; qué era lo divino que podía venir por el cultivo; cómo el hombre puede ser hombre último con los dones que hemos supuesto a la divinidad encarnada, es decir enformada.

Hoy pienso que yo no he trabajado en vano en dios, que he trabajado en dios tanto cuanto he trabajado en poesía. Y yo sé que las dos jeneraciones que están ahora tras de mí, están encuadradas en la limitación del realismo mayor; pero también sé que otras jeneraciones más jóvenes han tomado el camino abandonado en nombre de tales virtuosismos asfixiantes; el camino que siguió mi jeneración y que venía ya de la anterior a la mía, camino mucho más real en el sentido más verdadero, camino real de todo lo real. Con la diferencia de que ésta es la realidad que está integrada en lo espiritual, como un hueso semillero en la carne de un fruto; y que no escluye un dios vivido por el hombre en forma de conciencia inmanente resuelta en su limitación destinada; conciencia de uno mismo, de su órbita y de su ámbito.

Animal de fondo, ed. Centenario,
Notas finales de la obra, pp. 170, 172, 174 y 176

3
JUAN RAMÓN, CRÍTICO LITERARIO

EL ENSEÑANTE DE LITERATURA. SU APORTACIÓN MÁS CALIFICADA: LA CONCEPCIÓN AMPLIA DEL MODERNISMO

[…] El modernismo, el movimiento modernista, empezó en Alemania a mediados del siglo XVIII y se acentuó mucho a fines del siglo XIX. Fue muy importante entre los teólogos que empezaron ese movimiento. La idea era unir los dogmas católicos con los descubrimientos científicos modernos; y el Papa Pío X publicó, divulgó una Encíclica excomulgando a todo el grupo; esa Encíclica la tienen ustedes en la Biblioteca en una serie de Encíclicas modernas de Papas, que están en la Biblioteca: la Encíclica *Pascendi Gregis* del Papa Pío X contra el modernismo en jeneral, no solamente contra el teolójico, sino el literario; contra todo el modernismo. (Existe en la serie ésta publicada en España, la serie de Encíclicas de los tiempos últimos).

Ese movimiento pasó a Francia, por los teólogos, y hay un famoso teólogo francés, el Padre Loisy, Alfred Loisy, el Abate Loisy, que fue también excomulgado, y de ahí pasó a los Estados Unidos. En los Estados Unidos dio lugar a otro movimiento paralelo y contrario llamado el Fundamentalismo, que sostenía los dogmas por encima de todo. Entonces ese nombre Modernismo aparece en la literatura, y no aparece en todos los países simultáneamente: lo más curioso es que no aparece en Francia. En Francia los poetas, los escritores, no aceptan ni conocen el nombre modernismo. Los filósofos sí, por ejemplo. Bergson le llama modernista, también los teólogos como he dicho antes; pero en Francia eso se llama parnasianismo y modernismo, digo y simbolismo; es decir, lo que corresponde a lo que en Hispanoamérica, en España en Rusia, en Alemania, le llaman modernismo literario es lo que en Francia se llama parnasianismo y simbolismo; es decir, es lo que coincide con ese nombre, con ese movimiento en ese Estado. Pero esas escuelas parnasianismo y simbolismo, son modernismo, es decir, que aun cuando en Francia no se tome el nombre, están dentro del movimiento jeneral modernista.

Es decir, que el modernismo es un movimiento jeneral, como el Renacimiento, dentro de cual caben (así como en el Renacimiento cabían pintores, por ejemplo, como Leonardo, Miguel Ángel, Tiziano, Rafael, tan diferentes, lo mismo pasa en el modernismo), que tienen escuelas tan diferentes como el naturalismo, el simbolismo, el impresionismo, porque todos son escuelas, todas son escuelas que fundándose en la mejor tradición… Esto es, equivale a los dogmas que en teolojía quieren los adelantos modernos, las libertades modernas, formales. De modo que ésa es la misma cosa: es un movimiento jeneral, es lo mismo en política, es lo mismo en sociolojía; es el momento en que la jente revisa la historia para ver qué se puede aprovechar en política o en sociolojía, de lo antiguo, y cómo se varían nuestras ideas modernas. De modo que eso es una cosa muy clara; por ejemplo, Rousseau (por ejemplo muy anterior a esto, en el Romanticismo) era un hombre, al mismo tiempo un romántico exajerado, al mismo tiempo un hombre muy realista, de modo que él también unía dos ideas.

¿Cómo viene, cómo viene esa palabra a Hispanoamérica? Ya dije, yo estoy resumiendo de una manera breve todo lo que llevamos hasta ahora dicho para el examen, para que ustedes lo tengan fresco, puesto que no hay un libro que explique todo eso y los apuntes los hacen de prisa; no se puede ir al día. Entonces ¿cómo viene eso a Hispanoamérica? Porque en España aparece después que en Hispanoamérica; simultáneamente, pero un poquito después. Probablemente, Martí, que es uno de los modernistas americanos, Silva, Darío, que pasan por los Estados Unidos. Martí ha vivido en esa época mucho en Nueva York, Filadelfia, ustedes saben, haciendo política para la libertad de Cuba. Martí era amigo de Whitman, Martí estaba entre esos grupos, probablemente Martí supo que en los Estados Unidos había ese grupo modernista. Hay un libro sobre la poesía moderna llamada modernista, en los Estados Unidos, que está recojido en síntesis en el prólogo de esa famosa Antolojía de Untermeyer: se refieren a los poetas del movimiento llamado así, modernista, en los Estados Unidos. Son los poetas del medio Oeste; que se llamaron los místicos del medio Oeste, que es una jeneración intermedia entre la de Whitman y la de Robert Frost. De modo que probablemente esa palabra, modernista (fíjese bien, para que vean como eso todo tiene un camino, un hilo) son poetas míticos, esto es, toman el nombre modernista unos poetas míticos, y el movimiento es teolójico en Alemania…

Entonces Martí y Silva, Silva tiene mucha influencia de Poe; Silva también estuvo en los Estados Unidos, como Rubén Darío. Pero especialmente Martí; Martí fue amigo de Whitman, estuvo presente en las

ceremonias de coronación de Whitman en Filadelfia, escribió el ensayo precioso que tienen sus libros; [en] sus libros de ensayo; sobre Whitman; tiene uno sobre Longfellow, uno sobre Whitman, todos muy interesantes, pero el mejor para mí es el de Whitman. No hay que olvidar que ese ensayo influye mucho en Rubén Darío, hasta tal punto que sin conocer Rubén Darío nada (no había leído a Whitman), escribió el soneto *Whitman*, que está en *Azul*, y que él mismo me dijo a mí que lo había escrito después de leer el ensayo de Martí, sin conocer todavía a Whitman.

Entonces ese movimiento aparece con ese nombre en Hispanoamérica, ¿por qué? En Hispanoamérica no había una poesía en ese momento que se pudiera llamar ni americana ni indíjena; no había nada de eso. Había una serie de poetas de poca calidad que copiaban [a] poetas españoles como Núñez de Arce, Campoamor, mal copiado Bécquer, o poetas franceses: Víctor Hugo, etc., pero todo mediocre. No había poetas que realmente, bueno, merecieran una perdurabilidad; […]

Todavía no había los libros de Mallarmé, de Verlaine, de Rimbaud; no habían llegado ni a Hispanoamérica ni a España porque eran libros de minoría que se hacían en París, en imprentas baratas, que apenas circulaban, que nadie les hacía caso. Los críticos como Brunetière o Anatole France hablaban mal de esos libros, de modo que no se habían divulgado. Rubén Darío, lo sé por él mismo, lee, siendo mucho mayor que yo, cerca de veinte años, lee Verlaine después que yo, porque él lo que conocía eran los parnasianos. Como yo me fui a Francia cuando tenía diecinueve años, yo pude comprar en París los libros de los simbolistas: Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, Francis Jammes, etc., que todavía no habían circulado por España ni por Hispanoamérica. De modo que los Machado y yo cojimos eso directamente; por ello el simbolismo viene en otra forma. Es decir, por eso lo que entra en España no es el parnasianismo, sino el simbolismo. […]

Y el simbolismo no es lo que influye más en Hispanoamérica, como he dicho antes; aunque lo repita es muy importante, porque ustedes están dentro de ese continente [sic]. Es decir, lo que realmente se llama Modernismo en Hispanoamérica, es el parnasianismo, y ya es modernismo. Además, es decir, un católico, es un cristiano; un protestante, es un cristiano; el cristianismo es un movimiento envolvente: las sectas son escuelas. La cosa está clara. El modernismo es un movimiento envolvente. Las escuelas son parnasianismo, simbolismo, dadaísmo, cubismo, impresionismo, etc. Todo está dentro del modernismo porque todo es expresión en busca de algo nuevo hacia el futuro. De modo que es exactamente lo mismo que en la Teolojía. Me parece que está

claro; es decir, ése es mi punto de vista, puesto que yo lo he vivido; no lo estoy haciendo por lecturas, sino por mi experiencia, puesto que yo nací dentro de ese movimiento y he conocido a todos los hombres de ese movimiento, lo mismo hispanoamericanos que españoles. […]

Entonces, a España pasa el nombre modernismo; el nombre, en realidad, ya le decían a Unamuno. Yo recuerdo cuando era niño, muchacho, en las Universidades le decían a Unamuno, el tío, ese tío modernista, ese tío modernista… Como una cosa rara, como krausista, un tío modernista [palabra inaudible], una cosa rara; nadie sabía eso; no era nada, pero, en fin, les parecía una cosa rara, y por lo tanto como Unamuno era raro (Unamuno se vestía de una manera rara, se ponía unos chalecos que le llegaban hasta aquí; luego se ponía corbata, se [palabra inaudible] un pastor protestante, tenía unos sombreros raros), pues claro, era un tío. Ese tío, es lo que la jente dice cuando una persona no va como todas las demás, y este fenómeno da lugar a un paralelismo que se nota más en España, en ese momento, que en Hispanoamérica. Esto es, los poetas que venimos después de Darío y Unamuno, tenemos la influencia doble. Los Machado, por ejemplo, muy acusadamente; era una influencia formal de Darío: alejandrinos pareados, alejandrinos estróficos de cuartetas, sonetos alejandrinos, etc… Es decir, que Rubén Darío influye en lo formal y Unamuno en lo interior, de modo que nosotros empezamos por una doble línea, una doble línea de influencia modernista: una ideolójica y otra estética. […]

Bueno, entonces, vamos a ver: en ese momento ya empiezan unas jeneraciones nuevas, y claro, como este siglo, por algún motivo… Yo llamo el siglo de los ismos y de las jeneraciones, nunca se ha hablado de jeneraciones como en este siglo, jamás, nadie ha dicho la jeneración de Lope de Vega, ni la jeneración de Góngora, ni la jeneración de Bécquer, eso no se ha dicho nunca, pero en este siglo cada semana hay una jeneración; en todos los países del mundo hay teorías sobre las jeneraciones, cómo deben ser las jeneraciones; las jeneraciones no pueden ser nada más que de una manera: por edad, por tiempo; por todo lo demás es ridículo. […]

La jeneración es por tiempos y, naturalmente, dentro de una jeneración hay todas las diversidades que pueda haber; además, se supone que hay una jeneración del 98, que no existe; eso no es más que una entelequia, es una cosa que se dice, pero que no existe, porque como ellos no se consideran jeneracionales, como Unamuno no lo aceptó, ni Baroja, ni Valle Inclán, nada más eso lo inventó Azorín, y él es el que ha seguido hablando de eso. Pero ¿en qué se parece Unamuno a Azorín? Ni Azorín a Valle Inclán, ni Valle

Inclán a Baroja. Además son enemigos cerrados todos ellos; siempre hablan mal unos de otros. ¿Qué jeneración puede ser ésa? Hay más diferencia entre Unamuno y Valle Inclán, que entre Unamuno y Ortega, o entre Unamuno y Machado, que son de la siguiente. Entonces ¿por qué se van a cojer con pinzas a los que han escrito un poco sobre política española y ponerlos en una jeneración que no es la de ellos? […]

El Modernismo, fragmentos de las clases de Juan Ramón en la Universidad de Puerto Rico, 1953, 2, pp. 221-238

4
LA OBRA POÉTICA

Después, hacia la Obra total.

EN EL OTRO COSTADO

(1936-1942)

ESPACIO

FRAGMENTO PRIMERO

(SUCESIÓN)

«*Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo*». Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo porvivir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin. Y lo que veo, a un lado y otro, en esta fuga (rosas, restos de alas, sombra y luz) es sólo mío, recuerdo y ansia míos, presentimiento, olvido. ¿Quién sabe más que yo, quién, qué hombre o qué dios, puede, ha podido, podrá decirme a mí qué es mi vida y mi muerte, qué no es? Si hay quien lo sabe, yo lo sé más que ése, y quien lo ignora, más que ése lo ignoro. Lucha entre este ignorar y este saber es mi vida, su vida, y es la vida. Pasan vientos como pájaros, pájaros igual que flores, flores soles y lunas, lunas soles como yo, como almas, como cuerpos, cuerpos como la muerte y la resurrección; como dioses. Y soy un dios sin espada, sin nada de lo que hacen los hombres con su ciencia; sólo con lo que es producto de lo vivo, lo que se cambia todo; sí, de fuego o de luz, luz. ¿Por qué comemos y bebemos otra cosa que luz o fuego? Como yo he nacido en el sol, y del sol he venido aquí a la sombra, ¿soy de sol, como el sol alumbro?, y mi nostaljia, como la de la luna, es haber sido sol de un sol un día y reflejarlo sólo ahora. Pasa el iris cantando como canto yo. Adiós iris, iris, volveremos a vernos, que el amor es uno y solo y vuelve cada día. ¿Qué es este amor de todo, cómo se me ha hecho en el sol, con el sol, en mí conmigo? Estaba el mar tranquilo, en paz el cielo, luz divina y terrena los fundía en clara, plata, oro inmensidad, en doble y sola realidad; una isla flotaba entre los dos, en los dos y en ninguno, y una gota de alto iris perla, gris temblaba en ella. Allí estará temblándome el

envío de lo que no me llega nunca de otra parte. A esa isla, ese iris, ese canto yo iré, esperanza májica, esta noche. ¡Qué inquietud en las plantas al sol puro, mientras, de vuelta a mí, sonrío volviendo ya al jardín abandonado! ¿Esperan más que verdear, que florear y que frutar; esperan, como un yo, lo que me espera, más que ocupar el sitio que ahora ocupan en la luz, más que vivir como ya viven, como vivimos; más que quedarse sin luz, más que dormirse y despertar? Enmedio hay, tiene que haber un punto, una salida, el sitio del seguir más verdadero, con nombre no inventado, diferente de eso que es diferente e inventado, que llamamos, en nuestro desconsuelo, Edén, Oasis, Paraíso, Cielo, pero que no lo es, y que sabemos que no lo es, como los niños saben que no es lo que no es que anda con ellos. Contar, cantar, llorar, vivir acaso, «elojio de las lágrimas» que tienen (Schubert, perdido entre criados por un dueño) en su iris roto lo que no tenemos, lo que tenemos roto, desunido. Las flores nos rodean de voluptuosidad, olor, color y forma sensual; nos rodeamos de ellas, que son sexos de colores, de formas, de olores diferentes; enviamos un sexo en una flor, dedicado presente de oro de ideal, a un amor virjen, un amor probado: sexo rojo a un glorioso, sexos blancos a una novicia, sexos violetas a la yacente. Y el idioma, ¡qué confusión!, qué cosas nos decimos sin saber lo que nos decimos. Amor, amor, amor (lo cantó Yeats) «amor en el lugar del escremento». ¿Asco de nuestro ser, nuestro principio y nuestro fin; asco de aquello que más nos vive y más nos muere? ¿Qué es, entonces, la suma que no resta; dónde está, matemático celeste, la suma que es el todo y que no acaba? Hermoso es no tener lo que se tiene, nada de lo que es fin para nosotros, es fin, pues que se vuelve contra nosotros, y el verdadero fin nunca se nos vuelve. Aquel chopo de luz me lo decía, en Madrid, contra el aire turquesa del otoño: «Termínate en ti mismo como yo». Todo lo que volaba alrededor, ¡qué raudo era!, y él qué insigne con lo suyo, verde y oro, sin mejor en el oro que en lo verde. Alas, cantos, luz palmas, olas, frutas me rodean, me envuelven en su ritmo, en su gracia, en su fuerza delicada; y yo me olvido de mí entre ello, y bailo y canto, y río y lloro por los otros, embriagado. ¿Esto es vivir? ¿Hay otra cosa más que este vivir de cambio y gloria? […]

Tú y yo, pájaro, somos uno; cántame, canta tú, que yo te oigo; que mi oído es tan justo por tu canto. Ajústame tu canto más a este oído mío que espera que lo llenes de armonía. ¡Vas a cantar, toda otra primavera, vas a cantar! ¡Otra vez tú, otra vez la primavera! ¡Si supieras lo que eres para mí! ¿Cómo podría yo decirte lo que eres, lo que eres tú, lo que soy yo, lo que eres para mí? ¡Cómo te llamo, cómo te escucho, cómo te adoro, hermano eterno,

pájaro de la gracia y de la gloria, humilde, delicado, ajeno; ánjel del aire nuestro, derramador de música completa! Pájaro, yo te amo como a la mujer, a la mujer, tu hermana más que yo. Sí, bebe ahora el agua de mi fuente, pica la rama, salta lo verde, entra, sal, rejistra toda tu mansión de ayer; ¡mírame bien a mí, pájaro mío, consuelo universal de mujer y hombre! Vendrá la noche inmensa, abierta toda, en que me cantarás del paraíso, en que me harás el paraíso, aquí, yo, tú, aquí, ante el echado insomnio de mi ser. Pájaro, amor, luz, esperanza; nunca te he comprendido como ahora; nunca he visto tu dios como hoy lo veo, el dios que acaso fuiste tú y que me comprende. «*Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tienes tú*». ¡Qué hermosa primavera nos aguarda en el amor, fuera del odio! ¡Ya soy feliz! ¡El canto, tú y tu canto! El canto… Yo vi jugando al pájaro y la ardilla, al gato y la gallina, al elefante y al oso, al hombre con el hombre. Yo vi jugando al hombre con el hombre, cuando el hombre cantaba. No, este perro no levanta los pájaros, los mira, los comprende, los oye, se echa al suelo, y calla y sueña ante ellos. ¡Qué grande el mundo en paz; qué azul tan bueno para el que puede no gritar, puede cantar; cantar y comprender y amar! ¡Inmensidad, en ti y ahora vivo; ni montañas, ni casi piedra, ni agua, ni cielo casi, inmensidad, y todo y sólo inmensidad; esto que abre y que separa el mar del cielo, el cielo de la tierra, y, abriéndolos y separándolos, los deja más unidos y cercanos, llenando con lo lleno lejano la totalidad! ¡Espacio y tiempo y luz en todo yo, en todos y yo y todos! ¡Yo con la inmensidad! Esto es distinto; nunca lo sospeché y ahora lo tengo. Los caminos son sólo entradas o salidas de luz de sombra, sombra y luz; y todo vive en ellos para que sea más inmenso yo, y tú seas. ¡Qué regalo de mundo, qué universo májico, y todo para todos para mí, yo! ¡Yo, universo inmenso, dentro, fuera de ti, segura inmensidad! Imájenes de amor en la presencia concreta; suma gracia y gloria de la imajen, ¿vamos a hacer eternidad, vamos a hacer la eternidad, vamos a ser eternidad, vamos a ser la eternidad? ¡Vosotras, yo, podemos crear la eternidad una y mil veces, cuando queramos! ¡Todo es nuestro y no se nos acaba nunca! ¡Amor, contigo y con la luz todo se hace, y lo que haces, amor, no acaba nunca!

Leyenda, Comienzo y fin del fragmento 1,
pp. 606-7 y 611-12

* * *

ROMANCES DE CORAL GABLES

(1939-1942)

CARMÍN FIJO

te carmín no se ha ido, este carmín arde allí,
:e carmín aquí canta, no se podrá nunca ir.

ntra la noche morada, el poniente de carmín;
ntra la aurora carmínea, el poniente de carmín;
ntra el mediodía azul, el poniente de carmín.

armín del poniente, entre los pinos del existir,
emándonos lo infinito en un eterno morir!

el corazón cansado, el poniente de carmín;
el corazón carmíneo, el poniente de carmín;
el corazón sereno, el poniente de carmín.

llamear de los cielos que no se pueden huir,
arder la eternidad en un perene sinfin.

yenda, incorporado a *En el otro costado*,
36-1942, 6, 50, p. 624

* * *

ENFRENTE

¡Roja comba de la ola! ¡No, no, no! Se yergue, salta otra vez grana, otra vez redonda, otra vez cerrada.

Planos de sangriento hervor, insistencia laminada; la arena se sorbe un poco, lo demás vuelve a su entraña.

La ola trae otra costa y la alza y la proclama contra esta costa que ve porque está en ella el que aguarda.

¡No! El mar no puede ceder y a mi ansia se encarama. Solo los dos en la tarde, doble amargura desangra.

Ídem, 51, p. 625

* * *

SU PÉRDIDA Y SU GANANCIA

›mo yo lo serené, y como se durmió en gracia,
ruiseñor le cantó la noche y la madrugada.

s estrellas más azules bajaron hasta su cama,
uas de todos colores de lo lejos se acercaban.

Oyes el ruiseñor?». «Sí», me dijo con voz lejana;
n voz cercana me dijo: «Lo oigo, sí ¡qué lindo canta!».

lo había de oírlo lindo, si, partido en cuerpo y alma,
a y venía de mí, con él estaba y no estaba?

i, perdido en su verdad, si, con su verdad ganada,
nlloraba y sonreía su pérdida y su ganancia?

lo había de oírlo lindo, si, ya cerrada su cara,
oía desde su fin, desde su todo y su nada?

Ídem, 54, p. 626

* * *

VOCES DE MI COPLA

(1945)

LA CHAMARASCA

ujer ¡ay chamarasca!
ucha llama
pronto… Después, nada.

ces de mi copla, ed. Centenario, 1,
Voces sentimentales», 8, p. 49

* * *

LA NOCHE

dormir es como un puente
e va del hoy al mañana.
r debajo, como un sueño,
sa el agua, pasa el alma.

Ídem «Voces espirituales», 4, p. 54

* * *

VIRTUD

n cuidado
ando besas el pan
ue te besas la mano!

Ídem, 14, p. 57

* * *

CASAMIENTO

s cosas dan a luz. Yo
amo, y ellas, conmigo,
arcoíris de gracia,
dan hijos, me dan hijos

Ídem, 21, p. 59

* * *

EL MÁS SOLO

empre, después, qué contento
ando me quedo contigo.
que iba a ser mi minuto,
corazón, mi infinito.

Ídem, «Voces intelectuales», 10, p. 68

* * *

EL MOMENTO

ue se me va, se me va!
¡se me fue!
con el momento,
me fue la eternidad.

Ídem, 21, p. 71

* * *

EL RITMO

ra la piedra de hoy,
vida y duerme. Si es luz,
añana la encontrarás
te la aurora, hecha sol.

Ídem, 28, p. 74

* * *

LIBRO

bro, ¡afán
estar en todas partes,
soledad!

Ídem, «Voces ideales», 4, p. 78

* * *

LA NOSTALJIA GRANDE

ojita verde con sol,
sintetizas mi afán;
án de gozarlo todo,
hacerme en todo inmortal.

Ídem, 8, p. 79

* * *

CANCIÓN

ınción, tú eres vida mía,
/ivirás, vivirás;
as bocas que te canten,
ntarán eternidad.

Ídem, 12, p. 80

* * *

EL SER

ıerpo desnudo y alma libre.
terna juventud de mi canción!

Ídem, 14, p. 81

* * *

ANIMAL DE FONDO

(1949)

LA TRASPARENCIA, DIOS, LA TRASPARENCIA

os del venir, te siento entre mis manos,
uí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
amor, lo mismo
e un fuego con su aire.

› eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
:s igual y uno, eres distinto y todo;
:s dios de lo hermoso conseguido,
nciencia mía de lo hermoso.

› nada tengo que purgar.

da mi impedimenta
es sino fundación para este hoy
que, al fin, te deseo;
rque estás ya a mi lado,
mi eléctrica zona,
mo está en el amor el amor lleno.

, esencia, eres conciencia; mi conciencia
a de otro, la de todos,
n forma suma de conciencia;
e la esencia es lo sumo,
la forma suprema conseguible,
u esencia está en mí, como mi forma.

dos mis moldes, llenos
uvieron de ti; pero tú, ahora,
tienes molde, estás sin molde; eres la gracia
e no admite sostén,
e no admite corona,
e corona y sostiene siendo ingrave.

es la gracia libre,
gloria del gustar, la eterna simpatía,
gozo del temblor, la luminaria
l clariver, el fondo del amor,
horizonte que no quita nada;
trasparencia, dios, la trasparencia,
uno al fin, dios ahora sólito en lo uno mío,
el mundo que yo por ti y para ti he creado.

imal de fondo, ed. Centenario, 1,
. 62 y 64

* * *

LA FRUTA DE MI FLOR

ta conciencia que me rodeó

toda mi vivida,
mo halo, aura, atmósfera de mi ser mío,
me ha metido ahora dentro.

ıora el halo es de dentro
ahora es mi cuerpo centro
ible de mí mismo; soy, visible,
erpo maduro de este halo,
mismo que la fruta, que fue flor
ella misma, es ahora la fruta de mi flor.

fruta de mi flor soy, hoy, por ti,
os deseado y deseante,
mpre verde, florido, fruteado,
lorado y nevado, y verdecido
a vez (estación total toda en un punto)
ı más tiempo ni espacio
e el de mi pecho, esta
cabeza sentida palpitante,
la cuerpo, alma míos
on la semilla siempre
l más antiguo corazón).

os, ya soy la envoltura de mi centro,
ti dentro.

Ídem, 6, p. 82

* * *

EL NOMBRE CONSEGUIDO DE LOS NOMBRES

yo, por ti, he creado un mundo para ti,
os, tú tenías seguro que venir a él,
ú has venido a él, a mí seguro,
rque mi mundo todo era mi esperanza.

› he acumulado mi esperanza

lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
odo yo le había puesto nombre
ú has tomado el puesto
toda esta nombradla.

ıora puedo yo detener ya mi movimiento,
mo la llama se detiene en ascua roja
n resplandor de aire inflamado azul,
el ascua de mi perpetuo estar y ser;
ora yo soy ya mi mar paralizado,
mar que yo decía, mas no duro,
ralizado en olas de conciencia en luz
ivas hacia arriba todas, hacia arriba.

dos los nombres que yo puse
universo que por ti me recreaba yo,
me están convirtiendo en uno y en un dios.

dios que es siempre al fin,
dios creado y recreado y recreado
r gracia y sin esfuerzo.
Dios. El nombre conseguido de los nombres.

Ídem, 2, pp. 66 y 68

* * *

CON LA CRUZ DEL SUR

cruz del sur se echa en una nube
ne mira con ojos diamantinos
s ojos más profundos que el amor,
n un amor de siempre conocida.

tuvo, estuvo, estuvo
todo el cielo azul de mi inmanencia;
ın sus cuatro ojos la conciencia
ıpia, la sucesiva solución de una hermosura

e me esperaba en la cometa,
, que yo remontaba cuando niño.

yo he llegado, ya he llegado,
mi penúltima jornada de ilusión
l dios consciente de mí y mío,
esarle los ojos, sus estrellas,
n cuatro besos solos de amor vivo;
primero, en los ojos de su frente;
segundo, el tercero, en los ojos de sus manos
l cuarto, en ese ojo de su pie de alta sirena.

cruz del sur me está velando
mi inocencia última,
mi volver al niñodiós que yo fui un día
mi Moguer de España.

abajo, muy debajo de mí, en tierra subidísima,
e llega a mi exactísimo ahondar,
a madre callada de boca me sustenta,
mo me sustentó en su falda viva,
ando yo remontaba mis cometas blancas;
iente ya conmigo todas las estrellas
la redonda, plena eternidad nocturna.

Ídem, 15, pp. 112 y 114

* * *

ESA ÓRBITA ABIERTA

s pájaros del aire
mecen en las ramas de las nubes,
pájaros del agua
mecen en las nubes de la mar
viento, lluvia, espuma, sol en torno)
mo yo, dios, me mezco en los embates
ola y rama, viento y sol, espuma y lluvia

tu conciencia mecedora bienandante.

No es el goce
ayor de lo divino de lo humano
dejarse mecer en dios, en la conciencia
gazada de dios, en la inmanencia madreada,
n su vaivén seguro interminable?)

a y ven, el movimiento
lo eterno que vuelve, en ello mismo
en uno mismo;
a órbita abierta
e no se sale de sí nunca, abierta,
que nunca se libra de sí, abierta,
orque)
cerrado no existe en su infinito
nque sea regazo y madre y gloria.

Ídem, 17, pp. 120 y 122

* * *

EN AMOROSO LLENAR

odos vamos, tranquilos, trabajando:
maquinista, fogueando; el vijilante,
tando; el timonel, guiando;
pintor, pintando; el radiotelegrafista,
cucheando; el carpintero, martillando;
capitán, dictando; la mujer,
idando, suspirando, palpitando.

Y yo, dios deseante, deseando;
que te estoy llenando, en amoroso
nar, en última conciencia mía,
mo el sol o la luna, dios,
un mundo todo uno para todos.

Ídem, 18, p. 124

* * *

EN LA CIRCUMBRE

ı estás, dios deseado, en la circumbre,
minándolo todo,
redondo y lo alto,
sde una nube negra abierta en chispas.

odos te ven; todos te vemos:
sde las azoteas con los límites
iertos; desde los balcones
su jaula de impulso bajo, inquieto pie;
sde los cuartos de la intelijencia
ısitiva; desde los corredores;
sde los cepos del instante bruto;
sde los sótanos del relegado fiel.

todos llegas tú por tus mil lados;
todos vives tú con tus mil ecos;
hay chispa tuya que no hiera
ojo alegre o triste.

ı eres corona en pie que todos pueden
itarse de la cálida cabeza
lejarla en el beso recaída.

rque tú amas, deseante dios, como yo amo.

Ídem, 23, pp. 142 y 144

* * *

SOY ANIMAL DE FONDO

n fondo de aire» (dije) «estoy»,
je) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra),
ora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol
e es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina
n su carbón el ámbito segundo destinado.

ro tú, dios, también estás en este fondo
esta luz ves, venida de otro astro;
estás y eres
grande y lo pequeño que yo soy,
una proporción que es ésta mía,
inita hacia un fondo
e es el pozo sagrado de mí mismo.

en este pozo estabas antes tú
n la flor, con la golondrina, el toro
l agua; con la aurora
un llegar carmín de vida renovada;
n el poniente, en un huir de oro de gloria.
este pozo diario estabas tú conmigo,
nmigo niño, joven, mayor, y yo me ahogaba
saberte, me ahogaba sin pensar en ti.
te pozo que era, sólo y nada más ni menos,
e el centro de la tierra y de su vida.

tú eras en el pozo májico el destino
todos los destinos de la sensualidad hermosa
e sabe que el gozar en plenitud
conciencia amadora,
la virtud mayor que nos trasciende.

eras para hacerme pensar que tú eras tú,
ra hacerme sentir que yo era tú,
ra hacerme gozar que tú eras yo,
ra hacerme gritar que yo era yo
el fondo de aire en donde estoy,
nde soy animal de fondo de aire
n alas que no vuelan en el aire,
e vuelan en la luz de la conciencia
ayor que todo el sueño
eternidades e infinitos

e están después, sin más que ahora yo, del aire.

Ídem, 29, pp. 166 y 168

* * *

DIOS DESEADO Y DESEANTE

(1949)

LA MENUDA FLORACIÓN

Este encuentro del dios que yo decía, estaba, como en una primavera primera, de menuda floración, en este niñodiós que me esperaba; el mismo niñodiós que yo fui un día, que dios fue un día en mi Moguer de España; dios y yo que ya soñábamos con este hoy.

Al fin lo tuve. El sueño no fue un sueño, era distancia, y de ella venía la fragancia, que yo, que dios en niñodiós, los dos le dimos en botón de primavera. Ella se dilató y hoy llena un mundo que yo ensanché para este niñodiós.

¡Qué infancia universal, qué yo de dios, de todo el mundo en este niño!

Tú, mi dios deseado, me guiaste porque tú lo soñaste también; tú, niñodiós, eterno niñodiós, soñaste que por ti yo fuera dios del niño, y niño me dejaste para que siempre el niño fuera mío.

¿Qué alegría mayor pudo pensar mi sentimiento? Que no bastaba el puro pensamiento para pensar al niño; necesario era crearlo en un florecimiento de primavera, en la menuda flor de la ladera, la flor en luz del puro sentimiento.

Por eso vive en flor menuda, en flor del niñodiós, florecilla desnuda, y en flor del niñodiós desnudo yo lo siento.

Leyenda, Parte 2, después
de *Animal de fondo*, con el
título común de *Dios deseado*
y deseante, 31, p. 679

* * *

UN ASCUA DE CONCIENCIA Y DE VALOR

Tú prendes con tu sol fuego a mi día, dios, y todo comienza a prepararse en sí para este gran incendio que la aurora, antigua levantada de la vida, determina, gritando de alegría, porque tú, dios, y yo nos fusionemos en este comenzar de comenzares.

La llama se levanta y se derrama con humo negro aún del nochear; y luego el humo blanco se disipa y va quedando este dorar unánime del diamante total de mi universo. Todo quiere fundirse en este fuego en el que yo, presente, me fundí desde el grito primero de la aurora.

Un ascua hemos de ser en plenitud los dos, dios deseado y deseante, de vida deslumbrada y deslumbrante; un ascua de conciencia y de valor; y, como con la noche nos perdimos en la nada más dulce de tu todo, con el día nos hemos de encontrar en el todo más hondo de mi nada.

Ídem, 37, p. 683

* * *

EL CORAZÓN DE TODO EL CUERPO PUEBLO

Yo fui y vine contigo entre aquel pleamar unánime de manos, el olear unánime de brazos; brazos, manos, las ramas del tronco con raíz de venas, del corazón de todo el cuerpo, que tú recojes en tu tierra; y todo en llama, en sombra, en luz, también en frío, en verde y pardo, en blanco y negro, en oler, en mirar, en saber, en tocar y en oír de tantas razas confundidas.

En gozar de cien razas confundidas, yo fui y vine contigo.

Ídem, 42, p. 686

* * *

DE RÍOS QUE SE VAN

(1951-1954)

HASTA TÚ, LA MUERTE LINDA

ué sol éste más roñoso, gusanera de calleja!
qué podre ésta, salida de la matriz de la tierra!
aya arsenal arrumbado de eternidad de trastienda!
rece que dios está enfermo de lepra eterna.
asta tú, la muerte linda, tú, mi palomita limpia, pareces mugrienta y fea!

Leyenda, «De ríos que se van», 1, 11, p. 692

* * *

LOS DOS EN MÁS REALIDAD

vine de allí libre y estoy preso en este aquí;
tes yo era lo infinito que hoy no sé ya concebir;
y sólo el que considera, sin comprenderlo, aquel sí
e fue y que ahora es el no… Y lo que iba a decir:
orirme es volver a ser lo infinito que ya fui,
lo que ya no comprendo. (¡Y es estar contigo en ti,
ijer, cuando tú te vayas para ese mismo sinfín!)

la fe del más gran mar, fe innecesaria, que a allí,
mo todo está en su sitio, sólo es necesario ir,
morir, ir, volver, ir, llegar, morir, ir, ¡morir!

Morir para siempre ya contigo, mujer, tú en mí,
en ti, los dos en los dos, en igual trasexistir!
s dos en más realidad, orijen en fin, al fin;
dos en lo orijinal, sin nunca inquirir ya si
o es aquello o lo otro, si nadir o si cenit;
sentido de sentidos, suma total del sentir.
r la nada de lo todo, la sombra del cuerpo, sin
cuerpo que es ya la sombra). ¡Pues venga todo el morir!

Ídem, 1, 14, p. 695

* * *

TÚ, ANIMAL HEMBRA, MUJER MÍA

¿Cómo has podido tú, animal hembra, mujer mía, llegar a esa finura, llegar a que yo grite por ti en la orilla de la mar, por ti con sólo tus dos ojos que brillan verde largo interno con cielo? ¿cómo eres tú así del cielo, lo que yo he llamado cielo por ti?

¿Cómo del movimiento delicado de tu brazo, tu cuello, tu cintura has ondulado el hilo de mi órbita, hasta hacerme anhelar dar el traspiés que nos tiende en el plano último de la vida?

Y
FUEGO ÚNICO

ı la vida que viviste por el espacio y el tiempo,
ɛ tocó vivir contigo, estrella de los luceros.
todo mi vivir fue acariciado de fuego:
ma roja, oro, morada, blanca, azul, gris, negra luego.
no me hubieras prendido, no sé lo que hubiera hecho.
Merecí arder, llama única? ¡Yo no puedo comprenderlo!

Y
CON TU VOZ

ıando esté con las raíces llámame tú con tu voz.
ɛ parecerá que entra temblando la luz del sol.

Ídem, 2, 26, 27, 28, poemas finales, p. 702

EPÍLOGO

RECONOCIMIENTO DE LA UNIVERSALIDAD DEL POETA

PREMIO NOBEL Y MUERTE

El 25 de octubre de 1956 se otorga a Juan Ramón el Premio Nobel. El libro más conocido de entre los suyos era Platero y yo y el que acabó por inclinar la concesión del galardón. La Academia sueca reconocía en el escritor el mérito de «su poesía lírica, que en el lenguaje espiritual constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística». El 28 del mismo mes, tres días después, murió Zenobia. Y el 29 de mayo de 1958 el poeta le siguió en la muerte. Ambos fueron enterrados en el cementerio de Moguer el 6 de junio.

* * *

Cuando ocurría el traslado de los cuerpos de Zenobia y de Juan Ramón basta Moguer, era yo profesor de Literatura en Sevilla y escribí estos párrafos que en la inmediatez de la muerte del poeta querían resumir su vida y su obra:

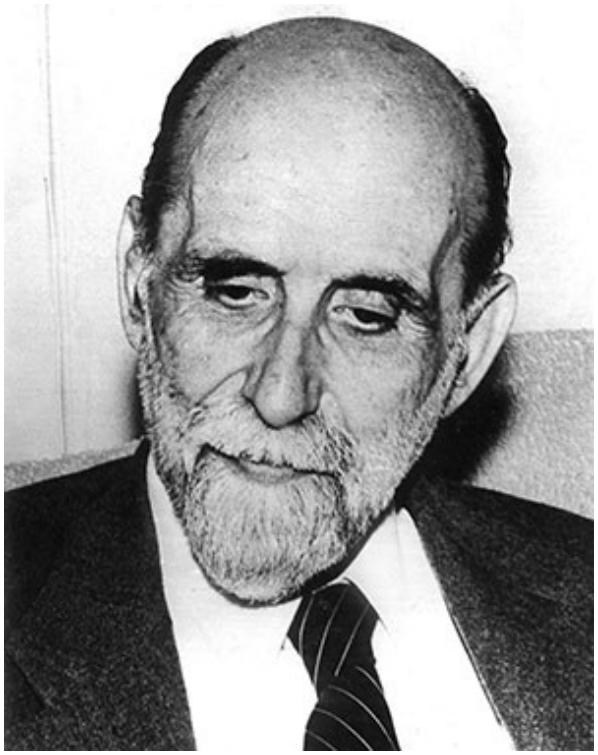
—Pienso —mejor dicho, imagino, pues no es tiempo de pensar, sino de sentir, la imaginación, más alocada, puede servir ahora mejor— que en San Juan habrán doblado las campanas con tonos de terciopelo negro. La algarabía del trópico habrá quedado envuelta en aquel toque oscuro, despacioso, con pausas enlutadas sobre el verdor irreverente. El cuerpo que iba para la tierra —por los aires, oh paradoja última del poeta— era el de un hombre que había huido toda su vida de las estridencias, de la voz destemplada, en un tiempo en que dominan el chirrido y la discordia. Fue su oficio el intérprete de la belleza. Contemplador del Universo y escudriñador de su hermosura latente, se dejó herir por angélicos rayos en la vida y en la muerte. Aquellas luces que se le entraban como heridas de vida, fueron

Poemas, y la lanzada de la muerte le cerró los ojos sin prisas, hundiéndosele largamente pero en silencio y así se nos fue —para todos— como si hubiese querido él que su tránsito fuese como un retirarse de puntillas. Desde que le faltó Zenobia, fue muriendo despacio, día a día, cansado de tanto preguntar por el amor, y de tanto preguntarse por el nombre último de las cosas. El Poema era para él este nombre absoluto, cifra intocable de la belleza universal. Así lo pulía, así lo afinaba el Insatisfecho hasta la transparencia pura. ¿Aire, verso? La inteligencia poética tenía en él sus propias formas de expresión, siempre en competición de sutileza consigo mismas. Era uno más hablando y escribiendo este español común a todos. Palabras, pobres y tristes palabras cuando son nuestras y nos valemos de ellas para andar por casa, en el quehacer cotidiano del diálogo o en el trabajo de todos los días, que para mí es la erudición, en tanto que él, poeta, se entendió con ellas, señoreándolas, a fin de que, enriquecidas por su gracia sirviesen para la expresión de la belleza total. Su obra fue exigir más y más a esas palabras de cada día —como el pan— que para él lo eran todo, materia, contenido de expresión, razón de ser de su vida. En último término el poema de Juan Ramón es la adivinación vertical de la Realidad, al menos la realidad en lo que es y en lo que participa en el espíritu del hombre, como entidad presente por el misterio milagroso de la palabra pues si una realidad no queda así aprehendida, ¿qué es poéticamente? Esa porfía en hacer transparente este misterio verbal, fue su obra, que en él fue también la vida, no sólo la suya, sino la de todos, que quiso testimoniar en su fe de poeta. En su creación comenzó junto a Bécquer y vino a dar en su Animal de fondo. *(¿Quién, después de haber contemplado los aires serenados no ha sentido el hechizo del agua en el fondo del pozo, espejo del cielo en la hondura?). Así fue desgranando su poesía, obra a obra.*

Desde los estremecimientos a flor de piel por una brisa que pasa, hasta la interrogación agobiante con el plomo de Dios sobre los hombros, y en los pies un ansia de vuelo, un aleteo irreprimible de pájaro y ángel barroco de altar andaluz. Fue Juan Ramón un hombre como todos, con su cruz a cuestas. ¿No lo era acaso su mismo modo de ser, esa condición de hombre-poeta que halló su amparo en Zenobia? Sólo que de esa cruz personal brotaban rosas, lirios, flores-poemas de su verbo creador que iba dejando por el camino de la vida, pues él fue un elegido en esto de pasar derramando expresión de belleza.

Dentro de horas una Cruz estará sobre él mismo —y cerca, la mujer— con un poco de tierra del cementerio de Moguer por medio, y debajo su

poquedad carnal deshaciéndose. Pero cuento con que haya algo más. Por eso precisamente se halla ahora envuelto por los aires del Atlántico, traído en el viaje final. La Belleza universal que él cantó en sus estrofas espera extender el mejor de sus cielos, las puras luces de Moguer, como un manto perenne que cubra con gloria esa tierra-agua indecisa en que acaba deshaciéndose esta punta de Europa. Y es allí donde Juan Ramón tendrá las rosas perfectas, intocables, como el Poema, con la raíz, en la palma de sus manos.



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ MANTECÓN. (Moguer, Huelva, 23 de diciembre de 1881 – San Juan, Puerto Rico, 29 de mayo de 1958). Poeta español y premio Nobel de Literatura.

Estudia en la Universidad de Sevilla, pero abandona Derecho y Pintura para dedicarse a la literatura influenciado por Rubén Darío y los simbolistas franceses. Tiene varias crisis de neurosis depresiva y permanece ingresado en Francia y en Madrid; en esta ciudad se instala definitivamente. Realiza viajes a Francia y a Estados Unidos, donde se casa en 1916 con Zenobia Camprubí. En 1936, al estallar la Guerra Civil española, se exilia a Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico. En este último país recibe la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1956.